



HARLEQUIN®

Jazmín®



Una esposa para el millonario

Natasha Oakley



Una esposa para el millonario

Natasha Oakley

Una esposa para el millonario (2006)

Título Original: Millionaire dad: Wife needed (2006)

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Jazmín 2055

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Nick Regan-Phillips y Lydia Stanford

Argumento:

¿Se daría cuenta de cuánto significaba para ella aquel hombre... antes de que fuera demasiado tarde?

Nick Regan-Phillips era millonario y todo el mundo creía que lo tenía todo, pero le ocultaba un secreto a la prensa: era padre soltero. Su hija, Rosie, era sorda y acababa de irse a vivir con él, pero Nick se había perdido los cinco primeros años de vida de su hija y ahora tenía que luchar para poder comunicarse con ella.

Lydia Stanford era una valiente y bella periodista y, aparentemente, también era la única persona que podía ayudarlo a establecer un vínculo con su hija...

Capítulo 1

Allí no había nadie.

Lydia Stanford dejó su pesado maletín y llamó de nuevo a la puerta azul oscuro de la casa de campo, antes de retirarse para mirar a las ventanas del primer piso que sobresalían ligeramente por debajo del tejado de tejas.

Era sin duda pintoresca; pero ella no estaba allí para admirar las vistas, y para colmo estaba todo tan en silencio. No había movimiento alguno en las habitaciones del primer piso, ni el ruido de una radio o la tele de fondo. Nada.

Bueno, nada salvo una ventana medio abierta que había encima de una destartada caseta de ladrillo en la parte trasera. Levantó la placa de bronce que cubría el buzón y se asomó al interior.

—¿Señora Bennington? ¿Hay alguien ahí?

Silencio total.

—Señora Bennington. Soy Lydia Stanford. Teníamos una cita a las diez.

Tenían una cita a las diez, se dijo Lydia para sus adentros. Eran casi y veinte. Maldita mujer. ¿Dónde demonios estaría? Lydia se puso derecha y sacudió un poco el cabello. ¿Qué se suponía que tenía que hacer?

¿Sería posible que Wendy Bennington se hubiera olvidado de su entrevista? Lydia arrugó la nariz y se quedó mirando la puerta cerrada como si ocultara todas las respuestas. No parecía probable que Wendy Bennington se hubiera olvidado de su entrevista. La mujer tenía cerca de ochenta años, pero tenía una mente tan despierta que hacía temblar a los políticos en cuanto abría la boca. Apostaría a que a esa mujer no se le olvidaba nada. Jamás.

Razón por la cual había aprovechado la oportunidad para escribir una biografía autorizada de Wendy Bennington. Era una de esas oportunidades que se presentan una vez en la vida, y por eso había interrumpido sus vacaciones y había vuelto a Londres; para investigar la sorprendente vida de la empedernida defensora.

¿Pero dónde estaba entonces esa mujer? Lydia se asomó al jardín vacío como si esperara ver a Wendy Bennington subiendo por

el camino. Justamente el día antes la mujer se había mostrado tan entusiasta por el proyecto; era muy extraño que hubiera salido. ¿Y dejar una ventana abierta? Esas cosas no se hacían ya.

Lydia aspiró hondo mientras consideraba sus opciones. Podía por supuesto meterse en el coche otra vez y tomar la autopista a Londres. O podría ir a Cambridge a tomar un café y volver en un rato. Tanto una opción como la otra sería una irritante pérdida de tiempo.

Tocó el timbre de la puerta y sacudió el buzón. Y aunque no parecía que mereciera la pena hacerlo, se agachó y llamó a la señora Bennington por el hueco del buzón.

—¿Señora Bennington? —por la estrecha abertura vio una moqueta verde con dibujos circulares, pero nada más; la casa de campo parecía vacía.

Sin retirar los dedos del hueco del buzón, Lydia hizo una pausa. No fue una voz, ni siquiera un ruido específico lo que le hizo detenerse a escuchar. Tal vez fuera un sexto sentido que le decía que algo no iba bien.

—¿Señora Bennington? ¡Oiga, señora Bennington!

No podría estar segura al cien por cien, pero le parecía haber oído como si se hubiera caído algo; aunque el ruido fuera tan leve.

Lydia se puso derecha y agarró el maletín con la otra mano. Podría ser que un gato hubiera tirado algo... Pero si ese ruido hubiera sido Wendy Bennington tratando de llamar la atención de algún modo, no le estaría muy agradecida si se marchaba y la dejaba allí. Más bien confiaría en que ella utilizara su iniciativa para hacer algo. Lo cual significaba que... ¿El qué?

Lydia se mordió la cara interna de la mejilla. Tenía que intentar entrar en la casa por la ventana que estaba abierta. Si Wendy Bennington se hubiera puesto enferma de pronto...

Era una posibilidad. Tal vez se hubiera caído. Después de todo, los accidentes en el hogar eran algo muy común. Si había ocurrido algo así, entrar en la casa sería lo propio. Lydia miró la hora y vio que ya eran y veinticinco pasadas.

Lydia se encaminó hacia la parte de atrás de la casa con brío y levantó la vista hacia la ventana abierta del piso superior. Si pudiera subirse a la azotea, llegar a la ventana sería lo más conveniente. Además, no parecía tan difícil.

Volvió la cabeza. Allí no había nadie; nadie que pudiera decirle si había visto a Wendy Bennington esa mañana.

No había otra opción...

Lydia escondió con cuidado el maletín detrás de un enorme rododendro y se apartó unos pasos para ver la manera de subir. No iba a ser tan difícil si la azotea no cedía bajo su peso.

Sacó del bolso una goma de pelo de terciopelo negro y se hizo una especie de moño, antes de pegar el cubo de la basura a la pared. Entonces se agarró a la cañería y subió unos metros; lo suficiente para agarrarse al tejado.

Bastante fácil. Bueno, tal vez fácil no... pero tampoco muy difícil. Y si Wendy Bennington no estaba en casa sería fácil salir de nuevo. Nadie tenía por qué enterarse.

Con la agilidad de la gimnasta al nivel de competición provincial que había sido, Lydia alzó la pierna y se subió al tejado. Por lo menos podría decirle a la mujer que su casa era un desastre en el ámbito de seguridad. Cualquiera podría meterse. Donde ella vivía en Londres, a nadie se le ocurriría hacer algo tan estúpido como salir de casa y dejar una ventana abierta. Ni siquiera dejaba uno el coche abierto en la calle cinco minutos.

—¿Qué diablos cree usted que está haciendo?

La voz de un hombre rompió el silencio. Lydia dejó la mano quieta junto a la ventana abierta; el corazón le latía con tanta fuerza que creyó que se le iba a salir por la boca.

—¡Bájese de ahí inmediatamente!

Asustada, se volvió y miró al hombre que estaba de pie en el suelo sobre el camino pavimentado. Era alto y guapo, aunque su aspecto fuera algo rudo y desaliñado. Tendría unos treinta y tantos años, o tal vez cerca de cuarenta. No podría estar segura.

Lo que entendió sin lugar a dudas era que estaba muy enfadado.

—¿Pero qué diablos se cree que está haciendo? —repitió.

Lydia se apartó de la ventana.

—Estoy intentando entrar. Me ha parecido oír un ruido.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad —le respondió en tono molesto por el sarcasmo del hombre.

¿Cuántos ladrones conocía ese tipo que vistieran una cazadora de Anastasia Wilson? Ya era hora de que abriera los ojos a la

realidad.

—Tenía una cita con Wendy Bennington a las diez.

—¿Y no se le ha ocurrido esperar a que ella abriera la puerta? —le preguntó él, cuyo acento no armonizaba con su aspecto algo desarreglado.

Lydia lo miró con más detenimiento. Fuera quien fuera, no era el granjero que había supuesto que podría ser en un principio. Y tampoco era guapo. Tenía las facciones duras y una planta tan arrogante que le entraban ganas de ponerse a enumerar los principios del feminismo.

—Se me ocurrió, sí...

—¿Entonces qué le hizo cambiar de opinión? —le preguntó él en el mismo tono suspicaz.

Lydia se esforzó por controlar su genio.

—Creo que lo que he hecho ha sido esperar durante cuarenta minutos en el jardín. Voy a entrar por la ventana para ver si está herida; si le parece bien, claro —añadió al tiempo que le volvía la espalda.

—No me lo parece —respondió el hombre.

Ella se dio la vuelta.

—¿Cómo dice?

—He dicho que no me lo parece.

—No sea tan... estúpido. Tenía una cita a las diez. Estoy segura de que a Wendy no se le habría olvidado; era demasiado importante. Tal vez esté ahí dentro tirada en el suelo o herida. ¿Se le ha ocurrido pensar eso? —Lydia se dio la vuelta y empujó la hoja de la pequeña ventana.

—Preferiría que utilizara usted la llave.

—¿Cómo? —Lydia se dio la vuelta y vio cómo abría la puerta trasera—. ¿Cómo ha hecho eso? La puerta estaba cerrada, yo misma lo he comprobado.

—Siempre deja una llave de repuesto debajo de la maceta.

Lydia vio con incredulidad que desaparecía por la puerta. ¡Maldición! Aquello no podía estar ocurriéndole a ella. Hacía mucho tiempo que nadie le hacía sentirse tan ridícula.

Lógicamente sabía que ella no tenía por qué saber que Wendy Bennington tenía una llave escondida debajo de una maceta. La idea de que la empedernida defensora de los derechos humanos

guardara la llave de repuesto bajo la maceta de barro le parecía de lo más incongruente. Pero estaba claro que era así, y que los lugareños lo sabían.

Al menos aquél en particular. ¿Pero... quién demonios sería, de todos modos? Le parecía un tipo arrogante, sarcástico, puntilloso... Los epítetos surgieron en su pensamiento con suma facilidad. Y para colmo tenía que reconocer que tal vez ella hubiera reaccionado de un modo similar de haber descubierto a alguien a punto de colarse por la ventana de la casa de su vecina. Eso suponiendo que él fuera un vecino.

Lydia se bajó del tejado con cuidado de no rasparse la chaqueta con la pared de ladrillos. Cuando llegó al suelo fue a sacar su maletín de detrás del arbusto donde lo había dejado.

El señor alto y sarcástico había dejado la puerta abierta, sin duda porque esperaba que ella lo siguiera. Lydia se limpió los pies en el felpudo de la puerta y esperó un momento mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad del interior. Lydia emitió un silbido de asombro. A pesar de que la casa estuviera algo vieja y el jardín totalmente abandonado, jamás habría creído que quedaran personas que pudieran vivir así.

La cocina era como la de una película de los años cuarenta. Ni siquiera había muebles; tan solo una solitaria cocina de gas que parecía una pieza de museo y un armario con muchas capas de pintura y asas de baquelita. Las baldosas imitación de mármol estaban medio despegadas, y en el centro de la pieza había un viejo calentador de agua.

Era una habitación francamente sucia.

Lydia no había sido consciente de haber tenido alguna idea preconcebida de cómo podría ser la casa de Wendy Bennington; pero claramente se había equivocado. Salvó con cuidado dos cuencos de agua y comida para el gato que había en el suelo y trató de ignorar el leve olor a cigarrillo rancio y a meados.

Aquello sin duda había sido un error. Debería haberse quedado en Viena, haberse maravillado con el Stephansdom, haber comido *sachertorte* y disfrutado de la ópera como cualquier persona con dos dedos de frente. ¿Qué narices estaba haciendo allí? Había dejado colgadas sus vacaciones para eso... Una locura. En realidad, estaba loca.

Y seguía sin haber señal de Wendy Bennington. La casa estaba completamente en silencio salvo el tictac de un reloj en alguna otra habitación. Colocó el maletín junto al oxidado calentador de agua y miró al hombre, que estaba ojeando el correo que había sobre la mesa de la cocina.

—Me llamo Lydia Stanford —dijo ella con marcado énfasis, esperando a que él levantara la vista y se fijara en ella.

—Lo sé.

—¿Lo sabe?

Él no dijo nada.

—¿Y usted es? —añadió Lydia.

—Nick —dijo sin levantar la vista de la carta que tenía en la mano—. Nick Regan.

Lo cual no le decía absolutamente nada.

—¿Vive cerca?

De haberla mirado, Nick Regan habría visto que Lydia señalaba con la cabeza en dirección a la única otra casa que había a poco más de un kilómetro de allí.

—No.

¿Cómo que no?

—¿No es su vecino?

Él la miró muy brevemente. La expresión en sus ojos marrones le dejaba muy claro que no tenía intención alguna de saciar su curiosidad.

—No.

Nick Regan.

No le sonaba haber leído su nombre en relación con Wendy Bennington. ¿De qué habían servido todas esas horas de Internet? ¿Tantas páginas de apuntes? ¿Sería posible que se le hubiera escapado algún dato de vital importancia?

Su acento hablaba de una educación privada y selecta, y su aplomo de que estaba acostumbrado a estar en esa casa. Incluso se notaba que estaba cómodo allí.

Se fijó en el caro reloj que llevaba en la muñeca y en los zapatos de suave cuero. Su madre solía decir siempre que era posible saberlo casi todo de un hombre con solo mirarle los zapatos. Si lo de su madre era cierto, ese hombre tenía una cuenta corriente de la que estar orgulloso, a pesar de los vaqueros desteñidos y el suéter

descolorido.

¿Entonces quién era él?

¿Alguien que Wendy Bennington había mantenido alejado de la vida pública durante todos esos años? ¿Un hijo secreto tal vez?

Inmediatamente desechó aquella idea con una sonrisilla en los labios. No parecía probable; aunque era una verdadera pena, ya que de ser así su historia hubiera resultado aún más interesante.

Sin embargo no encajaba. Por lo que había averiguado de Wendy Bennington hasta el presente, la mujer se habría sentido seguramente orgullosa de hacerlo público. Toda su vida había estado caracterizada por una despreocupación de las convenciones sociales, de modo que de haber sido ése el caso, la ausencia del «padre» no la habría desalentado. Le habría contado al mundo que el padre de su hijo era irrelevante y no más que una necesidad biológica.

—¿Debería decirme algo su nombre?

Lydia frunció el ceño con irritación. ¿Qué era lo que le pasaba a aquel hombre? Ese tipo de información no era de alto secreto, la verdad. Su comportamiento era extraño, como poco. Y grosero.

—¿Cómo conoce a Wendy Bennington? —le insistió ella mientras se acercaba a él un poco más.

Él dejó las cartas de nuevo en un montón sobre la mesa.

—La conozco de toda la vida.

—¿De verdad? ¿Y eso?

Él la miró un momento antes de salir de la cocina.

Lydia suspiró con fastidio y a punto estuvo de soltar una grosería. A lo mejor ese hombre no había terminado de entender que era ella quien tenía una cita.

Lydia se entretuvo un momento para cerrar la puerta antes de seguirlo por el estrecho pasillo.

—¿Wendy? —Nick Regan abrió la puerta de la izquierda y se asomó a la habitación.

—¿Está ahí?

Él pasó junto a ella.

—Voy a mirar arriba.

Lydia cedió a la tentación y maldijo entre dientes; mientras tanto, él ya iba subiendo las escaleras de dos en dos. Incluso ante la posibilidad de que él estuviera verdaderamente preocupado, no

había nada que pudiera excusar su actitud hacia ella. Si seguía así acabaría soltándole alguna fresca.

Cuando ella puso la mano sobre la barandilla de las escaleras para disponerse a subir, él gritó:

—Llame a una ambulancia.

¿Ambulancia?

—¡Rápido, por favor!

Dios santo. No.

Eso sí que no se lo había esperado. Y aunque había tratado de entrar en la casa de aquel modo tan poco común, la única explicación que había anticipado ante la ausencia de Wendy era que ésta hubiera podido salir a comprar tal vez un cartón de leche.

Se imaginó a Wendy Bennington allí tirada sangrando, o incluso muerta... Se metió la mano en el bolso y sacó su móvil mientras corría escaleras arriba.

—¿Qué ha ocurrido?

A pesar del extravagante caftán y la melena suelta de cabello canoso, Lydia reconoció inmediatamente a la figura desplomada a la puerta del dormitorio. Pero no se había imaginado así su primer encuentro con Wendy Bennington.

Todas las fotos que había visto de la señora Bennington le habían mostrado a una mujer formidable, de aspecto habilidoso. En todas las imágenes que había visto, su persona irradiaba fuerza y energía. La mujer que tenía delante tenía el aspecto de una anciana, y su expresión era de puro miedo y de total confusión.

Lydia abrió su móvil y miró a Nick, contenta por primera vez de no haber descubierto aquello sola. Seguramente ese hombre sabría si Wendy Bennington era proclive a ataques de ese tipo o si estaba tomando alguna medicación.

—Creo que puede ser que le haya dado un infarto —dijo él en tono bajo mientras le retiraba un mechón de cabello cano de la cara—. ¿Wendy?

Lydia vio que la mujer fruncía el ceño y trataba de articular lo que sentía; pero sus palabras resultaban incomprensibles. Arrastraba las palabras, y a medida que se daba cuenta de que no la entendía su frustración iba en aumento.

—¿Wendy, puedes tocarte la nariz? —le preguntó Nick.

De nuevo aquel ceño, dos profundas arrugas en el centro de la

frente, y sin embargo no había ningún movimiento discernible. Nick volvió la cabeza.

—¿Ha llamado?

Lydia marcó el número de urgencias y esperó a oír la voz de la operadora. No fueron más que unos segundos, pero la espera se le hizo eterna. La última vez que había tenido que llamar una ambulancia había sido para Izzy. Lydia sintió un calor en los ojos del esfuerzo que estaba haciendo para dominar la emoción que aquellas imágenes desataban en su ser. Jamás había tenido tanto miedo como en aquella ocasión. Los quince minutos que había tardado la ambulancia habían sido los más largos de su vida.

Le había parecido como si cada minuto, cada momento, hubiera sido estirado al máximo para quedar grabado en su memoria: la sensación de total desconuelo, la culpabilidad, el arrepentimiento, el pánico... Y un miedo que le dejaba a uno anestesiado. Una mezcla de sentimientos que ni siquiera había empezado a aflorar. Todos estaban allí. Todos querían atraparla como la niebla en una pesadilla.

Pero de pronto se recordó que aquella situación era distinta; las circunstancias totalmente diferentes. Se empeñó en respirar despacio y trató de fijarse en las preguntas que le querían hacer.

Nick volvió la cabeza.

—Dígales que tomen la desviación de la izquierda al final del carril. Es un cruce un tanto lioso. Podrían perder más de cinco minutos si toman la desviación equivocada.

Lydia asintió y se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta para sacar el papel donde había apuntado cómo llegar a casa de Wendy. Ella misma se lo había explicado detalladamente.

Observó que Nick se metía en una habitación y regresaba con una almohada y un edredón de raso. Le colocó el almohadón debajo de la cabeza y envolvió a la mujer con cuidado en el edredón de color melocotón.

—Sí, la última casa de campo a la derecha —la voz al otro lado de la línea hablaba con calma y precisión—. A un kilómetro del pueblo. Sí. Gracias.

Lydia terminó la llamada y colgó.

—¿Y bien?

Nick se volvió hacia ella.

—Ya viene la ambulancia.

—¿Hay algo que pueda hacer mientras vienen?

Lydia negó con la cabeza.

—Ya lo ha hecho. Han dicho que no la movamos y que la tapemos con algo caliente, ya que tal vez esté en estado de *shock*.

Él sonrió con pesar y se sentó en el suelo; entonces tomó la mano a Wendy entre las suyas.

—No tardarán.

Lydia observó el esfuerzo de la mujer para tratar de hablar. Parecía tan confusa, tan atemorizada, tan distinta a lo que ella había esperado encontrar... ¿Y sin embargo, cómo iba a estar?

Sus conocimientos en el campo de los infartos eran escasos, pero sabía que un infarto podría tener consecuencias funestas. No le parecía justo. Una mujer del coraje de Wendy no podía quedar derribada de ese modo.

Pero la vida no era justa, y ella lo sabía. No era justo que sus padres hubieran muerto tan jóvenes. O que su hermana Izzy hubiera tenido un aborto. La vida tenía un modo extraño de dar sorpresas muy desagradables. Eso ya debería saberlo.

Lydia se guardó de nuevo el móvil en el bolso.

—¿Quiere que prepare una bolsa con lo necesario para pasar la noche? ¿O algo...?

Le tembló la voz cuando él levantó la vista; su expresión transmitía exactamente lo que pensaba de su sugerencia.

—Ya la prepararé yo después —respondió Nick Regan en tono áspero—, y me la llevo cuando vayamos al hospital.

¿Pero qué problema tenía aquel hombre? Parecía como si acabara de decirle que pensaba desvalijar la casa. Lydia se fijó entonces en el tobillo hinchado de Wendy que sobresalía un poco por debajo del edredón.

—Voy por hielo.

—¿Cómo dice?

—Para el tobillo. Tanto si está roto como si se lo ha torcido, el hielo irá bien.

Él le miró el tobillo.

—Claro.

Lydia se volvió hacia las escaleras.

—¿Tiene congelador?

—En la vieja cocinilla. Allí tiene un congelador.

Lydia continuó bajando. En el último escalón pegó un brinco al notar algo peludo y caliente que se le enroscaba a las piernas.

—Hola —dijo en tono suave.

El gato maulló y se pegó a su pierna, y Lydia se agachó y acarició el lomo de brillante pelaje negro. Entonces se hizo a un lado y continuó hasta la cocina, por donde se accedía a la cocinilla bajando dos escalones de cemento; en un rincón de la habitación había una pila de cobre muy antigua. El congelador era grande, y estaba frente a la puerta. Algunas manchas de óxido desteñían la puerta, y la tapadera parecía ligeramente combada.

Había tantas cosas de la casa de Wendy Bennington que le producían una extraña tristeza. Era como si la mujer mayor no hiciera sino acampar allí. Desde luego no se esforzaba en absoluto para que aquel lugar resultara cómodo, ni siquiera hogareño.

Había que descongelar aquel congelador, y Lydia tuvo que hacer un esfuerzo enorme para poder abrir la tapadera. Quitó varios trozos de hielo y sacó la primera bolsa que encontró.

En el interior había un montón de cajas de platos precocinados y paquetes de verduras congeladas, algunas de ellas abiertas. Sin duda más que suficiente para alimentar a una persona durante meses. Lydia sacó la bolsa de guisantes y se dirigió al dormitorio del primer piso.

Nick volvió la cabeza en cuanto entró ella.

—¿Ha encontrado algo? Parece que ahora le duele el tobillo.

—Tendrá que envolver la bolsa en una toalla. Está muy fría.

Pero él ya estaba sacando la funda de una almohada, donde al momento metió el paquete de guisantes congelados. Cuando Nick Regan colocó la bolsa sobre la parte hinchada, Wendy gimió débilmente.

—¿Puedo hacer algo más? Me gustaría ayudar en lo posible.

Nick la miró.

—Si quiere ser de utilidad podría bajar con el coche al pueblo y guiar al conductor de la ambulancia hasta aquí.

—Estoy segura de que no hay necesidad de eso. Yo misma encontré el camino sin problemas.

—Pero es una carretera de una sola dirección, y si se desvían mal en el cruce no podrán dar la vuelta en varios kilómetros.

Lydia frunció el ceño, sin saber qué hacer. Lo que estaba diciendo del cruce era cierto; pero era más que eso. Estaba claro que él deseaba que se marchara.

Oyó que la mujer mascullaba algo incomprensible, y se preguntó si él deseaba que ella se marchara porque tal vez supiera lo mucho que detestaba Wendy que la vieran así. Si la situación fuera al contrario, si fuera ella la que estaba tirada en el suelo, preferiría que no hubiera ningún extraño presente; que nadie la viera así.

Y no había duda alguna de que Wendy confiaba en Nick, ya que en ningún momento había mirado a Lydia. Sus ojos buscaban los de él como si fueran su salvación.

La situación era de total familiaridad, ya que Nick Regan agarraba con calma la mano débil y delgada de Wendy. Lydia estaba convencida de que jamás había visto a un hombre tan gentil o tan eminentemente capaz de controlar solo una situación.

—Esperaré en el pueblo.

Nick apenas se dio cuenta de que ella había hablado; toda su concentración y su energía estaban fijas en Wendy Bennington.

Como debía ser, se recordó Lydia. Por supuesto, era lógico que estuviera muy preocupado por la mujer enferma.

Lydia abrió el bolso y buscó en un bolsillo interior una tarjeta de visita.

—¿Quiere llamarme? Me gustaría saber cómo progresa la señora Bennington.

Él se dio la vuelta y la miró con expresión remota. Si no era jugador de póquer, debería serlo. No lograba dilucidar por ningún gesto si a él le parecía razonable la sugerencia que acababa de hacerle, o si bien le parecía una intrusión.

—¿Le parece bien?

Su expresión no varió, pero pasado un instante Nick Regan estiró el brazo y aceptó la tarjeta.

—Asegúrese de dejar la puerta abierta —le dijo mientras se guardaba la tarjeta en el bolsillo de atrás de los vaqueros.

Lydia supuso que tendría que tomárselo como señal de que accedía a avisarla. Que luego se acordara o no de hacerlo era otra cuestión.

Bajó las escaleras en silencio y accedió a la oscura y agobiante cocina. Su maletín seguía junto a la oxidada caldera, donde lo había

dejado. Lydia se agachó para recogerlo antes de aprovechar la última oportunidad para mirar a su alrededor.

Triste. Era un lugar verdaderamente triste.

Caminó despacio por el pasillo y dejó la puerta de entrada entreabierta. Resultaba extraño que Nick Regan y Wendy Bennington vivieran así. Él la quería mucho, eso estaba claro; se lo había notado en el modo de retirarle el cabello de la frente, o en cómo le había tomado la mano.

¿Entonces quién era él? ¿Por qué estaba tan preocupado por Wendy Bennington? Sin duda era más que un mero amigo, sin embargo su nombre no había aparecido en la investigación que había llevado a cabo. Hasta donde ella había podido confirmar, Wendy no tenía familia. Ni siquiera sobrinos. Era hija única de hijos únicos.

Avanzó por el estrecho camino de entrada perdida en sus pensamientos. Cuando llegó a la verja, se detuvo boquiabierto. El coche de Nick Regan estaba aparcado justo delante del suyo. Parecía que el barómetro de su madre para medir la riqueza no había fallado. Nick Regan conducía un deportivo de la más alta gama. ¿Quién diablos sería?

Lydia se metió en el coche sintiéndose vagamente avergonzada. Había algo en ella que la animaba a no ignorar a la periodista que llevaba dentro. ¿Por qué no podía simplemente contentarse de que Wendy tuviera a alguien que la quisiera? Wendy había dedicado toda su vida a los demás; era lógico que si necesitaba ayuda alguien pudiera dársela. Alguien que se preocupara con gusto, en lugar de hacerlo por obligación.

Echó hacia delante el asiento de su más modesto coche y colocó el maletín en el de al lado. Tal vez no se hubiera equivocado tanto al pensar que él se estaba comportando como un hijo. ¿Porque si descartaba esa posibilidad, qué otras quedaban?

Lydia arrancó el coche y echó una última mirada a la casa de Wendy Bennington por el espejo retrovisor. Él tenía la edad adecuada; entre treinta y cuatro y treinta y ocho, como máximo.

¿Sería a lo mejor el resultado de una apasionada aventura amorosa? Lydia se dejó llevar por la imaginación. ¿Habría sido el fruto de alguna aventura con un hombre casado? ¿O tal vez con el marido de una amiga? ¿O sería Nick Regan el resultado de un

donante de esperma? ¿O...?

¡Qué ridiculeces se le estaban ocurriendo! Si Wendy Bennington hubiera estado embarazada en algún momento de su vida, alguien habría escrito algo sobre ello. Se miró en el espejo e hizo una mueca de fastidio al fijarse en el aspecto aniñado que tenía con aquel moño. Nada que ver con el aspecto que debería tener una periodista que había ganado un prestigioso galardón.

¡Diantres!

Se arrancó la goma del pelo y dejó que le cayera suelto por los hombros. El maldito de Nick Regan seguramente pensaría que era una especie de chiquilla en lugar de la mujer que su «amiga», por llamar a Wendy de alguna manera, había elegido como biógrafa.

Debería darle lo mismo. Lydia metió la primera. Le daba totalmente igual. Sin embargo, aquel día no se presentaba demasiado bien.

Nick la oyó marcharse. Primero sus pasos en las escaleras, y después el ruido del coche. Respiró hondo y trató de sentarse más cómodamente en el suelo.

No había esperado que Lydia Stanford se diera por vencida tan rápidamente. Ese tipo de mujer siempre se quedaba hasta el final. Permanecía sobrevolando en círculos, esperando la carnaza, como hacían los buitres. Lo raro era que no hubiera sacado la cámara para tomarle unas fotos que añadieran un toque de «realidad» a la noticia; o lo que fuera que se sacara de la manga para preservar su conciencia.

Nick apoyó la cabeza en la pared. Había otros periodistas, con mejores credenciales que la señorita Stanford, que se habrían mostrado más deseosos de escribir una biografía autorizada; alguien en cuyo trabajo él hubiera confiado más.

Pero Lydia Stanford...

No. No confiaba en ella en absoluto. No podía imaginar dónde había tenido Wendy la cabeza cuando había insistido en ofrecerle aquella tarea a una mujer que había sido capaz de basar su carrera profesional en la tragedia de una hermana. Tenía uno que ser un autómatas para hacer lo que había hecho Lydia Stanford.

Cualquier persona normal habría estado hundida por el dolor

por el intento de suicidio de una hermana; se habría quedado pegada a su cama, demasiado traumatizada para hacer otra cosa.

Pero Lydia Stanford no. La señorita Stanford había lanzado una represalia exhaustiva contra el hombre que era el centro de todo el escándalo. Ella había recopilado meticulosamente información sobre sus fraudulentos tratos de negocios, y no había parado hasta terminar arruinándole la vida.

Y en el proceso había ganado popularidad. No estaba mal. ¿Pero y la hermana? ¿Qué le parecía a la hermana aquel peldaño en la carrera profesional de su hermana?

Incluso su exesposa, Ana, no habría sido tan fría y calculadora. Se pasó la mano por la frente, donde le dolía. ¿O tal vez Ana no lo hubiera hecho tan abiertamente? Era lo mismo para la gente que los rodeaba. Acababan sufriendo igualmente; un daño colateral en un juego del que ni siquiera tenían noticia.

Una cosa estaba clara; la decisión de Wendy de elegir a Lydia Stanford no tenía nada que ver con esa melena color miel que Lydia Stanford llevaba recogida con aquel moño desarreglado que le resultaba tan sensual.

Wendy tampoco podría haberse fijado en las motas doradas de sus ojos marrones, o en sus piernas largas y torneadas, o en el desafortunado gusto de la cazadora de cuero, diseñada por su exesposa. Seguramente la señorita Stanford pensaría que valía la pena vender su alma para poder permitirse una chaqueta de Anastasia Wilson. Y sin duda Ana habría estado muy de acuerdo con ello.

Nick se cambió de postura con cierta inquietud mientras continuaba pendiente de la llegada de la ambulancia. Acarició la mano que tenía en su regazo.

—No tardarán mucho, Wendy. Aguanta por mí.

Nick observó su ceño fruncido, su expresión de concentración.

—Manzana —oyó la voz débil pero firme.

Se acercó un poco más.

—¿Qué pasa con la manzana?

Con total concentración, ella repitió la palabra:

—Manzana.

No tenía sentido. Nick continuó acariciándole la mano y trató de aparentar calma y confianza en los minutos que se arrastraban con

interminable lentitud.

Pensó en Lydia Stanford en el cruce, asegurándose de que la ambulancia no se equivocara y perdiera un tiempo precioso. Nick sabía que lo haría. Tal vez fuera ambiciosa, pero estaba seguro de que se tomaría unos momentos para ayudar a la mujer cuya biografía había accedido a escribir.

Incluso Ana le habría concedido unos momentos de su apretada agenda. Sonrió con amargura. O tal vez no. Ana no pensaba en nadie salvo en sí misma.

Se oyó el golpe de la verja del jardín al cerrarse, y Nick se sentó un poco más derecho. Gracias a Dios.

—Aquí arriba —gritó.

Oyó el murmullo de voces en el pasillo; segundos después una cara aparecía en el rellano de las escaleras.

—Es Wendy Bennington, ¿verdad? —dijo la mujer mientras se fijaba en la figura desplomada en el suelo.

Nick asintió, se puso de pie y se sacudió los pantalones.

—Su amiga se aseguró de que no nos perdiéramos —se arrodilló para hablar con Wendy—. Me llamo Sarah. Pronto estarás bien, cariño.

Capítulo 2

Izzy puso un plato de tartaletas de cangrejo especiado y de ensalada delante de su hermana.

—Cuéntame. ¿Qué es lo que pasa? —Se sentó enfrente de Lydia y echó hacia atrás su cabello suave y ondulado—. A lo mejor se me ha ido un poco la mano con la salsa de chile, de modo que ten cuidado.

Lydia se metió un bocado de tartaleta de cangrejo en la boca.

—Está riquísimo.

—Lo sé. Es por la salsa Tabasco.

—Te estás volviendo una experta.

—Soy un genio —dijo Izzy, sonriendo por encima del borde de la copa de vino—, pero no es por eso por lo que estás aquí, ¿verdad? ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—¿Quieres decir aparte de que Wendy Bennington tuviera un infarto?

Izzy asintió.

—Aparte de eso. Aunque habrá sido horrible para ella, por supuesto; no quería dar la impresión de que no lo fuera...

El silencio se alargó entre ellas.

—Has visto cosas mucho peores que una mujer mayor dándole un infarto, Liddy.

Lo cual era cierto.

—¿Qué es lo que te preocupa? —insistió Izzy.

Lydia suspiró y miró a su hermana pequeña sin saber qué era lo que tanto le molestaba. Su descontento era producto de varias cosas, más que de una específicamente. Era como si se hubiera estado dirigiendo alegremente en una dirección y que de pronto algo le hubiera bloqueado el paso; como un tren que hubiera descarrilado, por decirlo de algún modo. Normalmente habría buscado la manera de sacar provecho a la situación, pero en ese caso...

Lydia hizo una mueca de dolor. La situación más que parecer una oportunidad parecía...

No sabía lo que sentía. El hecho de ver a Wendy Bennington

tirada en el suelo la había afectado profundamente; y de un modo que se le antojaba muy difícil de entender. En lugar de conducir de vuelta a Hammersmith había llamado a Izzy para pedirle si podía pasar la noche con ella.

¿Pero por qué? Su hermana no exageraba cuando decía que había visto y pasado por cosas mucho peores.

En sus nueve años de periodista había sido testigo de cosas horribles. No solo de muerte y dolor, sino también de violencia sin sentido y de ejemplos de sádica crueldad imposibles de describir. Algunos días le resultaba difícil poder creer en la bondad innata del ser humano; pero con el tiempo había aprendido a soportarlo, para poder asimilarlo. Se había endurecido.

Aunque parecía que no del todo...

Sin duda veía las cosas con más perspectiva. Lydia tomó un sorbo de su copa de vino. Era como si hubiera caído una pantalla de acero y le hubiera tapado su objetivo. Era el único modo de hacer su trabajo. Suponía que en parte era como el trabajo de un cirujano; podía uno preocuparse, y preocuparse mucho, pero no tanto como para no poder pensar con claridad.

Miró a Izzy, que esperaba pacientemente, sujetando con ambas manos la panzuda copa de vino. La única vez en su vida en la que había perdido totalmente el control había sido cuando había encontrado a Izzy inconsciente. Jamás había vivido ni podría vivir un acontecimiento más horrible que encontrar a su hermana después de haberse tomado una sobredosis.

En ese momento no había existido la perspectiva. Esa noche había experimentado emociones que no sabía que era capaz de experimentar. Había pensado que Izzy se moriría, y el miedo la había recorrido con la intensidad de un relámpago cruzando el cielo. Se había sentido totalmente sola, al borde de la desesperación. Ni siquiera la inesperada muerte de sus padres había provocado en ella una reacción tan extrema.

Lo único que la había ayudado a seguir funcionando, a cualquier nivel, había sido el odio hacia Steven Daly, el hombre responsable de la tragedia. Una rabia amarga se había desenroscado en ella como una serpiente; arrastrándola, pidiéndole el justo castigo.

En ese momento, poco menos de dos años después, le parecía como si todo aquello hubiera sido un sueño. Izzy parecía tan joven,

tan esperanzada. El tiempo era el remedio por excelencia.

—¿Y bien? —dijo Izzy.

Lydia esbozó una sonrisa forzada.

—Creo que fue la casa —dijo finalmente, tratando de poner palabras a los pensamientos a los que no podía poner freno—. Jamás he visto nada igual. Vive en una casa de campo en la que desde luego el tiempo ha hecho mella; allí sola, donde Cristo perdió el chaleco.

—A lo mejor le gusta la soledad. A algunas personas les gusta.

—No es eso... Es... —Lydia frunció el ceño—. La casa huele a humedad y a meados de gato... Y tiene todas esas comidas precocinadas en el congelador. Es tan triste, Izzy. No se me ocurre otro modo de describirlo... —su voz se fue apagando—. ¡Ay, no!

—¿Qué pasa?

—Me había olvidado del gato —Lydia dejó la copa en la mesa—. Wendy Bennington tiene un gato.

—No es problema tuyo, Liddy.

—¿Pero quién va a darle de comer?

—Seguramente el desagradable de Nick Regan. Desde luego no es problema tuyo, Liddy —repitió Izzy mientras observaba la expresión de su hermana—. Si no es él, habrá otro vecino.

—¿Tú crees?

—Tiene que haberlo.

Lydia se relajó. Por supuesto que lo había. Wendy Bennington pasaba mucho tiempo fuera de viaje; seguro que había alguien que cuidaba de su gato. Lydia agarró el cuchillo y el tenedor.

—Tienes razón. Sé que tienes razón. Solo es que...

Izzy sonrió.

—Te gusta de verdad esa Wendy Bennington, ¿no?

—Apenas la conozco —Lydia partió otro pedazo de la tartaleta de cangrejo—. Hemos hablado por teléfono media docena de veces, no más. Jamás la había visto en persona.

Hasta ese día, en que la había encontrado confusa y atemorizada. Nada que ver con la mujer que ella había esperado encontrarse. La imagen de su cuerpo desplomado en el dormitorio no la abandonaba.

—Pero te cae bien. Se te nota.

Lydia hizo una pausa, con el tenedor a medio camino entre el

plato y la boca. ¿Sería ésa la explicación? Desde luego admiraba a Wendy. Y había sido elogioso y emocionante la idea de escribir su biografía.

Izzy pareció adivinarle el pensamiento.

—No hay razón para pensar que ya no vayas a escribir su biografía. Dale unos cuantos días y podrás juzgar la seriedad de su infarto. Tal vez te sorprendas.

—Tal vez —concedió Lydia.

—Y a lo mejor Nick Regan te llama.

Lydia hizo una mueca.

—Eso me sorprendería. No le caí nada bien; más bien lo contrario.

—¿Por qué?

—Lo ignoro —respondió Lydia—. No sirvió de mucho que me sorprendiera subida a la azotea de la casa tratando de colarme por una ventana, pero... —levantó la vista cuando su hermana se echó a reír—. No creo que fuera por eso.

—No se me ocurre por qué entonces. A cualquiera que le preguntaras le parecería muy extraño.

Lydia negó con la cabeza con un brillo de renuencia en los ojos.

—Seguramente eso sirvió de mucho —dijo mientras se metía en la boca el último pedazo de tartaleta—; pero de verdad que no le caí bien. Ya sabes, una antipatía inmediata.

—¿Es guapo? —preguntó Izzy mientras se recostaba en el asiento.

—Eso es irrelevante.

—Eso jamás es irrelevante.

Lydia la ignoró.

—¿Y bien, lo es?

—No —sin mirar siquiera notó la sonrisa de Izzy—. No exactamente —añadió mientras dejaba el tenedor en la mesa.

—Lo cual quiere decir que sí.

—¡Ni hablar!

Y entonces Izzy se echó a reír de nuevo.

—Sí que lo es —dijo Izzy—. Busqué su nombre en Internet mientras te duchabas. Es un bombón. Un poco como... ¿Cómo se llama ese actor de...? Ay, porras, no me acuerdo. En esa película de *Regency*. Tú solías tenerlo como salvapantallas.

—¿El de *Orgullo y Prejuicio*? ¡Nick Regan no se parece nada a él!
—protestó Lydia.

—Bueno, no tanto; pero un poco sí. Tiene la misma expresión intensa y melancólica. Al menos este Nick Regan la tiene. Es un inventor, creo —hizo un gesto con la mano como si no le importara lo más mínimo—. Básicamente, él es Drakes, a ver si me entiendes. Es el dueño de la empresa y a él se le ocurrió la idea del componente eléctrico. Vale millones.

Lydia frunció el ceño.

—No puede ser. Ese es Nicolás...

¡*Nicolás Regan-Phillips*! Cerró los ojos. ¡Diantres! ¡No podía ser posible!

¿Sería posible? ¿Y, de ser así, qué tenía que ver con Wendy Bennington?

—Te lo he dejado minimizado para que lo vieras.

—Después le echaré un vistazo.

¿Podría ser Nick Regan, Nicolás Regan-Phillips? Izzy debía de haber cometido un error. ¿Qué podían tener en común un hombre de negocios multimillonario y una defensora de los derechos humanos...?



La casita estaba cerrada con llave. Lydia fue hacia la maceta de barro cocido pensando que no la encontraría; pero allí estaba. Con una lata de comida para gatos en la mano, Lydia se agachó a recoger la llave. Si el todo poderoso Nicolás Regan-Phillips había anticipado que tal vez ella pudiera volver a la casa, a lo mejor no la habría dejado allí. Su temible habilidad como juez de carácter quedaría en entredicho; pero por lo menos el gato no se moriría de hambre.

La puerta trasera se abrió con facilidad. Izzy se había reído de ella cuando Lydia había decidido dar un rodeo de vuelta a Londres para pasarse por casa de Wendy Bennington; pero a Lydia le parecía lo correcto. ¿Cómo iba a volver a Londres sabiendo que podría haber hecho algo para ayudar a Wendy, pero que había elegido no hacerlo? Además, era lo mínimo que podía hacer.

—Gatito —dijo en tono suave mientras dejaba el bolso sobre el escurrerplatos de acero—. ¿Gatito, dónde estás? Es la hora del desayuno.

El cuenco que había en el suelo tenía un aspecto nauseabundo. Lydia lo levantó con dos dedos y lo llevó al cubo de basura de pedal para vaciar el contenido.

—¿Por qué tiene la gente animales? —se dijo entre dientes mientras se daba la vuelta hacia el fregadero y enjuagaba un poco el cuenco—. Qué asco.

—¿Para hacerles compañía?

Lydia chilló del susto al tiempo que se daba la vuelta.

—¿Porque les toman cariño? —añadió Nicolás Regan-Phillips.

Estaba apoyado contra el marco de la puerta de la cocina y su aspecto era mucho más parecido al de la foto que Izzy había encontrado el día anterior. Llevaba un pulcro y muy convencional traje de raya diplomática; una vestimenta que exudaba poder con suma efectividad.

Y sí que era guapo. Las palabras de su hermana le surgieron en el pensamiento mientras en silencio maldecía a Izzy. El parecido con su actor favorito era verdaderamente muy superficial, pero sí que estaba allí.

—Yo... he venido a darle de comer al gato —Lydia se dio la vuelta y tiró de la anilla de la lata, irritada por el tartamudeo nervioso.

¿De dónde le salía aquello? ¿Y, sobre todo, por qué?

—Y yo también —dijo él mientras dejaba una bolsa de papel sobre el escurrerplatos.

—Espero que no le importe que yo... —dejó de hablar y se volvió hacia Nick Regan mientras se le ocurría una idea—. ¿Cómo ha entrado?

Le enseñó una llave.

—De la puerta de entrada.

—Ah.

Lydia se reprendió para sus adentros por la estupidez de su respuesta. Por supuesto que él tendría la llave de la casa de Wendy. La habría necesitado para cerrar con llave la casa. ¿Pero qué era lo que le pasaba ese día?

Con cuidado sacó el contenido de la lata con una cuchara,

consciente de que Nick seguía mirándola. Su mirada la incomodaba, y le parecía como si él la hubiera pillado haciendo algo que él consideraba que estaba mal en lugar de la buena obra que era su intención.

—De pronto me acordé que había visto un gato. No podía dejarle morir de hambre —dijo Lydia al tiempo que levantaba la vista.

Desde luego aquel hombre tenía la cara de expresión más inescrutable que había visto en su vida. A ella solía dársele bien percibir los cambios emocionales en una persona; pero Nicolás Regan-Phillips parecía haber fundido alguna de sus conexiones, y de pronto sentía incertidumbre.

Pero lo cierto era que no parecía tan enfadado como el día anterior. Tal vez más suspicaz. Lydia miró hacia otro lado. Seguramente no sería nada personal; y además sabía que él tenía fama de evitar a los periodistas para proteger su vida privada.

—¿Tiene Wendy un cubo para reciclar latas? —dijo Lydia mientras enjuagaba la lata de comida de gato.

—Imagino que sí.

Lydia lo miró justo en el momento en el que él fruncía el ceño. Si acaso ella lo confundía, se alegraba por ello. Volvió a pensar en Wendy ¿Qué tendría que ver él con Wendy Bennington? No había conseguido descubrir ninguna relación entre los dos, que continuaba siendo un auténtico misterio... Y a ella los misterios la molestaban.

—¿Quiere que deje esto a un lado, entonces?

—Creo que estará bien ahí.

Lydia colocó la lata en la parte de dentro del escurrreplatos y aclaró la cuchara.

—¿Cómo está Wendy?

Se produjo un breve silencio durante el cual, le pareció a Lydia, él parecía estar considerando su derecho a hacerle la pregunta.

—Mejor que ayer —respondió concisamente.

Lydia volvió la cabeza con una pregunta en la mirada.

—Ha sufrido un pequeño infarto —continuó Nick Regan—. Se recuperará —él sonrió, y Lydia se fijó en sus labios, firmes y sensuales—. No ha sufrido ningún daño permanente, pero le han advertido que debe variar su ritmo de vida.

—Es... fantástico.

Su sonrisa se hizo más amplia, y sin saber por qué Lydia experimentó algo en su interior.

—Me encantaría oírle cómo intenta convencerla de ello.

—¿Cuándo llegará a casa?

—Bueno... Eso depende de con quién se hable. Se ha roto el tobillo. Es una rotura limpia, que no necesita cirugía, pero...

Lydia miró a su alrededor, y acto seguido bajó la vista a las desiguales baldosas del suelo.

Nick le siguió la mirada.

—Efectivamente. No va a poder valérselas aquí sola hasta que no pasen unas semanas, por mucho que quiera estar en su casa.

—No, claro —concedió Lydia mientras colocaba un cuenco limpio en el suelo y recogía el otro—. ¿Entonces, quién ha ganado?

—Las cartas están a mi favor —concedió Nick que accedió al pasillo—. Estoy aquí para llevarme a *Nimrod*. Espero poder atraerlo con un poco de comida.

Lydia vació el cuenco del agua y echó agua fresca.

—¿Ése es el gato?

—*Nimrod*, el poderoso guerrero —concedió Nick mientras avanzaba un poco más por el pasillo—. Creo que su tocayo era biznieto de Noé —dijo momentos después mientras aparecía con una cesta para gatos.

—Es un nombre estupendo —dijo ella, sonriendo al ver a un caballero de ciudad con una rústica cesta para gatos.

—Desde luego apropiado. Es un gato un tanto asesino. Wendy lo recogió hace unos años de la calle, solo que más que un pobre ser abandonado resultó ser un truhán. Si algo se mueve, *Nimrod* le dará caza. Jamás he visto a un gato más apto que ése para la vida en el campo.

Lydia se echó a reír.

—Pues le deseo buena suerte para meterlo en esa cesta —dijo señalando la cesta del gato.

—Eso me ha advertido Wendy —dijo él dejándola sobre la mesa de la cocina.

Ella se enjuagó las manos en el fregadero.

—Me alegro de que esté arreglado. De pronto se me ocurrió, después de marcharme, que tal vez se olvidara de... *Nimrod*.

Pensaba ponerme hoy en contacto con usted.

—¿Cómo?

Ella levantó la vista, sorprendida por la pregunta.

—No sería demasiado difícil. Llamaría a su empresa...

Él asintió de modo casi imperceptible, pero Lydia notó que la actitud hacia ella variaba.

—Pensaba que no sabía quién era.

—No lo sabía, pero busqué su nombre en Internet...

—Y ha estado investigando.

Lydia pensó en Izzy y sonrió mientras decidía que no pensaba explicarle que el hecho de negarse a describirlo había aguijoneado la curiosidad de su hermana por averiguar quién había logrado sacarla de sus casillas de ese modo. Pero habían encontrado poca información; nada de lo que él pudiera objetar.

Tenía treinta y seis años y estaba divorciado. Su única hija vivía con la madre, y él era muy próspero en su trabajo. Nada fuera de lo habitual.

—¿Siempre husmea en los asuntos de otras personas?

—Bastante —miró a su alrededor en busca de un paño con que secarse las manos—. Pero esta vez tiene que reconocer que he sido invitada a curiosear.

—No por mí.

—Por Wendy —se volvió hacia él—. Aunque cuestiono el uso de la palabra husmear.

Él entrecerró los ojos.

—¿En serio?

—Wendy Bennington ha llevado una vida fascinante. ¿No cree que es de interés público relatar esa vida como es debido? Lo que ha conseguido, sobre todo para las mujeres, es alucinante.

—Creo que lo que se estima que es de «interés público» se exagera totalmente —dijo él en tono seco—; pero eso no es para socavar lo que ha logrado Wendy.

—Eso no lo puedo discutir, supongo; pero no estoy aquí como representante de ningún periódico sensacionalista. Wendy tendrá el control total de lo que yo escriba sobre ella y, en tanto en cuanto sea cierto, no tengo ningún problema en ese sentido.

—¿No?

—En absoluto.

Ella parecía horrorizada, pero Nick sabía que era un parapeto. Enfrentarse a Lydia Stanford era como encontrarse con una serpiente entre la hierba. Jamás se podía confiar. Jamás.

En los comienzos de su carrera profesional había trabajado clandestinamente para sacar a la luz el maltrato que sufrían los ancianos en las residencias y, mientras que la validez de sus hallazgos no se podía cuestionar... uno tenía que sospechar de su habilidad para mentir. Y mentir con el convencimiento suficiente para que sus colegas confiaran en ella.

Tal vez Wendy estuviera impresionada con su habilidad para ceñirse a sus propósitos, por defender su causa, fuera cual fuera el coste personal. Pero él sospechaba que en el fondo había un motivo muy distinto; que la única causa importante para Lydia Stanford era ella misma. ¿Y dónde estaba la virtud en ese caso?

Ella dobló el paño con mucho cuidado y lo colocó en su sitio.

—¿Entonces de qué conoce a Wendy? —le preguntó ella.

—No se da por vencida, ¿verdad?

Lydia sonrió con aquellos ojos color topacio, como dos caramelos, cálidos y seductores.

—Normalmente es más fácil rendirse y contarme lo que quiero saber.

Él se volvió, como si eso pudiera interrumpir esa atracción.

—Es mi madrina.

—¿De verdad?

—Tengo el sonajero para demostrarlo.

Ella se echó a reír. Su risa era distinta; y Nick deseó que fuera una mujer distinta; y que los dos estuvieran en una situación distinta... Se pasó la mano por la cabeza con evidente fastidio. ¡Llevaba célibe demasiado tiempo! Esa risa ronca e intensa era exactamente lo que podría hacerle olvidar quién y qué era ella.

—La verdad es que no es cierto. No me regalaron un sonajero, sino dos servilleteros grabados y un cuenco de porcelana china con su plato; pero eso fueron los otros dos padrinos.

—¿Y Wendy?

—Un ejemplar de la Biblia, otro del Corán y las obras completas de William Shakespeare.

Ella entrecerró los ojos con gesto risueño. Era peligrosa. Resultaba fácil relajarse en su compañía, olvidarse de que utilizaba

a todos y a cualquiera para avanzar en su profesión; incluso a una hermana vulnerable.

La gente a veces lo tachaba de implacable, pero él jamás habría utilizado algo tan personal para subir peldaños en su profesión. Lydia Stanford tal vez asegurara que su hermana se había recuperado totalmente, pero él lo dudaba mucho.

La traición era dolorosa, muy dolorosa, y cuando le tocaba a uno tan de cerca era muy difícil recuperarse. Él lo había sufrido en sus carnes, y la chaqueta de Anastasia Wilson que llevaba Lydia era un recordatorio visual.

Mejor recordar cómo le había sentido la traición; o cuánto dolor le había causado la mujer que había diseñado esa chaqueta color caramelo. No importaba que el color de la prenda resaltara otro parecido en la melena de Lydia Stanford; ni que acentuara su estrecha cintura, o que le hiciera las piernas más largas.

Era una advertencia. Y solo un tonto la ignoraría.

—¿Los ha leído?

—¿Qué? —Nick Regan salió de su ensimismamiento.

Ella sonreía, mostrando unos dientes bien colocados. Era una mujer impresionante, como una elegante leona, una mezcla de sol y de fuego.

—¿Los ha leído ya todos? ¿La Biblia, el Corán y las obras completas de William Shakespeare?

—Cuando tenía treinta y dos años.

—Me deja impresionada.

—Pero jamás he utilizado los servilleteros.

Nick se dio la vuelta y fue recompensado con la misma risa sexy; una risa que le hacía sentir un extraño cosquilleo en su interior en el que no quería ni pensar.

Agarró el asa de la cesta del gato.

—¿Ha visto a *Nimrod*?

—Aún no, pero estoy segura de que vendrá en algún momento por su comida. No habrá comido nada desde ayer por la mañana.

Nick echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—Pues va a tener que venir en los próximos veinte minutos porque si no llegaré tarde —se acercó de nuevo a la puerta de atrás y lo llamó.

—¿Los gatos acuden cuando se los llama?

Él volvió la cabeza.

—No tengo ni idea.

Lydia sonreía; tenía los ojos brillantes, risueños. Pero lo peor de todo era que a él también le apetecía reírse con ella.

—¿Mire, por qué no me deja que yo trate de atrapar a *Nimrod*? Puedo quedarme hasta que quiera venir a comer.

—No podría pedirle que hiciera eso. Yo...

—¿Y por qué no? —Ella sacudió un poco su preciosa melena—. Usted está ocupado, y yo estoy de vacaciones.

—¿De vacaciones?

Ella sonrió.

—Debería estar en Viena. Tomé un vuelo de vuelta cuando me enteré de que Wendy quería que escribiera su autobiografía.

—¿Interrumpió sus vacaciones para escribir la biografía de Wendy?

No podía creérselo. Qué gesto más innecesario. Su madrina se habría contentado con esperar.

—Tengo una ética profesional demasiado desarrollada —dijo Lydia con una sonrisa en los labios.

Pero esa vez no tuvo el mismo efecto en Nick, que vio otro rostro diferente.

No era asunto suyo si Lydia Stanford elegía interrumpir sus vacaciones. De pronto la situación le recordó a su ex. Todavía, cuatro años después de su marcha, pensaba en ella casi cada día. Había buenas razones para ello, por supuesto. Muy buenas.

En los tres años que habían estado casados, Ana jamás se había tomado unas vacaciones. Jamás había apagado el móvil. Era el precio que había estado dispuesta a pagar para alcanzar sus metas. Él no podía negar que ella había sido totalmente franca con él en ese sentido desde el comienzo; y al principio la había admirado por ello.

Seguramente Lydia Stanford concedería que ese tipo de compromiso era necesario. Pero las dos estaban equivocadas.

—Tengo el portátil en el coche. Puedo trabajar aquí, y llevarle luego a *Nimrod* —lo miró—. No me cuesta ningún trabajo.

Nick volvió a mirar su reloj. La oferta resultaba tentadora. Tenía reuniones toda la mañana y documentos que leer después, además de tratar de sacar tiempo para pasar por el hospital. Pero aceptarlo

significaría...

Ella pareció leerle el pensamiento.

—No se preocupe. No voy a tomármelo como que aprueba la elección de biógrafa de su madrina —lo miró a los ojos—. ¿Y, por cierto, qué le pasa conmigo?

—¿He dicho acaso que haya algún problema? —respondió él.

—No ha hecho falta. Es de lo más obvio.

Él vaciló.

—Wendy es capaz de tomar sus propias decisiones. En realidad, mi intromisión en sus asuntos solo conseguiría incomodarla.

Incluso a sus oídos su respuesta había sonado muy pomposa y formal. ¿Cómo era posible que él que tenía fama de decir las cosas con franqueza y sencillez, se agarrara a aquel desafío verbal cuando tenía delante a una bella...?

¿Qué era ella? No era ni rubia ni morena. Su cabello era más oscuro que el de una rubia y más claro que el de una morena.

—No me lo creo en absoluto.

Él levantó la vista.

—Sí, creo que a Wendy no le gusta que nadie interfiera en sus asuntos. Yo misma soy también así, pero... —lo miró a los ojos—. Pero no creo que no le diga usted lo que piensa. Los he visto juntos, recuerde.

Ella percibió su repentina inquietud.

—No quiero que le hagan daño.

—No lo haré.

Y, cosa rara, Nick la creyó. Había una honestidad innata en esos ojos intensos que lo invitaban a confiar en ella. ¿Sería así también como trabajaba? ¿Sería tal vez una técnica muy cultivada para persuadir a los incautos a que compartieran sus secretos mejor guardados?

—Si la difama de algún modo, la llevaré a los tribunales.

Ella no se inmutó.

—Una biografía autorizada es tan solo eso... Una biografía autorizada —entonces su expresión se suavizó—. La quiere mucho, ¿verdad?

—Es una dama muy especial.

—Eso creo —Lydia se quitó la cazadora y la colocó sobre el respaldo de una silla—. Puede confiar en mí. ¿Dónde quiere que le

lleve a *Nimrod*? ¿Tiene algún ama de llaves que lo reciba?

Un ama de llaves. Una niñera. Una hija.

No confiaba en ella. Para nada. Si dejaba a Lydia en la casa sin duda se pondría a cotillear. Abriría cajones y buscaría entre las posesiones de Wendy. Pero también era cierto que la misma Wendy siempre decía que no tenía nada que ocultar.

Que buscara.

—Mi ama de llaves es la señora Pearman. Christine Pearman —dijo con la sensación de haber perdido alguna batalla—. ¿También ha averiguado dónde vivo?

En cuanto lo dijo se arrepintió de haberlo dicho. Lydia Stanford le estaba haciendo un favor quedándose allí por él; aunque fuera cierto que tuviera planes ocultos.

—No me resultó tan interesante, pero estoy segura de que podría averiguarlo con un par de llamadas si quiere convertirlo en un juego.

Se lo merecía, pensaba Nick mientras se metía la mano en el bolsillo y sacaba un estuche con tarjetas de visita.

—Está a diez, quince minutos de aquí en coche. No más —escribió rápidamente la dirección—. Llamaré a Christine y le diré que la espere. Tendrá que llamar a la casa cuando llegue para que le abran la verja.

Lydia tomó la tarjeta y la leyó.

—Si necesita marcharse antes de que aparezca *Nimrod*, le agradecería que le dejara un mensaje a mi secretaria para que yo vuelva esta tarde. El número es el que está delante. Es un número directo. No quiero que se sienta obligada a quedarse aquí durante horas.

Ella dio la vuelta a la tarjeta.

—No hay problema.

—No, bueno... Muchas gracias.

Ella levantó la vista.

—De nada.

—Voy a cerrar con llave la puerta de entrada. Si deja la otra debajo de la maceta...

—Ningún problema —repitió ella.

No había nada más que hacer.

—La cesta está aquí —señaló la cesta del gato.

—De acuerdo —dijo ella.

El problema era marcharse; ése era el problema; volver sobre sus pasos y cerrar la puerta de entrada.

Confianza. La confianza era el quid de la cuestión; el sentirse a gusto dejándola sola en casa de Wendy.

Aunque sospechaba que había algo más que eso. Había algo en su aura dorada que lo tocaba. Lo sabía; y estaba casi seguro de que ella también lo sabía.

Riesgo, fuego... Y Lydia Stanford. Como la Santísima Trinidad, eran inseparables.

—Gracias.

—Dele a Wendy...

Había estado a punto de decir «todo mi cariño»; no demasiado apropiado para ser una mujer a la que apenas conocía.

—Mis mejores deseos —terminó de decir.

Él se llevó la mano al nudo de la corbata.

—Lo haré.

Lydia se obligó a sonreír. No sabía lo que estaba pasando allí. Había sensaciones que no comprendía.

—Tal vez me llame dentro de un par de semanas, cuando se sienta... dispuesta.

—Estoy seguro de que será así.

Y entonces se marchó. Lydia se preguntó por qué se sentía tan incómoda con Nicolás Regan-Phillips. No se trataba de que no estuviera acostumbrada a estar con hombres ricos e influyentes. Lo estaba.

Oyó el clic de la puerta de entrada y miró a su alrededor en la triste cocina de Wendy. ¿Qué demonios estaba haciendo allí? ¿Y, más que nada, por qué lo estaba haciendo?

Era cierto lo que le había dicho a Nicolás Regan-Phillips; que tenía tiempo. Estaba de vacaciones.

Nicolás Regan-Phillips... Menudo nombrecito. Prefería Nick Regan. Le sentaba mejor.

Lydia llenó la vieja tetera que por dentro estaba toda incrustada con cal y la colocó sobre la cocina de gas. Resultaba tan anormal en ella acceder a quedarse en un sitio sin hacer nada, perdiendo el tiempo.

¿Y por qué se había ofrecido? Ése no era asunto suyo.

Pero Nick Regan sí, le decía una vocecita en su interior. Era arrogante, maleducado, suspicaz... y sexy. Lydia miró a su alrededor en busca de una taza. Cosa rara, Nick Regan era muy, muy sexy... Y si lo pensaba bien llegaría a la conclusión de que seguramente él era la razón que la había animado a quedarse.

Vaya, vaya... Si Izzy se enterara...

Capítulo 3

Algunas decisiones no eran las más correctas. Lydia miró la cesta del gato, complacida en extremo de que *Nimrod* estuviera bien encerrado dentro.

No había hombre o mujer en la tierra que pudiera demostrar la clase de autosacrificio que ella había soportado ese día. La casa de Wendy era un sitio de lo más desagradable para pasarse casi un día entero perdiendo el tiempo, y *Nimrod* era de esa clase de gatos que debería estar declarados dementes; tenía arañazos por todo el cuerpo que así lo certificaban.

Lydia redujo la marcha para tomar una curva particularmente cerrada. Había metido la pata cuando había dicho que quedarse no supondría un problema. Debería haberle dicho que tenía un montón de trabajo pendiente o tal vez que su editora iba a llamarla y tenía que estar en Londres.

Antes de estar donde estaba en ese momento, de camino a la mansión de Nicolás Regan-Phillips, se había pasado horas sentada en un sofá incómodo, con el portátil apoyado en una bandeja.

Lo cierto era que estaba deseando comprobar cómo sería el lugar al que él llamaba casa, y lo consideraba como una compensación de lo que había sido un día totalmente desaprovechado.

Cinco kilómetros después, al final de un camino rural, las verjas de Fenton Hall se alzaron ante ella con majestuosidad. Lydia detuvo el coche despacio. La casa quedaba oculta a la vista. Las verjas eran muy altas y estaban rematadas a los lados por unos muros de piedra igual de altos. A Lydia le pareció que ese hombre había exagerado en su deseo de preservar su intimidad.

Se metió la mano en el bolsillo de la cazadora para sacar la tarjeta que él le había dado, pero el bolsillo estaba vacío. ¿Dónde habría puesto la maldita tarjeta? Se volvió para tomar el bolso del asiento trasero y lo abrió. La tarjeta de Nick Regan estaba en un bolsillo interior.

Lydia marcó el número que él le había anotado, y a los pocos segundos le contestó una voz de mujer.

—Hola. Yo... esto... Quería ver a... Christine Pearman... Vengo

a traer a *Nimrod*, el gato de Wendy Bennington. El señor Regan-Phillips me dijo que avisaría de mi llegada.

—Oh, sí. Sí, por supuesto —la voz al otro lado parecía agitada y distraída—. Enseguida le abro la verja. ¿Puede avisarme cuando esté dentro?

—De acuerdo —Lydia dejó el móvil en el regazo mientras las puertas se abrían—. De acuerdo, ya estoy dentro —dijo momentos después.

—No ha visto a nadie, ¿verdad? —dijo la mujer—. ¿Nadie ha salido?

—No.

—¿Nadie en absoluto?

¡Santo cielo! Pero qué ridiculez. Lydia miró el teléfono con sorpresa; si la voz al otro lado del teléfono era la de Christine Pearman, entonces la señora Pearman debía de tener más cuidado con las películas que veía.

—Aquí no hay nadie salvo yo.

—Siga el camino sin desviarse, y yo la espero en la puerta.

Lydia se encogió de hombros. Qué extraño. Tomó varias curvas, hasta que el último trecho más recto la llevó hasta una casa espectacular. Era de esas edificaciones diseñadas según los cánones de belleza establecidos. A cada lado de la impresionante entrada había un número adecuado de ventanas; y las amplias escaleras que ascendía en suave curvatura hasta la puerta de entrada habrían hecho temblar a la artista que Izzy llevaba dentro.

—No está mal para pasar unas vacaciones —le dijo en tono suave a *Nimrod*—. Menuda diferencia a tu casa, ¿eh?

Lydia salió del coche y paseó la mirada por el cuidado jardín cubierto de césped que se extendía a un lado de la casa. El lugar era impresionante, se decía Lydia para sus adentros mientras pensaba en lo extraño que resultaba que un hombre tan rico dejara que su madrina viviera con tan poco.

Sacó la cesta del gato. ¿Por qué no construirle una casita allí mismo, dentro de la finca? Seguramente habría alguna ya; o más de una.

—¿Lydia Stanford?

Lydia se dio la vuelta.

—Sí. Tengo a... *Nimrod*.

—El señor Regan-Phillips ha llamado por teléfono —dijo la otra mujer mientras asentía con la cabeza.

El ama de llaves paseó la mirada nerviosamente por la parte del jardín que quedaba a su espalda, como si buscara algo entre los arbustos y los árboles. Su comportamiento resultaba extraño y preocupante. Había esperado que la invitaran a tomar una taza de té o algo; por lo menos darle la oportunidad de ver el interior del santuario que parecía ser la impresionante mansión del señor Regan-Phillips. Así podría contárselo luego a su hermana Izzy.

En lugar de eso, el ama de llaves parecía totalmente distraída. La mujer estaba claramente preocupada, y no hacía más que mirar de un lado a otro con inquietud.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Lydia bruscamente.

—Sí, yo... —la mujer dejó de hablar—, quiero decir...

Entonces se oyó el ruido de unos neumáticos sobre la grava y la mujer se dio la vuelta.

—¡Gracias a Dios!

Lydia se volvió también a tiempo de ver el Jaguar verde oscuro de Nicolás Regan-Phillips subiendo por el camino. Al poco, él salió del vehículo y cerró la puerta.

En realidad, pensaba ella con poco entusiasmo, era más sexy de lo que había pensado en un principio... Si acaso eso era posible. Y también era más alto, y le pareció de pronto más fuerte. Parecía como si estuviera acostumbrado a que todo funcionara como él había deseado que funcionara. Y eso le daba una cualidad de lo más atractiva.

Observó que el ama de llaves se adelantaba, con el desaventurado *Nimrod* todavía en la cesta. Lydia no pudo sino escuchar retazos de la conversación, palabras susurradas que le llevaba la brisa.

—Pensábamos que estaba durmiendo...

Nick dejó de mirar a la mujer y fijó la vista en los ojos de Lydia. Entonces fue hacia ella.

—Lo siento, parece que mi hija, Rosie, se ha perdido —le explicó en tono bajo.

Inmediatamente Lydia pensó en lo que podría haberle pasado a la niña. ¿Sería posible que la hubieran secuestrado?

Se le debió de notar en la cara lo que estaba pensando, porque

entonces él dijo:

—Es algo que hace a menudo. Pero la finca es un recinto cerrado; estoy seguro de que no hay por qué preocuparse.

Lydia frunció el ceño y trató de recordar lo que había leído en el artículo de Internet. Estaba segura de que la hija de Nick Regan era muy pequeña, pero por lo que había dicho él, era como si fuera el padre de una adolescente.

—¿Cuántos años tiene?

—Cinco.

¡Cinco! Nick Regan mostraba una notable despreocupación para ser un hombre a quien se le había perdido una hija tan pequeña. ¿Y acaso no estaba divorciado de la madre de la niña? Sin duda ella no se mostraría tan tranquila si supiera que al padre no hacía más que perderse la niña.

—¿Cuánto tiempo hace que no la han visto? —le preguntó Nick al ama de llaves.

Christine estaba muy nerviosa.

—Hace algo menos de tres cuartos de hora —respondió—. Sophie fue a verla antes de bajar a tomar un té. Hemos buscado por toda la casa...

—¿Y en el estanque también? —la interrumpió bruscamente.

—Arthur y Tom están allí ahora mismo.

Él asintió con gesto decisivo, como dando su aprobación. Lydia miró a uno y a otro. Él parecía tener claro que su hija se había perdido en la finca y que, exceptuando el estanque, no había problema. Pero el ama de llaves no parecía ser de la misma opinión. La mujer estaba visiblemente preocupada y tensa, y no hacía más que agarrarse y soltarse las manos.

—Esta vez se ha preparado una pequeña mochila; incluso se ha llevado un cepillo de dientes... —un sollozo interrumpió su discurso, y Christine sacó un pañuelo del bolsillo.

Eso ya quería decir que Rosie había decidido escaparse; sin duda porque se sentía infeliz. Y como, según había dicho su padre, lo hacía muy a menudo, tal vez la niña fuera más que infeliz.

Eso sí que debería preocupar a un padre. Lydia lo miró y vio muy poca emoción en su expresión; en realidad poco más que un destello de irritación en esos ojos perspicaces; y si la causa era Christine o su errante hija, Lydia no estuvo segura.

Entonces la miró, y Lydia intuyó con plena seguridad que el problema iba con ella. O, más específicamente, con el hecho de que ella se hubiera enterado de sus asuntos privados.

Como si ella fuera a escribir algo de su hija...

A no ser, por supuesto, que descubriera que Nick Regan era un mal padre. En ese caso tal vez...

O tal vez no. Desde luego no escribiría nada que pudiera hacerle daño a ningún niño; y le fastidiaba que su instinto no le hubiera dicho eso de ella.

Lydia decidió no pensar así. En realidad, no importaba lo que él pensara de ella; o de su profesión. Lo que importaba era esa niña infeliz que estaba escondida en la finca de su padre. Y él debería estar buscándola.

—Estoy estorbando. Creo que les dejaré ahora para que...

Le pareció ver un destello de alivio en su mirada. Entonces él le tendió la mano.

—Gracias por traer a *Nimrod*.

Nick Regan le estrechó la mano con firmeza, pero a Lydia le dio la extraña impresión de que no le caía bien. Por alguna tonta razón, le dolía que él no confiara en ella. Algunas personas le habían escupido veneno; pero la actitud del señor Regan parecía molestarle más porque le parecía injustificada. Que ella supiera, no se habían visto nunca antes del día anterior, ni tampoco conocía a nadie que lo conociera. ¿Entonces por qué?

—Yo... He dejado la llave debajo de la maceta.

Él le soltó la mano. Lydia se la metió en el bolsillo para sacar las llaves del coche.

—Avíseme si hay alguna novedad con respecto a Wendy...

Él asintió.

—Y... —Lydia esbozó una sonrisa algo forzada—... espero que encuentre pronto a su hija.

—Gracias. Llame a la casa como ha hecho antes y Christine le abrirá la verja.

Ella asintió y, tras dirigir una breve sonrisa al ama de llaves, se volvió hacia el coche. Estaba decepcionada porque no había entrado en la casa. Le habría gustado saber si los gustos de Nicolás Regan-Phillips eran de tendencia minimalista o más bien tradicional.

Arrancó el motor. Seguramente sería un hombre de gustos

tradicionales. Imaginaba su casa llena de bellas antigüedades. Aunque probablemente él las vería como inversiones a largo plazo más que como objetos bellos. Nicolás Regan-Phillips le parecía la clase de persona que no podría elegir nada basándose en una respuesta emocional.

Lydia metió la segunda marcha y miró por el retrovisor en el momento en que él se daba la vuelta y empezaba a subir las escaleras despacio con ese porte tan soberbio de colegio privado británico.

¿Y cómo era posible que incluso aquello le resultara tan atractivo? Lydia sonrió. Había algo de hombre reprimido en él que le provocaba zarandearlo; ver lo que había bajo la superficie.

Y en Nicolás Regan-Phillips debía de haber algo. Drakes no era la clase de negocio que florecía por casualidad, sino una de esas empresas fruto de una gran pasión, de un gran entusiasmo, de una mente genial. Eso no se podía negar. Fuera lo que fuera aparte, Nicolás Regan-Phillips era un hombre brillante e inteligente.

Con el rabillo del ojo vio un destello de rojo; un breve vistazo que desapareció al instante tras unas camelias en flor. Instintivamente Lydia redujo la velocidad y buscó con la mirada una confirmación de lo que le parecía haber visto.

¿Sería Rosie? ¿O sería alguien buscándola? Lydia detuvo el coche despacio, sin saber qué hacer. No era asunto suyo, pero eso nunca había sido un impedimento.

Salió del coche con energía y se apoyó sobre la puerta abierta.

—¿Rosie?

Aguzó el oído y esperó un momento.

—¿Eres tú?

No obtuvo respuesta. Lo cual quería decir que o bien no había nadie allí, o que Rosie no quería que nadie la encontrara. Lydia vaciló. Tal vez Nick Regan preferiría que le dejara a él solo la tarea de encontrar a su hija, pero si telefoneaba para que le abrieran las verjas y Rosie se escapaba, jamás se lo perdonaría a sí misma.

Cerró la puerta y avanzó por el camino de grava.

—¿Rosie? Todos te están buscando.

Nada.

Rodeó la enorme camelia muy despacio, buscando el atisbo rojo que había visto entre el follaje.

—¿Rosie?

Pero no se veía a la pequeña por ningún sitio. Lydia se encogió de hombros algo decepcionada. Debía de haber visto mal.

Volvió sobre sus pasos por el camino de tierra, pero al salir al otro de grava donde había dejado el coche volvió a ver el movimiento rojo. Esa vez no la llamó, sino que apretó el paso. No estaba acostumbrada a estar con niños, sobre todo pequeños, pero ésa quería escaparse de casa y no iba a querer que nadie la encontrara.

Se metió por un paso estrecho entre unos arbustos y se sorprendió al ver a una niña de pie en el césped. Lydia vaciló, sin saber qué decirle a una niña de cinco años a la que no había visto en su vida y que acababa de marcharse de su casa.

—¿Eres Rosie? Todo el mundo te está buscando.

La niña la miró, más que asustada, con curiosidad. Lydia se arriesgó a acercarse un poco. Rosie llevaba una cola de caballo y un vestido rojo brillante con una rebeca de perlé. Más que una niña parecía una muñeca.

Pero esa impresión era engañosa. Estaba claro que Rosie tenía una voluntad de hierro, y para demostrarlo tenía una mochila verde a sus pies.

—Me llamo Lydia...

Su voz se fue apagando cuando de pronto se dio cuenta de que la niña llevaba algo colocado detrás de la oreja. Apenas se veía con el pelo, pero Lydia supo inmediatamente lo que era. Rosie llevaba un aparato para sordos. Y al mirarla con más detenimiento se dio cuenta de que llevaba dos en lugar de uno. Rosie era sorda.

Lydia trató de pensar con rapidez. Aquello explicaba la preocupación extrema del ama de llaves, y por qué le había preguntado si había habido alguien cerca de las verjas cuando se las habían abierto.

Si Rosie no oía cuando la llamaban... y si nadie sabía dónde se había marchado...

Lo cierto era que sería una pesadilla si la pequeña se empeñara en que nadie la encontrara... El terreno que rodeaba la mansión era muy extenso, y llevaría horas peinar toda la finca.

Miró a Rosie a la cara y se llevó dos dedos a la oreja para hacerle la seña para «sordo».

La niña asintió despacio y la miró con los ojos muy abiertos, unos ojos marrones llenos de curiosidad. Entonces se llevó los dedos a la oreja y después al pecho.

Hacía mucho que Lydia no utilizaba el lenguaje de señas. Mucho tiempo. Seguramente no se acordaría bien, pero tenía que quedarle algo de su primera lengua. Su madre siempre la había utilizado. Era el primer recuerdo que Lydia tenía. El habla le había llegado a través de los amigos y el recreo, la televisión y los asistentes sociales.

Lydia sonrió y se sentó en el césped. Cuando estuvo segura de que Rosie podía verle la boca, pronunció su nombre despacio y a continuación hizo la seña que correspondía a su nombre. Su padre lo había elegido porque pensaba que tenía los ojos brillantes y grandes. Le traía tantos recuerdos. Recuerdos de su niñez. Recuerdos de la primera tarde de viernes de cada mes en la asociación de sordos local, donde había visto a sus padres más relajados y felices que en cualquier otro sitio cuando salían de casa.

Rosie movió los dedos con rapidez, y Lydia se concentró para seguirla. Le faltaba práctica, pero entendió algo de una discusión. Al menos la seña le parecía la correspondiente a esa palabra, aunque podría haber sido la de la guerra; pero ésa le parecía improbable en el contexto.

¿Por qué no se acordaba?

Molesta con su propia lentitud, Lydia trató de decirle a Rosie que su padre estaba esperándola en casa y de que era hora de volver. La pequeña se quedó pensativa un momento, y después sacudió la cabeza.

¿Por qué? Lydia hizo una seña tocándose la parte derecha del pecho.

Rosie suspiró de nuevo. Los mismos movimientos rápidos, pero esa vez Lydia la entendió a la perfección. Rosie no quería ir a casa a no ser que Lydia le dijera a su padre por qué se había escapado.

Tal vez a Rosie le pareciera muy sencillo que una desconocida le dijera a Nick Regan por qué su hija intentaba escaparse cada dos por tres. Pero Rosie solo era una niña de cinco años. No podía entender que entre adultos las cosas eran mucho más complicadas.

Nick seguramente lo consideraría una intromisión en su vida privada. Lydia se lo pensó un momento. Le daba lo mismo. Aunque

él pensara que estaba sobrepasando el límite, también estaría agradecido que le devolviera a Rosie sana y salva.

Lydia miró a Rosie a los ojos y le hizo la seña para decirle que sí. Entonces le tendió la mano, y Rosie se la tomó con plena confianza. ¿Sería posible que fuera tan fácil?

Miró hacia el coche, pensando si sería correcto convencer a una niña que no la conocía para que se montara con ella. Al final pensó que no sería lo correcto. Claro que tampoco era gran idea convencerla para que caminara con una extraña. ¿Entonces cuál era la alternativa? Al menos todavía seguían dentro de Fenton Hall y lo importante era llevarla hasta casa.

También era importante mantener su promesa. Había conseguido entender a Rosie lo suficiente como para darse cuenta de lo importante que era para la niña. Alguien le había gritado, y Rosie estaba triste. Los dos dedos deslizándose con rapidez por la palma de la mano significaban que se había escapado al jardín. En definitiva, la niña había hecho su bolsa y había salido corriendo.

Poco a poco Lydia notó que las señas aparentemente olvidadas regresaban del recuerdo.

Rosie le soltó la mano y le tocó el brazo para atraer su atención. Lydia se detuvo y miró a la niña, cuyos dedos se movían demasiado rápidamente para ella. Lydia logró entender que le decía «deprisa». Entonces Lydia le dijo a la niña por señas que iba demasiado deprisa, y se agachó delante de ella.

Rosie sonrió con dulzura. Y con expresión observante, como para asegurarse de que Lydia la entendía, le dijo que no le gustaba Sophie; que Sophie estaba siempre enfadada, que gritaba. Al final añadió que quería encontrar a su abuela.

Lydia asentía como gesto de entendimiento.

Entonces Rosie le pidió que le dijera a su padre que quería que despidiera a Sophie. No quiso esperar a ver la respuesta de Lydia. La niña recogió su mochila verde lima y le dio la mano de nuevo a Lydia.

¿Pero quién demonios era Sophie? ¿Y qué habría hecho para conseguir que a Rosie le disgustara tanto? Lydia miró a la niña que estaba a su lado. No parecía particularmente azorada por lo que le hubiera podido hacer la tal Sophie. Más bien parecía una pequeña llena de determinación que estaba acostumbrada a conseguir lo que

quería.

Hasta que se enterara de la verdad, Lydia decidió darle a la desconocida Sophie el beneficio de la duda; pero le diría a Nick lo que le había dicho su hija. Estaba claro que Rosie sentía que necesitaba un mediador. Y eso era algo que se le daba de maravilla.

Nick alzó la mano para acallar a las mujeres que hablaban al mismo tiempo, ambas ansiosas por justificar por qué la huida de su hija no había tenido nada que ver con ninguna de ellas. Qué Dios se apiadara de él. ¿Para qué les pagaba precisamente si no era para que cuidaran de Rosie?

—Ya nos ocuparemos de todo esto cuando averigüemos dónde está Rosie. ¿Se le ha ocurrido a alguien mirar en la casa de verano?

Christine parecía ofendida.

—Yo misma he ido a mirar ahí; y he buscado por todos los rincones de la casa. Pongo la mano en el fuego de que no está allí.

Nick asintió. No estaba de humor para satisfacer el orgullo herido de su ama de llaves. El aspecto de Sophie, que estaba al lado de Christine, era beligerante. Como niñera dejaba claramente mucho que desear. Tal vez hubiera llegado con las mejores referencias, pero era una vaga. De haber conocido mejor las necesidades de Rosie, Nick no la habría aceptado en su casa para empezar. Tal vez Sophie conociera teorías más avanzadas, pero no parecían gustarle demasiado los niños. ¿O sería tal vez Rosie la que no le agradaba?

A su hija no le gustaba en absoluto la niñera. Tal vez fueran incompatibles.

En cuanto tuviera un momento, tenía que ocuparse de buscar una sustitua más adecuada; preferiblemente alguien que estuviera acostumbrada a cuidar de una niña sorda.

Ana había dicho que era bastante difícil ya encontrar a alguien que respetara la intimidad de la familia que la empleara sin tener que añadir la imposible condición de que además conociera el lenguaje de los sordos. Pero estaba claro que debía intentarlo.

—A ver si nos aclaramos. Dice que acostó a Rosie temprano...

—Por escupir —lo interrumpió Sophie—. Le dije que la única excusa para ese tipo de comportamiento era que estuviera cansada.

Nick se pasó la mano por la cabeza con gesto cansino.

—¿Y bajó a tomarse una taza de té?

—La dejé sola para que pensara en lo que había hecho. Yo...

—¿Y ninguna de las dos la oyó bajar las escaleras?

Las dos mujeres se miraron.

—¿Ni abrir la puerta de entrada? —añadió Nick.

—No puedo entender cómo es posible que el cerrojo no estuviera echado. Estoy segura de que...

Nick levantó de nuevo la mano, y Christine dejó de hablar.

—Estoy seguro de que no puede... —le dijo en tono seco; pero no continuó porque en ese momento alguien llamó a la puerta—. ¿Qué pasa?

Fue a abrir la puerta, y se quedó de una pieza al ver a Rosie con Lydia a la puerta.

Lydia sonrió.

—La vi cuando iba a salir y...

—¡La ha encontrado! —gritó Christine con alivio mientras corría a abrazar a la pequeña—. ¡Qué preocupada estaba por ti!

Rosie estaba tensa, con expresión pétrea, nada receptiva al abrazo de la mujer. Pero lo que sorprendió a Lydia fue que Christine no se había asegurado de apartarse un poco de la niña para que le leyera los labios. Lydia miró a Nick.

—Vi un atisbo de rojo entre unas camelias y me paré a investigar.

—Gracias. Muchas gracias.

Pareció como si lo dijera de corazón. Y como Lydia se había preparado para que él la recibiera con su habitual reserva, se sorprendió al ver un brillo de emoción en sus ojos. Aquella niña le importaba de verdad. Pues claro, qué tonterías le daban por pensar; por supuesto que le importaba. Rosie era su hija. Nick llevó a la pequeña al salón y se arrodilló delante de ella. Movía la boca despacio para que Rosie pudiera leerle los labios.

—Estábamos muy preocupados por ti. No debes salir tú sola.

Pero no la abrazó. No la rodeó con sus brazos ni le dijo lo mucho que la quería. Su actitud era tensa y torpe. Lydia tuvo ganas de darle un golpe y decirle que no lo estaba haciendo bien; que una niña de cinco años no se fijaría ni entendería lo que significaba aquel brillo en sus ojos.

¿Y qué sabía ella? Precisamente era una experta en evitar relaciones. No quería ser madre porque no podía soportar la idea de traer hijos a un mundo como el actual. ¿Qué era lo que de pronto hacía de ella una experta en las relaciones humanas?

Vio que Rosie desviaba la mirada, y se dio cuenta de que Nick Regan la había perdido de nuevo. La niña estaba enfadada, y el padre había perdido la oportunidad de construir un puente hacia ella. Y lo peor era que ni siquiera lo sabía.

¿Qué pasaba con los hijos de los ricos? Aparentemente tenían un montón de ventajas, pero ocurría tan a menudo que sus padres no parecían tener una relación real con ellos. Les dejaban al cuidado de las niñeras y de otros profesionales antes de que empezaran hablar, y luego les enviaban a colegios internos a la primera oportunidad.

Avanzó hacia Rosie y le dio la mano, sintiendo sin saber por qué un fuerte sentimiento de protección. Para Rosie la situación era todavía peor que para otros niños de padres ricos. Su madre le había contado demasiadas cosas sobre su infancia como para que Lydia no entendiera a la perfección lo difícil que era haber nacido sorda en una familia donde los demás oían.

Rosie le había pedido que hablara por ella, y lo haría. Se aseguraría de que Nicolás Regan-Phillips la oyera. Y más que eso. Haría todo lo que estuviera en su mano para que las cosas cambiaran.

—Rosie me pidió que le dijera que se siente muy infeliz.

Al oír sus palabras, Nick la miró con sorpresa. A su alrededor todo pareció quedar de pronto en silencio.

Lydia vaciló y miró a Rosie. Esperaba que hubiera juzgado bien la situación y que no estuviera a punto de meter la pata totalmente. Si Sophie era la chica de unos veintitantos años con cara de pocos amigos que estaba sentada en un rincón, tal vez lo que estaba a punto de decir fuera a resultar perjudicial para Rosie.

—Tengo entendido que ha habido una discusión o algo por el estilo...

—Sí, eso es.

Todas las miradas se volvieron hacia la joven.

—No permitiré que se me desafíe de ese modo y... —empezó a decir Sophie.

—Sophie... —Nick se volvió a mirarla y continuó hablando con

todo respeto—. Lo importante ahora es que Rosie está a salvo. Creo que podemos dejar todo lo demás para mañana.

Ella hizo un gesto como si fuera a protestar, pero Nick la interrumpió con un «no» muy decidido. Entonces le acarició la cabeza a su hija. Era el primer gesto de cariño que Lydia presenciaba entre los dos, y entonces recordó que con Wendy había sido dulce y amable.

Rosie se acercó a su padre, y Lydia supo que no se había equivocado con respecto a él. Dentro de aquel traje de ciudad había un buen hombre... Y si tan solo se dejara llevar un poco...

—Yo mismo acostaré a Rosie.

Lydia oyó el gemido entrecortado de Sophie y juzgó que el anuncio de Nick Regan no tenía precedentes; pero esperó confiada a que Sophie fuera invitada a salir de la habitación.

No le cabía duda de que Nick lo haría. Se había dado cuenta de lo mucho que a él le importaba su hija, fuera lo que fuera lo que estuviera pasando allí, y estaba segura de que a él no le haría ninguna gracia que una chica de veinte años gritara e intimidara a la niña, por mucho que se creyera la mejor niñera del mundo.

Christine Pearman tal vez fuera una mujer agradable a quien se le podría enseñar a ser más cuidadosa; pero Sophie no tenía remedio... Sophie era la clase de mujer que se había leído el libro y sabía todas las respuestas. Tal vez fuera la clase de juicio repentino que Izzy solía deplorar, pero Lydia se sentía bien agarrada a la mano de Rosie y esperando a que Nick justificara su fe en él.

Lydia no quedó decepcionada, puesto que Nick Regan se puso de pie en ese momento y le habló a Sophie con mucha seriedad.

—Creo que todo esto ha sido también muy estresante para ti; así que yo me ocuparé de Rosie ahora. Gracias —entonces miró a su ama de llaves—. Puede retirarse, Christine.

—¿Desea cenar?

—Esperaremos hasta que Rosie se haya dormido.

Ambas mujeres salieron de la habitación, evidentemente intimidadas; y eso que Nick no había levantado la voz. Había hablado en tono bajo pero con autoridad, esperando que la gente cumpliera sus deseos. A Lydia, acostumbrada como estaba al ambiente de una sala de redacción y a las groserías que a veces se oían allí, le pareció impresionante.

Resultaba extraño que no inspirara en ella esa clase de sobrecogimiento. Lo único que veía era a un hombre, a uno muy sexy, que necesitaba mucha ayuda con su hija. ¿O podría decirse tal vez que era la hija la que necesitaba ayuda con el padre?

Lydia notó que él se fijaba en que estaban dadas de la mano, y sintió lástima por él. Estaba perdido y no sabía qué hacer ni qué decir.

Y para colmo parecía tremendamente receloso. Había tenido un par de días horribles, y lo que ella estaba a punto de decirle no iba a facilitarle el camino, al menos a corto plazo.

—Rosie me ha pedido que le dijera que no le gusta Sophie.

Sus palabras fueron como una bofetada. Vio el efecto que le causaron a Nick; por la cara que puso, como si ella le hubiera dado con un látigo.

—¿Se lo ha dicho ella? —le preguntó con incredulidad.

—Sí.

—Entonces entiende el lenguaje de signos.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Usted no? —dijo Lydia con incredulidad.

Él no apartó la mirada de la suya, y Lydia vio que tragaba saliva con suma dificultad.

No conocía el lenguaje de los sordos. ¿Cómo era posible que el padre de una niña sorda de cinco años no hubiera aprendido algo del método que su hija utilizaba para comunicarse? Era intolerable. Una auténtica canallada.

—Pues bien, debería. ¿Cómo espera si no que la niña se comunique con usted?

Capítulo 4

A Nick le dolió como si le estuvieran hurgando en una herida. Se sentía culpable por no hablar el lenguaje de los sordos; porque sabía que debería. Hacía más de cuatro años que sabía que Rosie era totalmente sorda.

Había habido razones para no hacerlo, por supuesto. Buenas razones. O al menos le habían parecido plausibles hasta que la niña se había ido a vivir con él. Y de algún modo, mientras miraba aquellos ojos moteados de ámbar de Lydia, entendió que sus pensamientos habían tomado otro camino.

Había decepcionado a su hija. Rosie no había tenido otra alternativa que decirle a una persona extraña que no le gustaba su niñera. Y lo peor de todo era que él ya lo sabía. En el fondo conocía una realidad que había sido más que obvia. Sencillamente había preferido ignorarlo para no complicarse la vida.

Su argumento había sido que sería bueno para Rosie tener la misma niñera que había tenido cuando había vivido con su madre. Y con las excelentes referencias y la preparación de Sophie...

Todas excusas, y lo sabía. ¿Cómo ignorarlo además si en ese momento su hija lo miraba con esos ojos marrones tan cándidos? Y Lydia...

Lydia lo miraba con incredulidad. Sacudió suavemente la increíble melena que enmarcaba un rostro inteligente y de una belleza nada convencional.

—Rosie maneja a la perfección el lenguaje de señas. Está claro que es su medio de comunicación principal.

—También sabe leer los labios —le dijo él a la defensiva.

—No se trata de eso, ¿verdad? En ese momento solo ella lo entiende a usted, no usted a ella. Tiene responsabilidad hacia Rosie y...

—Soy plenamente consciente de mis responsabilidades —le dijo con más dureza de la que había pretendido.

Durante el breve silencio que siguió, Lydia no apartó los ojos de él.

—Tiene razón —dijo finalmente—. No es asunto mío el decirle

cómo tiene que educar a su hija, pero...

—No lo es.

—Pero le prometí algo a Rosie. Le dije que le diría lo que siente, y tengo la intención de mantener mi promesa.

Entonces Lydia rompió el contacto visual y se arrodilló delante de Rosie. Tocó a su hija suavemente en el brazo, y Rosie levantó la vista y la miró con asombro y confianza.

Y a Nick eso le dolió. Le dolía tanto ver a su hija mirando a otra persona para decirle a él lo que sentía; confiando en otra persona para transmitirle algo tan suyo.

La culpabilidad lo abrumaba. Debería haberse tomado algo de tiempo, debería haber prescindido de una niñera como Sophie, debería haber luchado por ella cuando Ana lo había abandonado... ¡Maldición! Debería haber aprendido aquel lenguaje de signos y haber forjado una verdadera comunicación con Rosie.

Le daba vergüenza pensar que apenas conocía a su hija, y que para colmo necesitara de otra persona para comunicarse con ella.

Y sobre todo que esa persona fuera precisamente Lydia Stanford...

Le dolía. Le dolía tanto. Resultaba difícil mostrarse agradecido con una mujer como Lydia. Aunque ya no estaba seguro de la clase de mujer que era. ¿Cómo conciliar lo que sabía de ella con lo que había visto de ella?

Era un hecho indiscutible que Lydia había utilizado todas sus habilidades para asegurarse de que Steven Daly y sus socios acabaran entre rejas. El aborto espontáneo de su hermana y el intento de suicidio habían sido del dominio público durante el dilatado y complicado proceso judicial. Todos los detalles de la vida privada de Isabel Stanford habían quedado expuestos al escrutinio público durante semanas interminables.

Resultaba fácil imaginar lo humillante que debería haber sido para una tímida joven de veintitrés años ver cómo todo el mundo analizaba y discutía sobre su vida privada.

Día tras día había habido fotos de las dos hermanas: Lydia siempre fuerte, firme, confiada; su hermana rota, hundida.

Steven Daly era un personaje maquiavélico que merecía estar en la cárcel, pero... ¿Cómo podía Lydia conciliar el sueño de noche sabiendo lo que le había hecho pasar a su hermana?

Posiblemente Lydia argumentara que lo había hecho por su hermana, pero él sabía que no era cierto. Era imposible que la joven y traumatizada Isabel hubiera estado pensando en vengarse. Sencillamente se había estado concentrando en hacer acopio de la fuerza de voluntad necesaria para seguir viva.

Cuando Wendy le había dicho que estaba decidida a que Lydia Stanford fuera su biógrafa, o que de otro modo no cooperaría, él se había sentido horrorizado. Todo lo que había averiguado desde entonces le había confirmado que ella era una persona con una idea fija; una mujer totalmente empeñada en conseguir sus objetivos, fuera cual fuera el coste.

Pero cuando la había conocido en persona...

Lydia no había sido la persona que había esperado encontrarse. Lydia Stanford exudaba una calidez que no había esperado; una bondad especial.

Si no la hubiera visto concediendo esa entrevista después de que el juez diera el veredicto de «culpable»... Entonces habría sido una historia diferente. Sabía que esos increíbles ojos suyos o los intensos colores de su cabello le habrían encandilado. Le habría pedido el número de teléfono y no habría esperado más de veinticuatro horas para invitarla a cenar.

Pero bajo ese atractivo barniz, Lydia Stanford era una mujer que buscaba el éxito en su profesión con verdadera pasión; y él sabía exactamente lo que era vivir con esa clase de ambición. Sabía lo cruel y lo doloroso que podría ser.

Observó a Lydia, que le preguntaba a su hija lo que quería decir. Movía las manos con gracia. Tenía las manos largas y las uñas perfectamente cuidadas. También tenía un araño bastante tierno en la mano derecha; sin duda obra de *Nimrod*.

Y entonces tuvo que observar cómo Rosie le decía a Lydia lo que de verdad quería decir. Santo Dios. El corazón se le encogió mientras vigilaba los movimientos rápidos y nerviosos de sus manitas. Su cara rebosaba satisfacción de que por fin lograra decirle a él, a través de Lydia Stanford, lo que había tenido que guardarse durante todas esas semanas que llevaba viviendo en su casa.

La carita de Rosie se arrugó con una mueca de dolor, e inmediatamente él avanzó hacia su hija y la abrazó con fuerza sin pensarlo mientras le acariciaba la cabeza y seguidamente se

agachaba a besarle la melena de suaves rizos con delicadeza. Entonces miró a Lydia.

—¿Qué es lo que ha dicho?

Lydia tenía la voz ronca, como si las palabras de la niña la hubieran afectado también a ella, y sus bellos ojos encerraban la expresión más tierna que había visto jamás.

—Es complicado —respondió Lydia por fin.

—Imagino.

Y de pronto no importaba que Lydia Stanford estuviera allí solo porque quisiera una historia. Lo que verdaderamente importaba, más que nada en la vida, era Rosie.

Y si Lydia era la persona a través de la cual podía establecer una relación con su hija, entonces la aceptaría, fuera cual fuera el coste personal.

A medida que los sollozos de su hija iban cediendo, él se apartó un poco para mirarla a los ojos y que la niña pudiera entender todo lo que sentía. Los ojos de su hija eran tan parecidos a los suyos...

—Lo siento —le dijo con cuidado—. Rosie... Yo... —y entonces miró a Lydia—. ¿Qué ha dicho? Dígame por qué se siente tan infeliz.

Lydia se puso de pie despacio y fue a sentarse en un sofá cercano. Siempre se le había dado bien expresar lo que quería decir, comunicarse. Pero en esa ocasión no parecía ser así. Lo que tenía que decirle a Nicolás Regan-Phillips iba a dolerle; y no quería eso.

No entendía por qué no había aprendido el lenguaje de los sordos, pero no dudaba que amaba a su hija. De uno u otro modo, tenía que decirle la verdad; tal y como Rosie le había pedido.

Lydia se aclaró la voz cuidadosamente.

—Ella... Ella entiende por qué la han enviado aquí. O al menos cree entenderlo —Lydia se retiró el cabello de la cara y lo intentó de nuevo—. Rosie dice que la enviaron aquí porque su madre ya no la quiere por ser sorda, y de usted piensa que está demasiado ocupado para llevársela a vivir con usted.

El dolor se reflejó en su expresión, pero Lydia no quiso parar por si flaqueaba. Se lo había prometido a la niña.

—Dice que Sophie le grita porque ella no la oye, y que se enfada cuando no la entiende. Quiere volver a casa de su abuela y vivir con ella —Lydia desvió la mirada, detestando la angustia que veía en el

rostro de Nick—. Lo siento. De veras.

Nick negó con la cabeza como absolviéndola de cualquier responsabilidad en su agonía y entonces besó a su hija en la cabeza.

—Lo siento —le dijo mientras la besaba en la mejilla; entonces miró a Lydia—. ¿Cómo es la seña para decir «lo siento»?

Lydia tragó saliva y se lo explicó.

—Utilice el meñique para cosas que son malas —extendió el meñique y cerró el resto de la mano y trazó círculos sobre el pecho—. Así se disculpa uno.

Él imitó el movimiento. No era perfecto, pero Rosie lo entendió. Entonces la niña le agarró la mano para detenérsela y abrazó a su padre con sentimiento.

Al menos era un principio. O tal vez más que eso. Tal vez fuera un gran paso adelante.

—Me ha entendido —dijo él con incredulidad.

Lydia sonrió, con los ojos brillantes de emoción.

—¿Quiere decirle que no volveré a dejarla con Sophie? No puedo hacer mucho con respecto a su madre o a su abuela, pero yo me quedaré con ella.

—No le prometa lo que no pueda darle...

—No volveré a dejarla con nadie con quien no quiera estar.

Nick se lo dijo de tal modo que Lydia lo creyó sin dudarlo. A saber los problemas que tendría por ello en su vida profesional.

Sin embargo era la decisión correcta. Rosie lo necesitaba. Y en eso consistía ser padre, en amar y entregarse desinteresadamente a los hijos.

Como espectadora, Lydia lo veía con toda claridad. Era por eso por lo que no deseaba tener hijos propios. No era capaz de dar amor desinteresadamente. Jamás deseaba estar en la posición en la que tuviera que elegir entre lo que deseaba hacer y lo que otras personas necesitaban que hiciera.

¿Quién había dicho que el sabio era el que conocía sus limitaciones? Sabía que jamás podría someter sus deseos a los de otra persona. Era demasiado egoísta. No había podido hacerlo a los dieciocho años y no había razón para suponer que pudiera hacerlo en el futuro.

Lydia tocó a Rosie en el hombro. La pequeña se dio la vuelta. Veía por su expresión esperanzada que confiaba en su padre. Con

cuidado le hizo unas señas para decirle lo que Nick había dicho. Rosie miró a Nick, y éste asintió para confirmárselo.

Entonces Rosie sonrió, y su carita se iluminó con una belleza que borraba el rastro de las lágrimas. Al verla, Lydia sintió que se le encogía el corazón. Si esa expresión no era en sí una recompensa para Nick por hacer lo correcto, entonces nada podría serlo.

Por segunda vez en dos días Lydia se sintió como si sobrara. Era testigo de un vínculo emocional del que no era parte. Una espectadora de la que se podía prescindir.

En realidad no conocía a Nick Regan ni a su hija. Estaba allí puramente por una serie de circunstancias, y cuanto antes se marchara, mejor. Ser testigo de esa clase de vínculo también era doloroso para ella, que en consecuencia volvía a sentir un gran vacío y un deseo de algo más; y eso era algo que una carrera de éxito no le proporcionaría.

Nada más ponerse Lydia de pie, Rosie se dio la vuelta. Le tendió la mano, y Lydia se la agarró, pero con la mano libre le hizo una seña para decirle que se marchaba a casa.

La niña sacudió la cabeza con vehemencia.

Nick se puso de pie algo desasosegado.

—No creo que esté lista para prescindir de usted.

—Yo...

—¿Ha comido?

El cambio de tema fue tan brusco que Lydia frunció el ceño y se quedó pensativa.

—¿Le preguntaba si había comido algo? —le repitió despacio—. Después de todo lo que ha hecho hoy por mí, lo menos que puedo hacer es invitarla a cenar.

—No, no he comido nada.

—Entonces quédese a cenar.

Levantó la vista y la fijó en aquellos ojos de un marrón intenso, y pensó en lo complicado que era aquel hombre. Pero también fascinante. En ese momento entendió que se quedaría.

—Tengo que quedarme un rato con Rosie hasta que se duerma, pero después podríamos... charlar.

Ella le miró los labios. Hablar. Mmm, sí. Sí que podrían hablar. ¿Sabría que tenía una boca muy sexy? ¿O que en una novela rosa sus labios serían «firmes y sensuales»? Y también tenía un suave

hoyuelo en el centro de la barbilla. Había leído en algún sitio que denotaba una personalidad sensual.

Tal vez no fuera cierto, pero mirando a Nicolás Regan-Phillips una podía soñar con esa posibilidad. Repentinamente, Lydia apartó los ojos de su rostro, horrorizada del camino que habían tomado sus pensamientos.

—Está claro que tiene experiencia en la comunicación con sordos. Me gustaría que me diera sus sugerencias sobre qué es lo que podría ayudar a Rosie.

—Por supuesto.

Si se lo pedía así, cómo rechazarlo.

—Le pediré a Christine que le lleve algo de beber al solarío; o incluso a la terraza, teniendo en cuenta el buen día que ha hecho.

Lydia miró a Rosie, que la miraba con los ojos como platos. Debía de haberse sentido tan sola. En el momento en que la idea cuajó en su mente, Lydia se dio cuenta de que haría cualquier cosa por ayudar a esa niña. Hacía mucho que nadie la miraba con tanta adoración; y aunque fuera la veneración de una niña de cinco años, le gustaba.

—Pensándolo bien —dijo Lydia mientras buscaba su bolso con la mirada—. He dejado mi coche a medio camino entre la casa y las verjas. Creo que iré a buscarlo para traerlo aquí.

—De acuerdo. Le pediré a Christine que esté pendiente de usted cuando vuelva, y nos encontraremos en la terraza dentro de... —se miró el reloj.

—Cuando se duerma Rosie.

Nick sonrió.

—Cuando se duerma Rosie.

Observó a los dos salir de la habitación y pensó que parecían sacados de una de esas fotografías artísticas. Desde luego Rosie era lo suficientemente bonita como para ser modelo infantil. Tenía una de esas caras simétricas y unos ojos enormes y expresivos.

Su madre debía de ser una mujer muy bella. Lydia miró alrededor en la habitación, pero no vio ninguna foto; lo cual era de esperar. Después de todo, estaban divorciados. Sería muy extraño que hubiera habido alguna.

Pero sentía curiosidad por saber con quién se había casado el enigmático Nick. De haber sabido lo que le iba a ocurrir ese día, se

habría pasado más tiempo en Internet averiguando quién era ella.

¿Qué clase de mujer sería la exseñora de Regan-Phillips? ¿Pondría objeción al rápido despido de la niñera que seguramente ella había elegido?

Pero ése no era su problema. Tenía que recordarlo. Ya era hora de que dejara que los demás resolvieran sus propias papeletas. Izzy se lo había dicho el día anterior... ¡Izzy!

¿Cómo era posible que no hubiera pensado en su hermana antes? Necesitaba llamarla por teléfono. Izzy era profesora de niños con necesidades especiales. Tal vez incluso conociera a alguien que pudiera ser la niñera perfecta para Rosie. Lydia metió la mano en el bolso para sacar el móvil en el mismo momento en que Christine entraba de nuevo en la habitación.

—¿Quiere que la acompañe hasta la puerta? El señor Regan-Phillips me ha dicho que va a traer el coche aquí.

Lydia agarró el móvil dentro del bolso.

—Sí, así es.

En ese momento, la mujer era la personificación del autocontrol. De no haberla visto tan nerviosa antes, no habría creído que tales emociones fueran posibles en esa mujer.

—Cuando vuelva la acompañaré a la terraza.

—Gracias.

En cuanto salió de la casa y la señora Pearman volvió adentro, Lydia sacó el móvil del bolso y marcó el número de su hermana.

—¿Izzy?

Su hermana parecía contenta de saber de ella.

—¿Dónde estás? Llevo una hora intentando llamarte...

—Lo sé —la interrumpió Lydia—. He tenido el móvil apagado.

—¿Por qué?

—Eso no importa. Escucha lo que me ha pasado.

Nick estaba sentado en la cama de Rosie, viendo cómo su niña cerraba los ojos.

Era tan linda. Su pequeña. Había esperado que por su edad no hubiera podido darse cuenta de lo que había pasado con su madre. Parecía que sabía mucho de algunas cosas y no lo suficiente sobre otras.

Ana no era mala persona, tan solo egoísta. No habría querido que su hija sufriera. Tal vez por eso no le había dicho que su abuela había fallecido. Seguramente pensaba que Rosie era demasiado pequeña para comprender lo que pasaba a su alrededor. ¡Qué equivocada estaba Ana!

Tal vez Rosie no se enterara de todo, pero sin duda sabía que su padre estaba demasiado ocupado para estar con ella y que a su madre no le gustaba que ella fuera sorda. Nick sacudió la cabeza mientras observaba a su pequeña. ¿Qué clase de daño permanente le causaba eso a un niño?

Nick acarició el suave cabello ondulado de su hija. Ya no importaba. Pasara lo que pasara a partir de ese momento, todo iba a ser distinto.

Nick se levantó de la cama silenciosamente y apagó la luz grande, dejando tan solo una luz indirecta. No había pensado hasta ese momento en el miedo que una persona sorda debía sentir totalmente a oscuras. En realidad, no había tenido en cuenta muchas cosas. El mundo de Rosie era totalmente diferente al suyo; y sus experiencias, en el presente y cuando fuera adulta, serían muy distintas.

Se pasó la mano por el cuello con cansancio. Esa era la primera vez en su vida que no estaba seguro de tener el valor suficiente para actuar. ¿Podría aprender a ser un buen padre? Nick sonrió. Wendy se quedaría estupefacta si le oyera decir algo así.

—¿Se ha dormido ya la niña? —preguntó la señora Pearman, que subía las escaleras con un paño de cocina en la mano.

—Sí, Rosie está dormida.

—¿Quiere que me quede a cuidar de ella, por si se despierta? Sophie ha salido a ver una película. Creo que supuso que usted le daría la noche libre...

Nick se detuvo en el rellano.

—Se lo agradecería. ¿Ha vuelto ya la señorita Stanford a casa?

—No —el ama de llaves vaciló un momento—. Creo que tenía que hacer una llamada. ¿Señor, cree que ésta es buena idea? La señorita Stanford es periodista, y siempre se ha opuesto a...

—Lydia Stanford es la persona que Wendy ha elegido para que escriba su biografía. Y como Wendy viene a quedarse con nosotros, creo que usted y yo deberíamos empezar a acostumbrarnos a la idea

de tener aquí a la señorita Stanford.

—Sí, señor.

—Y teniendo en cuenta todo lo que ha hecho por mí hoy, creo que lo menos que puedo hacer es invitarla a cenar.

—Por supuesto, señor.

Avanzó por el rellano, dejando a Nick preguntándose por qué Lydia necesitaba hacer una llamada de teléfono; por qué habría esperado hasta estar fuera de la casa.

Mientras se cambiaba de ropa, Nick se preguntaba si habría sido buena idea invitarla a cenar. Inmediatamente pensó que no era muy buena idea. Lydia Stanford era una mujer ambiciosa. Pero, se dijo, la cena sería un gesto de agradecimiento hacia ella. Y además una oportunidad de aprender más cosas sobre el mundo de los sordos, el mundo que viviría su hija. No era una oportunidad para conocer a una mujer que le provocaba desnudarla despacio y tirarle esa maldita chaqueta de Anastasia Wilson por la ventana.

Maldijo entre dientes. Mientras no se olvidara de que para Lydia Stanford no existía nada sagrado, no le pasaría nada.

Capítulo 5

Lydia se quedó en la terraza, pero de haber podido elegir habría preferido esperar a Nick dentro. Había sido un día agradable, pero empezaba a refrescar.

Sin embargo la vista era espectacular.

—Está dormida.

Lydia se dio la vuelta al oír la voz de Nick. Su primer pensamiento fue que se había puesto algo más cómodo para estar en casa; lo segundo que era una injusticia.

Llevaba puestos unos vaqueros negros que ceñían suavemente unos muslos potentes como los de un deportista, una camiseta blanca y una gruesa camisa abierta color gris marengo. El efecto era deslumbrante. Ella, en cambio, seguía con la misma ropa con la que había salido de Londres el día anterior.

—¿Le ha ofrecido Christine algo de beber?

Lydia negó con la cabeza.

—No quería tomar nada. Tengo que volver a Londres esta noche.

—Aquí hace fresco. ¿Volvemos dentro?

Lydia aceptó de buen grado la sugerencia.

—Ya se termina el verano. Qué pena, ¿verdad?

—No dura mucho —concedió él.

Su conversación parecía formal y embarazosa, como si ninguno de los dos supieran exactamente de qué podían hablar. Lydia se recordó que no eran amigos. Su relación podría describirse como incómoda, por decir algo.

—Tiene un jardín precioso —dijo mientras entraban por la cristalera que accedía al salón.

—Es mi pasión y la razón por la que compré esta casa. Hay casi tres hectáreas, y la ventaja es que puedo estar en el centro de Londres en una hora.

—Es muy conveniente —concedió mientras cruzaban el vestíbulo de entrada, de camino al comedor formal.

La pieza estaba decorada con elegancia, aunque tal vez algo recargada para su gusto.

—¿Y bien? —empezó a decir ella con alegría—. ¿Cuánto tiempo

lleva viviendo aquí? ¿Y, ha hecho muchas cosas en el jardín?

—Algo más de dos años. Y... —sonrió— bueno, no he hecho tanto como habría querido.

—Ha hablado como un verdadero jardinero —Lydia se quitó la chaqueta y la dejó sobre el respaldo de una silla.

—¿Quiere colgarla? —le preguntó Nick mientras le retiraba una silla para que se sentara; un gesto tradicional que concordaba con la imagen que se estaba haciendo de él.

—Creo que aquí está bien. Será mejor que la tenga a mano por si decido salir después a inspeccionar lo que ha hecho ahí fuera.

Él esbozó una media sonrisa, y a Lydia se le encogió un poco el estómago de emoción. Fue una sonrisa sexy, y su efecto mayor por ser inesperada.

Nick tomó asiento a la cabecera de la mesa, inmediatamente a la izquierda de ella. Ya estaba puesta para dos, y había bollos de pan caliente y pequeños rollos de mantequilla en platos muy pequeños.

—Creo que vamos a tomar crema de apio seguida de filetes de lenguado con cilantro y limón.

—¿No está seguro del menú? Yo pensaba que lo ordenaría por la mañana y que los empleados...

—Es una casa demasiado grande para dirigirla yo solo —contestó con serenidad.

Lydia lo admiró por negarse a entrar a morder su anzuelo.

—¡Qué descorazonador! Yo esperaba que fuera más en plan señor de la casa.

Nick se echó a reír. Su expresión se relajó, y Lydia volvió a sentir esa sensación en el estómago. Era tan sexy. Tal vez tratar de entrar en casa de Wendy Bennington por una ventana había sido una idea estúpida.

En ese momento Christine entró con una enorme bandeja y la dejó sobre un aparador cercano.

—Señorita Stanford —empezó a decir Nick.

—Lydia, por favor.

—Entonces llámame Nick.

Parecía un poco tarde decidirse a tutearse; pero Lydia se dio cuenta que ya llevaba un buen rato pensando en él como Nick. Sin embargo ninguno de los dos había llamado al otro por su nombre de pila durante la conversación. ¡Qué extraño!

—Lydia —continuó él en tono suave— se preguntaba lo que pesa mi opinión en cuanto a lo que como.

Christine colocó unos cuencos delante de ellos.

—Sería estupendo si se tomara más interés. Solo le importa su jardín. Creo que si le sirviera la misma cena todas las noches, él ni se enteraría.

Nick arqueó una ceja mientras su ama de llaves se daba la vuelta y salía del comedor.

—Bueno, ahí tienes la respuesta.

—Creo que la has ofendido. Debes tratar de mostrar más aprecio —se burló Lydia mientras tomaba la cuchara—. ¿Qué tienes pensado hacer aquí, con el jardín?

—En realidad todavía no lo he decidido —Nick tomó la botella de vino que descansaba sobre un posavasos de plata—. ¿Vino?

—Muy poco, por favor.

—Vas a conducir —dijo él con una sonrisa—. No se me olvida.

Incluso esa sonrisa fue sensual. Lydia pensó que aquella cena empezaba a parecer una cita. Era tan extraño todo. El día anterior él no le habría hecho ni caso. De hecho, así había sido.

Casi se le estaba olvidando lo grosero, suspicaz y arrogante que se había mostrado hacia ella.

—En este momento tratando de crear una huerta en el jardín, inspirada en la de Audley End, en Essex.

Lydia asintió.

—La conozco.

—He plantado algunos árboles con espaldera, y en este momento estoy colocando unos arriates de flores.

—¿Lo estás haciendo tú?

Él sonrió de nuevo.

—Si no lo hace uno, no hay disfrute. Eso era lo que quería haber hecho ayer; solo que acabé pasándome la mayor parte del día en el hospital con Wendy.

Lydia lo miró. Eso explicaba la ropa vieja y descolorida que él llevaba cuando lo había visto por primera vez el día anterior. Jamás habría sospechado que podría dedicarse a trabajar el jardín. De algún modo esa imagen no encajaba con el hombre que había ganado millones de libras con los componentes eléctricos.

Pero lo cierto era que nada de ese hombre se ajustaba a la idea

que tenía ella de un hombre dedicado al negocio de los componentes eléctricos. Nick tenía una de esas voces a las que uno escucharía aunque le estuviera leyendo la guía de teléfonos, y un cuerpo que... un cuerpo en el que una chica bien educada haría mejor en no pensar.

Y era jardinero, además. Lydia sonrió. Según había dicho siempre su padre, eso lo colocaba automáticamente en el lado de los buenos, fuera como fuera en lo demás.

—La verdad es que estoy de acuerdo —dijo ella.

Su padre jamás había podido entender cómo nadie podía gastarse miles de libras en que alguien le diseñara el jardín cuando el mayor placer era hacerlo uno mismo, ensuciarse las manos.

Vio que Nick le miraba las manos de uñas muy arregladas y se echaba a reír.

—Aunque reconozco que últimamente no me he metido demasiado en el jardín —dijo Lydia.

Él sonrió más, y Lydia miró hacia otro lado con disimulo. Tenía que poner freno a todo aquello. El suave movimiento de sus labios y el brillo de su mirada empezaban a causarle un extraño efecto. Izzy le había dicho que era su tipo y, a pesar de que ella había protestado, empezaba a pensar que su hermana no se había equivocado.

Claro que solo era en el plano físico. A ella le gustaban los hombres prósperos, pero prefería los que se habían labrado su propia fortuna. En Nicolás Regan-Phillips había un toque de elitismo que le decía que jamás tendría nada en común con él.

—¿Te importa que te haga una pregunta? —dijo Lydia de pronto.

—No si puedo reservarme el derecho a contestarla —dijo él entrecerrando ligeramente los ojos.

—Trato echo —Lydia levantó la cuchara—. ¿Por qué me dijiste que te llamabas Nick Regan?

—Porque es mi nombre —respondió él.

—¿Por qué omitiste Phillips?

—Tu fama te precedió. No quise que hicieras lo que hiciste.

—¿Y qué hice? —preguntó ella confusa.

—Averiguar quién era. Buscar mi nombre en Internet.

Lydia continuó tomando un poco de sopa.

—Tuviste mala suerte. No había otro Nick Regan, de modo que tú fuiste el más cercano que pude encontrar. Pero tampoco había demasiada información. Tendría que haber buscado más para desenterrar algo de información verdaderamente interesante. De momento no he encontrado ningún secreto vergonzoso.

Siguió un breve silencio, y Lydia se preguntó si le habría ofendido. Como siempre, resultaba difícil de saber. La expresión de su rostro era tan poco reveladora que no era sencillo averiguar lo que estaba pensando. Su comentario lo había hecho en broma, pero tal vez no había sido muy delicado por su parte; sobre todo teniendo en cuenta que una de las pocas cosas que sabía de él era que era muy celoso de su intimidad.

—Ahora me toca a mí preguntar —dijo él.

—De acuerdo —respondió Lydia, mucho más aliviada.

—¿Por qué tú no te dedicas al jardín?

Lydia dejó la cuchara sobre la mesa y tomó la copa de vino. Era una pregunta sencilla, pero que podría contestarla de muchas maneras. La respuesta más sincera sería decirle que sus padres habían muerto y que la casa familiar se había vendido. Hacía un año había pasado por delante de su antigua casa y el precioso jardín de su padre había desaparecido completamente.

—Bueno... —deslizó los dedos por el pie de la copa—. Supongo que porque empecé a estudiar en la universidad, y luego a trabajar.

—¿No tienes jardín en Londres?

—Tengo un balcón —Lydia sonrió—. Y soy la orgullosa propietaria de dos plantas colgantes. Pero no puedes juzgarme por eso; te aseguro que conozco a la perfección la diferencia entre la *choisya ternata* y la *campánula lactiflora*.

—Estoy impresionado.

Parecía observarla a través de su copa de vino. En realidad, pensaba Lydia, resultaba muy inquietante no saber lo que la otra persona estaba pensando de ti.

—Mi padre era jardinero —empezó a decir Lydia mientras untaba un poco de mantequilla en un bollo de pan—. Quiero decir, profesional. Le encantaba. Uno de mis primeros recuerdos es el de ayudarlo a arreglar las plantas de semillero.

Lydia buscó en su memoria con cariño. Le había encantado estar con su padre; aquella manera tan mágica que tenía de enseñarle a

observar el cambio en las plantas con el cambio de estación. Recordó los sábados que habían pasado en su huerto y la alegría de volver a casa cargados de patatas recién sacadas de la tierra. Se había prometido hacía tiempo que un día abandonaría Londres y volvería a tener un jardín.

—¿Le encantaba? ¿En el pasado, quieres decir?

—Él... murió cuando yo tenía dieciocho años.

—Lo siento.

Lydia se encogió de hombros, tratando de aparentar indiferencia.

—Ha pasado mucho tiempo —pero aún le dolía—. A mis padres les embistió un camión en la carretera. Mi padre murió en el acto, y mi madre una semana después en el hospital.

¿Por qué le estaba contando eso? Era algo que normalmente no se lo contaba a nadie. Jamás trataba de explicarle a nadie lo responsable que se había sentido de su hermana de doce años cuando habían tenido que ir al hospital, esperando durante días hasta que su madre había muerto.

Nunca le había dicho a nadie la rabia que le había dado perderse la fiesta de fin de curso, o lo mucho que se avergonzaba de ese sentimiento; o de su decisión de ir a la universidad y romper lo que quedaba de la familia. Por mucho éxito que hubiera tenido, nada parecía lograr apaciguar ese sentimiento de culpabilidad.

Nick tomó un pedazo de pan y no dijo nada. Debería decir algo, al menos por cortesía.

—Eran sordos —dijo ella de sopetón, llenando el vacío, queriendo provocar alguna respuesta en él—. Habían cambiado las líneas de la carretera y ellos estaban mirando para otro lado... Y, claro, no oyeron al camión acercándose.

—¿Sigues enfadada por ello?

Su pregunta la sorprendió. ¿Enfadada?

—Bueno, no culpo al camionero... Solo pienso que fue una pérdida estúpida —Lydia se arrellanó en el asiento—. Mi madre no había cumplido los cuarenta cuando murió.

—Qué joven.

—Demasiado joven.

Nick vio la rabia reflejada en sus ojos. Su madre había fallecido a los veintitrés años de una enfermedad. No sabía si era peor o

mejor.

Lo peor era que no tenía ni un solo recuerdo de su madre. Y habría sido bonito poder recordar algo, o haber sentido al menos que conocía de verdad a su padre.

Nick observó a Lydia que se retiraba la melena del cuello. Era un gesto que ella hacía a menudo, parecía que inconscientemente, pero que en él tenía un efecto hipnotizador. Se fijó en su cuello, en el movimiento ondulado de la cascada de sedoso cabello color miel.

Afortunadamente, en ese momento apareció Christine para llevarse los cuencos de sopa vacíos.

—¿Se ha despertado Rosie?

El ama de llaves casi sonrió.

—No ha dicho ni pío.

—¿Se suele despertar de noche? —preguntó Lydia.

Le tocaba el turno a Nick de encogerse de hombros. Era la clase de pregunta que no tenía intención de contestar por los derroteros por los que podría llevarle.

—No está acostumbrada a la casa.

—¿No se queda a menudo contigo?

Nick la miró a los ojos. No estaba listo para desnudar su alma delante de aquella mujer. Eso era parte de su vida personal y no quería volver a ser carnaza para los periódicos.

Christine les puso delante unos platos de pescado, mientras él se servía un poco más de vino.

—Gracias —dijo Nick.

—Muchas gracias. Tiene una pinta estupenda, Christine.

Lydia resultaba tan atractiva. Su manera de moverse, de hablar, de reír... Era tan encantadora.

¿Qué le pasaba a él que siempre se fijaba en las mujeres menos adecuadas? Había levantado un negocio que valía millones de libras por su habilidad para reconocer el talento en las personas y por su capacidad para crear un buen equipo. Sus coetáneos consideraban sus opiniones, pero en el tema de mujeres...

—¿Cómo está Wendy, por cierto? —le preguntó ella de pronto.

Se fijó en cómo se agarraba el pelo y se lo colocaba detrás. Había leído algo sobre lo que significaba que una mujer se tocara el pelo, pero no recordaba si quería decir que le atraía la persona con la que estaba hablando o lo contrario.

—Supongo que hoy no has podido ir a verla al hospital — continuó Lydia—. ¿Sabes cuándo le van a dar el alta?

—La verdad es que fui a verla antes de venir aquí esta tarde.

Nick tomó la copa de vino y dio un sorbo, tratando de centrarse en lo que le decía ella en lugar de en el movimiento de sus labios. ¡Dios, tenía que dejar de mirarla así! Debía centrarse en los hechos, en cualquier cosa que lo distrajera.

—¿Y cómo estaba?

—Se ha recuperado perfectamente. Los escáneres no revelan ya nada preocupante.

—Qué bien.

Nick sonrió.

—Pero debe tómaselo como un aviso. Quieren que deje de comer comida basura y que deje de fumar.

Le encantaba la sonrisa de Lydia, el brillo sensual que coloreaba sus ojos marrones.

—¿Fuma mucho?

—Bueno, ella dice que no... —hizo una pausa para pinchar un pedazo de pescado—. Según ella, fuma para relajarse y dice que no es una adicción. Sin embargo, su médico cree que veinte cigarrillos diarios es una cifra preocupante.

Lydia arrugó la nariz, y a Nick le pareció un gesto de lo más atractivo.

—Eso es mucho, ¿no?

—Y lo más preocupante es que se va a quedar aquí en casa para intentar dejarlo.

Entonces Lydia se echó a reír en tono ronco y sensual.

—Parece una mujer con mucha voluntad.

—De acero —replicó Nick—. Pero la verdad es que no creo que a ella le parezca que debe cambiar de hábitos.

—¿Y el tobillo? —Lydia pinchó un pedazo de zanahoria antes de mirarlo.

—Le han hecho una incisión en un lado del tobillo y se lo han sujetado con clavos y placas.

—¿Tiene la pierna escayolada, entonces?

Él asintió.

—Hasta la rodilla.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Más o menos seis semanas. Pero está claro que podrá salir del hospital antes que eso. Ha accedido a quedarse aquí un par de semanas, y después ya se verá, según dice ella.

Lydia sonrió.

—La salsa del lenguado está deliciosa. Yo siempre lo he preparado con albahaca, pero con cilantro está riquísimo.

—¿Te gusta cocinar?

Lydia sonrió mientras agitaba suavemente su cabello sedoso.

—Sí y no. Lo intento, pero no suelo tener mucho tiempo para ello. El genio de la familia en ese campo es Izzy. Le apasiona tanto la cocina como a ti el jardín.

Izzy debía de ser Isabel. Nick sintió que se ponía tenso con la mención del nombre de su hermana. No habría esperado que Lydia hablara de ella; y menos en ese tono tan afectuoso.

Lydia alzó la mirada, totalmente ajena a sus pensamientos.

—Es mi hermana. A Izzy siempre le sale todo mejor, de modo que hace tiempo que dejé de competir —dijo con verdadera estima.

—¿Estás muy unida a tu hermana?

—Mucho —Lydia se sirvió un poco de agua de la jarra—. Aunque no siempre fue así. Nos llevamos seis años, que cuando éramos pequeñas era mucho; pero cuando Izzy tenía diecisiete años, la diferencia de edad dejó de importar —dio un sorbo de agua—. ¿Y tú? ¿Tienes hermanos?

—No.

Lydia levantó la vista por encima del borde de la copa. Eso desde luego no la había sorprendido. Si alguien tenía ese aire de hijo único impreso en la cara, ése era Nicolás Regan-Phillips.

—¿Y te habría gustado?

—Nunca fue una opción —respondió mientras agarraba con nerviosismo el pie de la copa, señal de que su pregunta no le había gustado.

Lydia lo miró con gesto especulativo. Había tantas cosas que quería saber de él, pero no le parecía que mereciera la pena incomodarlo para ello. Sobre todo porque esperaba poder hablar con su madrina sobre la vida de ésta.

—Bueno —dijo ella en tono alegre mientras colocaba el cuchillo y el tenedor en el centro del plato y se recostaba sobre el respaldo de la silla—. Yo me alegro mucho de tener una hermana. Sobre

todo porque anoche me dejó dormir en su casa.

—¿Vive cerca de aquí?

Lydia asintió.

—Razonablemente cerca. Después de indicar a la ambulancia cómo llegar a casa de Wendy, decidí ir a verla.

Su manera de mover los dedos sobre la copa de vino la distrajo. Tuvo que desviar la mirada para centrarse en lo que le decía.

—¿Cómo dices?

—Tu hermana. Te he preguntado si trabaja. Estamos a mitad de semana...

Lydia entendió rápidamente.

—Durante las vacaciones escolares, no. Es profesora. No sé lo que tenía planeado hacer ayer, pero me recibió de buen grado y tuvimos la oportunidad de cotillear un poco.

Sobre todo sobre él. Lydia sonrió. Sintió la tentación de decirle que Izzy pensaba que se parecía mucho a un actor; habría sido divertido ver su reacción.

Sin embargo, hablando de Izzy, había recordado por qué la había invitado a cenar. Por Rosie. No debía desaprovechar aquella oportunidad para hacer algo útil.

—¿Con qué frecuencia se queda Rosie contigo? —le preguntó cuando Christine entraba en el comedor con una bandeja vacía para llevarse los platos.

Lydia vio que el ama de llaves y su patrón se miraban, pero no entendió por qué.

—Éste es su hogar permanente.

—¿Contigo?

—Sí.

Su respuesta fue para ella una sorpresa. Había leído que la hija vivía con la madre. De haber estado allí tan solo de vez en cuando, la excusa de no hablar el lenguaje de los sordos podría haber tenido su explicación; pero si la niña vivía allí permanentemente...

Lydia esperó mientras Christine dejaba en la mesa unas tartaletas de manzana y pera y una jarra de nata líquida.

—Gracias por echarle un ojo a Rosie —le dijo Nick al ama de llaves.

—Es un placer.

—Pero tu jornada ha terminado ya. Yo iré a verla de vez en

cuando para que puedas ver tu serie de Agatha Christie en paz.

Christine sonrió.

—Lo veré por la mañana, señor.

Lydia jugueteó con la cuchara un momento, mientras esperaba a que Christine cerrara la puerta del comedor al salir.

—¿Entonces cómo es que no conoces el lenguaje de los sordos? —le preguntó en tono bajo.

Él se puso un poco tenso, pero no respondió.

—No es difícil de aprender —le comentó, pensando que tal vez estuviera nervioso por alguna razón en particular.

Nick le echó una mirada y la desvió de inmediato. Claramente buscaba el mejor modo de expresarse.

—Rosie lleva viviendo conmigo... poco tiempo.

Eso coincidía con lo que había leído ella, pero necesitaba más información para poder entender las necesidades de Rosie.

—¿Dónde vivía antes? —le preguntó—. ¿Nick?

—Con su madre.

—Nick, me has pedido que me quede. Has dicho que querías hablar sobre el mejor modo de ayudar a Rosie, por eso me he quedado. Pero cada vez que te pregunto algo, te quedas callado. O me respondes con monosílabos; lo cual, francamente, me resulta fastidioso.

—Nunca hablo de mis asuntos personales.

A Lydia le sorprendió su respuesta. Sabía que esa noche él no había hablado de su vida; más bien había sido él quien le había hecho las preguntas, y ella quien le había contado algunos de los episodios más dolorosos de su vida. Cosas que raramente le contaba a nadie.

—¿Por qué?

—Son cosas privadas.

Lydia frunció el ceño.

—¿Entonces, si no vamos a hablar de Rosie, qué hago aquí?

Observó cómo él se servía nata y le ofrecía después la jarra. Lydia negó con la cabeza. Todo tenía un aspecto delicioso, pero de pronto se le habían quitado las ganas de comer.

Había sido un día largo y pesado, y estaba cansada. Y pensando en el tráfico que habría en la carretera, se dijo que estaba lista para volver a casa. Un poco de soledad, una ducha refrescante y su cama

le parecían mejores opciones que continuar con aquella conversación sin sentido.

—No me importa discutir sobre el valor del Lenguaje por Señas Británico sobre el Inglés Basado en Señas; sobre los colegios residenciales para sordos o sobre las unidades de integración para sordos. Lo que no estoy dispuesto a hablar contigo es sobre las condiciones que Ana y yo hemos firmado sobre la custodia de Rosie.

Por eso era un hombre de negocios tan bueno. Claro, conciso y sin ahorrarse nada por nadie. Lydia juntó las manos con fuerza sobre el regazo. Christopher Ranger, el primer editor para el que había trabajado, había sido una excepción; pero éste no se quedaba corto.

—Es una lástima que Rosie no pueda clasificar su vida con tanta facilidad. Tanto si quieres como si no quieres hablar de las condiciones sobre la custodia de Rosie conmigo no influye en absoluto en cómo esas condiciones han influido en la vida de tu hija.

—Eso no lo comprendo.

—¿De verdad? —preguntó Lydia—. Tienes arriba a una hija durmiendo cuya observación es que su madre no la quiere porque es sorda y que su padre está demasiado ocupado para estar con ella. Tal vez deberías considerar la posibilidad de dejar que viva con la abuela a quien tanto quiere.

Nada más decirlo, Lydia se preguntó si no se habría pasado. No se le pasó por alto la sombra de dolor en los ojos de Nick. A veces hablaba sin pensar.

—Lo siento —dijo Lydia—. No debería haber dicho eso...

Nick se recostó en la silla.

—La abuela está muerta.

Lydia lo miró asombrada.

—Ha muerto este verano.

—¿Rosie no lo sabe?

Nick negó con la cabeza.

—Para ser sinceros, yo no sabía que ella no lo sabía hasta hoy. Pensaba que Ana se lo habría dicho.

—Pues está claro que no —la interrumpió Lydia con brusquedad—. Tal vez le resultara demasiado doloroso. Vas a tener que decírselo tú a Rosie.

Él la miró a los ojos.

—Trata de imaginar lo que está pensando Rosie en estos momentos. No me extraña que quiera escaparse todo el tiempo. Debe de sentirse tan confusa. ¿Su abuela conocía el lenguaje de signos?

—Imagino que sí.

—¿No lo sabes con seguridad? —le preguntó Lydia, sorprendida de que no conociera la respuesta a una pregunta tan sencilla como ésa.

Por su expresión de introversión, a Lydia le dio la impresión de que tenía mucho miedo de compartir con ella nada de lo que llevara dentro. Tal vez se sentiría más cómodo hablando con algún profesional en la materia.

—¿No habéis hablado con algún asistente social sobre el problema de Rosie? Sé que mis padres trabajaban con algunos muy buenos que los ayudaron muchísimo —dijo Lydia, dando voz a sus pensamientos.

Silencio.

¿Sería que el problema era específicamente con ella? El día anterior había estado convencida de que ella le caía mal a Nick Regan. De tan preocupada que había estado por Rosie, había olvidado que él había sospechado que tal vez ella pudiera escribir algo que pudiera hacerle daño a su madrina. Tal vez todo se redujera a eso.

Finalmente, Lydia perdió la paciencia, se inclinó hacia un lado y recogió el bolso del suelo.

—Mira, no creo que tenga mucho sentido que...

—Por favor, termina de cenar.

Dejó la servilleta de lino junto al postre que no había tocado y se puso de pie.

Nick también se levantó.

—¿Te apetece una taza de café?

—No lo creo —Lydia se echó la chaqueta sobre el brazo—. Y para que lo sepas, no me interesa tanto tu vida personal como parece pensar —se preguntó por un momento si a él se le ocurriría protestar, pero continuó de todos modos—. Estás claramente obsesionado con el hecho de que yo soy periodista, pero la única información que he leído de ti me ha dado tu nombre completo y

que inventaste el componente eléctrico, cosa que, francamente, me pareció bastante aburrida. Tienes una madrina interesante y una hija encantadora. Dejémoslo así, ¿vale?

Lydia se dio la vuelta para marcharse, y Nick se adelantó para impedirsele. Le puso la mano en el brazo, y ella se la miró significativamente hasta que él la retiró.

—Lo siento —dijo él.

—No pasa nada —respondió Lydia—. Ah, se me olvidaba —agarró el bolso y se lo echó al hombro—. Le hablé a mi hermana de Rosie. Espero que no te importe —Lydia sacó un cuaderno pequeño y arrancó la primera página—. ¿Te he dicho que es profesora?

Nick asintió.

—Es una profesora de niños con necesidades especiales, así que la llamé. Se me ocurrió que tal vez tuviera algunos contactos interesantes. Bueno —dijo ella—. Anoté los números que me dio ella.

—Gracias —respondió él en tono tenso, contenido.

—También me dijo que tal vez conozca a una persona adecuada para ser niñera de tu hija... Sí, claro está, tú y... Ana decidís sustituir a Sophie. Izzy está dispuesta a hablar contigo si deseas llamarla. Su número de teléfono está por detrás.

Vio que él miraba el papel como si no supiera qué hacer. Bueno, ese también era problema de él, no suyo. Ella había hecho lo que había podido para ayudar a Rosie.

Lydia se guardó el cuaderno en el bolso y lo cerró. Entonces se dio la vuelta y salió del comedor con paso seguro, consciente de que Nick iba detrás de ella. A la entrada, se detuvo y esperó a que él le abriera la puerta.

—Lydia...

Ella le tendió la mano.

—Adiós. Por favor dale las gracias a la señora Pearman por una cena tan deliciosa. Me ha encantado.

Nick le tomó la mano y se la agarró con firmeza.

—Lydia, siento si te he ofendido...

—En absoluto.

—No ha sido intencionadamente. Y gracias por todo lo que has hecho hoy. Por traerme el gato, a Rosie...

—De nada.

Lydia se cerró la chaqueta y se echó el bolso al hombro. Hacía bastante fresco. Cuando iba bajando las escaleras se dio la vuelta y lo miró.

—Sabes, podrías haber confiado en mí.

—Yo no confío en nadie.

Y eso lo decía todo. Lydia se dio la vuelta y fue hacia su coche. Si era cierto que no confiaba en nadie, entonces era la cosa más triste que había oído en su vida. Y una verdadera pérdida de todo.

¿Sería por el dinero que era así? ¿O sería la vida que le había jugado una mala pasada? ¿O ambas cosas?

Se metió en el coche y arrancó antes de ponerse el cinturón.

Volvió la cabeza y agitó la mano con brevedad antes de salir al camino. De pronto se acordó de la verja. Bueno, seguramente Nick se daría cuenta de que tenían que abrísela.

Había sido un día extraño. Un día que esperaba olvidar. Solo esperaba que, por el bien de Rosie, Nick llamara a Izzy. No podía soportar la idea de que él dejara a su hija tan sola y aislada de nuevo.

Capítulo 6

Wendy Bennington estaba sentada en una silla con el respaldo levantado de modo que podía disfrutar del extenso césped del jardín de Fenton Hall, con el tobillo operado colocado sobre un taburete.

—Me gusta esa chica —dijo decididamente mientras observaba el destartalado automóvil de Isabel Stanford que desaparecía por la curva del camino—. Habla con mucha sensatez. Cualquiera diría que una vez se tomó una sobredosis, ¿verdad?

Nick desde luego no lo habría creído.

—Parece más dura que todo eso —añadió Wendy mientras aceptaba la taza de té que le pasaba su ahijado.

Nick tomó su taza de té con aire distraído. Parecía que su habilidad para juzgar el carácter de los demás le había fallado... de nuevo. Isabel Stanford desde luego no culpaba a su hermana en absoluto de nada. Nick se daba cuenta de que su opinión había sido equivocada.

—Pásame una galleta digestiva —dijo Wendy señalando el plato—. Nick, estás muy callado... ¿Qué te ha parecido lo que ha dicho Isabel?

Nick estiró las piernas.

—Creo que tiene razón al pensar que un aula para sordos es lo mejor para Rosie.

—¿Y la chica que ha mencionado, Rachel? Es muy joven, eso es cierto, pero si conoce el lenguaje de los sordos tal vez ayude a Rosie a sentirse más tranquila aquí.

Nick no respondió.

—Necesitas hacer algo en serio, Nick —continuó la mujer—. Rosie está desolada por la muerte de su abuela. La ayudaría tener a alguien con quien poder comunicarse. Desde luego le ha gustado hablar con Isabel —Wendy adoptó una expresión muy seria—. Ana debería ser dada de latigazos por no haber tratado antes este problema.

Él no estaba en desacuerdo. Cuando Rosie finalmente creyó lo que él le había dicho sobre su abuela, la pobre había llorado desconsoladamente. Su hija había perdido a la única persona que

parecía haber querido, y encima había sido trasladada del único hogar que había conocido a la casa de un padre al que apenas conocía.

Nick tomó una galleta.

—Estoy convencido de que sería interesante mantener una conversación con Rachel, sobre todo si ella está dispuesta para actuar como comunicadora de Rosie en el colegio.

Wendy lo observó un momento y después dio un sorbo de té.

—No creo que jamás me hayan dicho que los niños que lleven un implante coclear tengan que aprender a interpretar lo que están oyendo. Es fascinante.

—Rosie nunca ha tenido esa opción.

—No —concedió Wendy—, pero siempre me he preguntado cómo habría asimilado Ana la idea de que no era una cura definitiva, si Rosie hubiera sido una candidata adecuada para ello...

Nick frunció el ceño. Su imaginación no le había llevado tan lejos, pero Wendy tenía razón. Ana pensaba que los aparatos para sordos, independientemente del color que fueran, eran feos. En su mente, un implante coclear habría convertido a Rosie en una niña normal.

—No creo que le guste un disco de plástico pegado a la cabeza de su hija más de lo que le gustan las cosas que lleva en las orejas.

—No —concedió Nick.

No le habría gustado, y habría sido imposible que Rosie no se enterara de ello.

Su exesposa vivía una vida en donde la belleza estaba por delante de todo lo demás. Detestaba la pobreza y la enfermedad en igual medida. Cualquier cosa que a Ana le pareciera feo, le causaba un dolor físico. A Nick le había llevado mucho tiempo darse cuenta de ello; y todavía más entender que ese rechazo también incluía a su hija.

Toda vez que la vida le había dado una segunda oportunidad para estar con su hija, no pensaba desaprovecharla. Isabel Stanford le había hecho comprender muchas cosas que ignoraba. Entre ellas que las personas sordas no se consideraban discapacitadas, sino que se tenían a sí mismos como una minoría. Isabel había dicho que su padre había creído en eso a pies juntillas.

El padre de Lydia. No le extrañaba que ésta se hubiera enfadado

tanto al ver que a Rosie se le estaba negando su primera lengua. Ojalá hubiera aprovechado para hacerle más preguntas; habría tratado de entender más.

De haber sabido entonces que Isabel había apoyado las acciones de su hermana, entonces tal vez la hubiera escuchado.

«Tal vez incluso la hubiera besado...» pensaba de pronto, sin saber de dónde había surgido aquella idea. Detestaba el modo en que su cuerpo respondía a ella, o al movimiento de su mano en su cabello. No había podido comprender cómo podía atraerle tanto una mujer con cuyos valores estaba tanto en desacuerdo. Después de Ana, había prometido que jamás dejaría que eso volviera a ocurrir. Y había sido muy fácil... hasta que había conocido a Lydia.

Daba lo mismo. Fuera lo que fuera Lydia Stanford, Rosie debía ser su prioridad en ese momento. Pero no podía evitar sino desear que la cena con Lydia hubiera ido de otra manera. Había sido grosero con ella, y para eso no había nunca excusa.



Lydia se aproximaba a Fenton Hall, y pensó que en casi dos semanas no había vuelto a pensar en aquel lugar salvo para preguntarse qué tal le iría a Rosie.

Aunque a decir verdad, eso no era del todo cierto. La verdad era que había estado deseando saber si Rosie habría tratado de escaparse de nuevo, si Sophie seguía allí, o si Nick había hecho caso de algunas de las cosas que ella le había sugerido durante aquella desastrosa cena.

Y no porque hubiera ni remotamente pensando en esa posibilidad cuando había salido de allí. Sin embargo, cuando Izzy la había llamado por teléfono para contarle que Nick la había llamado, había resurgido un atisbo de esperanza de que algo de lo que ella le había dicho hubiera servido para algo.

Lydia tomó la última curva. Las flores que él le había enviado habían sido también un detalle bonito: dos docenas de rosas rojas con una tarjeta que simplemente rezaba: *Gracias. Nick*. Resultaba difícil no sentirse impresionada.

Se había dicho para sus adentros que las rosas rojas era una

elección previsible y que las dos docenas habían sido una barbaridad. Pero lo cierto era que ella misma se había dado cuenta de que él era un hombre tradicional y de que habitualmente esa clase de hombre carecía de imaginación. Además, él tenía dinero de sobra, y ella se había pasado todo un día esperando un gato.

Pero cada vez que había mirado las rosas, había pensado en él y se había preguntado cómo le estaría yendo con Rosie; si su hija estaba contenta o no.

Había estado a punto de llamarlo un par de veces para darle las gracias, pero al final no lo había hecho. En parte eso la molestaba. Sentía con él una especie de nerviosismo adolescente que pensaba que había abandonado hacía muchos años.

Lydia detuvo el coche en la entrada y sacó el móvil. Era más fácil llamar para que le abrieran las puertas que utilizar el intercomunicador. La tarjeta de Nick seguía en el bolsillo interior de su bolso, y mientras marcaba los números notó lo nerviosa que estaba.

Seguramente sería porque no lo había llamado para darle las gracias por las rosas. Si lo veía ese día, cosa que no sería probable, le daría las gracias y continuaría con su tarea. Estaba allí para ver a Wendy. Además, no era para tanto; no tenía por qué sentirse ni avergonzada ni incómoda, se recordaba a sí misma con dureza.

Cuando oyó la voz de Christine Pearman al teléfono, Lydia sintió una extraña decepción de que no hubiera sido Nick quien hubiera respondido. ¿Pero qué narices le ocurría?

—¿Señora Pearman? —preguntó, tratando de adoptar un tono formal.

—Sí.

—Buenas, soy Lydia Stanford. ¿Puede abrirme las verjas? Llego un poco temprano, pero tengo una cita con la señora Wendy Bennington.

—Sí, por supuesto, señorita Stanford.

Cuando Lydia tuvo delante la casa se puso de pronto más nerviosa. En ese momento Nick bajaba las amplias escaleras en dirección a ella. Y un simple vistazo a su atlético físico solo consiguió que se sofocara un poquito más.

Cosa que era de lo más ilógica, y que la irritaba sobremanera. No le interesaba un hombre que ni siquiera se había molestado en

aprender a comunicarse con su única hija, aunque los vaqueros le quedaran mejor que a la inmensa mayoría.

Detuvo el coche y allí estaba Nick para abrirle la puerta.

—Me olvidé de volver a llamar después de cruzar las verjas —dijo sin aliento mientras lo miraba y trataba de disimular su embelesamiento.

De momento no sabía a lo que ella se refería, pero enseguida su expresión varió.

—Se cierran solas.

Su contestación le hizo sentirse como una boba.

—La otra vez que vine tuve que llamar a Christine también cuando ya había entrado.

—¿Ah, sí? —dijo él, como si no tuviera idea de lo que había pasado.

Lydia empezó a sentir cómo se ponía colorada.

—Supongo que sería porque Rosie se había escapado —para no seguir diciendo bobadas, Lydia se volvió para sacar su maletín—. ¿Cómo está?

—Júzgalo tú misma.

Rosie corría en ese momento escaleras abajo hacia ella. Lydia dejó el maletín en el asiento del pasajero y salió del coche para saludarla.

Rosie la saludó con la mano; tenía los ojos brillantes y llenos de emoción. Pero lo que conmovió a Lydia fue cómo le dio la mano a su padre. Parecía tan distinta a la tensa y disgustada niña que ella misma había llevado de vuelta a la casa dos semanas antes.

La pequeña le dio a Lydia un tirón de la falda y esperó a tener toda su atención antes de empezar a mover las manos con rapidez y emoción.

—¿Tiene una niñera nueva? —Lydia miró a Nick para que se lo confirmara.

Él miró a su hija y después a Lydia.

—¿Cómo has podido entenderla? ¿Cuál es la seña para niñera?

Lydia sonrió.

—Literalmente ha dicho «persona nueva que me cuida» —movió las manos para incluir a Rosie.

Nick acarició el cabello de su hija.

—Nunca seré capaz de aprenderlo.

Resultaba increíble, y maravilloso, oírle decir que quería hacerlo. Antes de poder pensar en una respuesta, Lydia vio a alguien que le resultaba vagamente familiar bajar por las escaleras.

¡Rachel! El nombre salió de pronto de un cajoncito de su memoria.

—¿Rachel? —No podía ser—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Lydia se adelantó y besó a Rachel en la mejilla antes de retirarse un poco para mirarla. La última vez que la había visto llevaba un corrector dental.

—Estoy aquí para ayudar a Rosie —dijo Rachel, moviendo las manos despacio y con perfección.

Todo empezaba a encajar. Izzy había dicho que conocía a alguien que podría ser la persona perfecta para el trabajo, alguien del grupo de apoyo para ayudar a Rosie, mejor que una niñera.

—Estoy estudiando para conseguir el título de intérprete —dijo Rachel mientras sonreía a Rosie—, y Rosie me está ayudando a practicar.

—Es... maravilloso —es lo más que pudo decir Lydia.

Rosie asintió vigorosamente y por señas dijo que Rachel también estaba enseñando a su papá.

Lydia se volvió a mirarlo con los ojos como platos.

—¿Estás aprendiendo el lenguaje de señas?

Nick hizo un intento de decirle que lo estaba intentando a través de una seña. Rosie se echó a reír y Rachel sonrió y le dijo que lo estaba haciendo bien. Lydia sintió como si hubiera entrado en otro mundo, totalmente distinto, pero maravilloso...

—Debemos irnos —dijo Rachel mientras le tocaba a Rosie en el hombro—. Dentro de media hora Rosie tiene clase de natación.

Rosie siguió las señas, y entonces le echó los brazos al cuello a Nick antes de decirle a Lydia adiós con la mano.

Lydia se había olvidado de su vergüenza; en realidad sentía una satisfacción enorme.

—Parece que han hecho buenas migas.

—Y Rachel solo lleva un par de días aquí.

—¡Es fantástico!

—No podría haber ido mejor —Nick miró su reloj—. Ya sé que tienes una cita con Wendy, pero me temo que está dormida en este momento. Podría despertarla, pero ha pasado mala noche, y

seguramente aprovecharéis más el tiempo si está más descansada.

—Por supuesto —Lydia se echó el cabello hacia atrás—. Mira, podría ir a darme una vuelta por las tiendas y volver dentro de una hora. No pasa nada.

Nick negó con la cabeza.

—Tráete el maletín y pasa a tomar algo. A no ser que necesites ir a algún sitio —añadió.

—Bueno, me apetece tomar algo, la verdad. Ha sido un trayecto bien largo.

Lydia sonrió, pensando en que él se lo estaba poniendo muy fácil. Era casi como si hubieran quedado como amigos la última vez, y Lydia decidió hacer un esfuerzo.

—El tráfico en la salida de Londres es horrible. Parece que todos nos hemos puesto de acuerdo para salir.

Lydia sacó el maletín del coche y la chaqueta.

—Si estás ocupado no te sientas obligado a entretenerme. Me siento donde sea y puedo trabajar en silencio con el ordenador.

Nick no respondió inmediatamente. Esperó mientras ella cerraba la puerta del coche y subía después las escaleras.

—Wendy dice que has empezado ya su biografía.

—La editorial me ha dado una idea general de lo que quieren que incluya, y yo he añadido unas ideas propias para terminar de perfilarla. Estamos en el principio. Se me ocurrió mejor hablar con Wendy por si a ella le parece que nos hemos dejado fuera algo importante, o que si por el contrario hay algo que prefiere que quitemos.

Lydia avanzó un paso mientras se prometía para sus adentros que no volvería a hablar por lo menos hasta que no contara hasta veinte.

—¿Caliente o fría?

—¿Perdona? —dijo Lydia, que iba detrás de él.

—¿Que si prefieres una bebida fría o algo caliente?

—Fría, mejor. Gracias —entonces se acordó—. Quería decírtelo antes y se me ha pasado; gracias por las flores. Debería haber llamado.

—De nada.

—No habría hecho falta. No esperaba... —dejó de hablar un momento—. Son preciosas. Gracias.

Lydia gimió para sus adentros; cuando lo había practicado en el coche, había sonado mucho mejor. Se suponía que debía mostrarse serena y profesional, y tan solo interesada en la biografía que estaba preparando.

—El miércoles es el día libre de Christine —comentó Nick mientras empujaba la puerta de la cocina.

Liddy lo siguió.

—¿Entonces estás tú a cargo?

—Me sigue mimando —respondió con un brillo de humor en la mirada—. Me ha dejado comida en la nevera con una nota en la puerta que me dice cuánto tiempo la tengo que tener al fuego.

Nick abrió el frigorífico, y Lydia vio cómo la nota amarilla fluorescente se caía de la puerta.

—Entonces será mejor que no la pierdas —dijo mientras se la devolvía—. Porque si no te morirás de hambre.

Él volvió a pegarla en la puerta.

—Cuando estaba en la facultad era capaz de alimentarme a la perfección.

Lydia dejó el maletín pegado a la pared.

—Estoy segura de que la calidad era algo diferente.

Su repentina sonrisa la sorprendió. Tenía la misma fuerza que un whisky solo.

—Mis originales combinaciones me dieron mucha fama —Nick se asomó al frigorífico—. A ver... Tengo zumo de naranja, agua, por supuesto, limonada casera...

—Me encantaría tomar un poco de limonada casera.

Lydia se dio cuenta de que lo estaba mirando. Se le había olvidado lo sexy que era. O tal vez no. Tal vez eso explicara aquella emoción que había sentido esa mañana solo de pensar en que iba allí. Ni tampoco estaba segura de cómo era posible que una simple camiseta pareciera tan...

Bueno, tan bonita.

Se sopló el flequillo para retirárselo de los ojos. Cada vez que él se movía la tela se ceñía suavemente a un cuerpo grande y musculoso.

—No puedo decir que el mérito sea mío. Christine la prepara según la receta especial de su abuela. Es un secreto muy bien guardado —le sirvió un vaso y se lo pasó—. ¿Qué te parece?

Lydia dio un sorbo.

—Mmm. Deliciosa.

Nick sonrió y se sirvió un vaso también. Lydia era tan bella como la recordaba, pero toda ella parecía más suave. Su vaporosa falda blanca terminaba a la altura de sus tobillos, y un ancho cinturón le ceñía la cintura. De pronto se fijó en la chaqueta Anastasia Wilson que ella sostenía en la mano. Parecía como si estuviera pegada a esa maldita cosa. Seguramente sería lo más de lo más de aquella temporada.

—¿Quieres que te cuelgue la chaqueta?

—Gracias.

Nick sacó el recordatorio visual de su exesposa al vestíbulo y se dio cuenta de que, tal vez por primera vez desde su marcha, podía pensar en ella sin sentir nada en absoluto.

Era como si la angustia que llevaba cargando cuatro años se hubiera evaporado. Y en ese momento se dio cuenta con total convencimiento de que había ganado lo mejor de su matrimonio; a Rosie.

Colgó la chaqueta de Lydia en una percha, sintiéndose eufórico. ¡Tenía a Rosie! ¿Qué más podía desear? Y entonces se dio cuenta de algo más. Una mujer no se ponía una chaqueta de Anastasia Wilson si hubiera sabido que había alguna posibilidad de conocerlo. Tal vez no significara nada, pero...

Frunció el ceño. En su experiencia, solían hacer esa clase de cosas. Los diseños de Ana eran tan característicos. Y, como se sentía generoso, reconocía que eran preciosos. Ana tenía un gusto para el corte que atraía a las mujeres que deseaban prendas discretas pero memorables.

Pero las mujeres no se vestían de Ana Wilson con él; no si sabían que ella era su exesposa. Lo cual quería decir que Lydia aún no lo sabía...

Y eso quería decir que no se había puesto a investigarle cuando había vuelto a su casa. De haberlo hecho seguramente se habría enterado también de quién era el hombre por el que Ana le había dejado; un hombre guapo, francés, adinerado y uno de sus mejores amigos.

Ella debería haber sabido que su aventura no iba a durar mucho. Ana había hecho los contactos necesarios, se había aburrido y había

regresado a Londres. Cuando finalmente su divorcio había sido un hecho, se había mudado a Hampstead Heath, y el multimillonario Simón Cameron se había ido a vivir con ella a la que había sido su residencia durante el matrimonio.

¿Sería posible que ella aún no supiera todo eso?

Capítulo 7

Nick regresó despacio a la cocina. Le parecía como si el suelo empezara a moverse bajo sus pies, tanto que no estaba seguro de creer en nada más.

Lydia no se había movido. Estaba apoyada en la unidad central de la cocina, tomándose la limonada. ¿Sería posible que su interés se centrara única y exclusivamente en Wendy Bennington?

De ser así, lo más irónico era que seguramente él sabía más de ella que ella de él.

Sabía que Lydia había estado casada, pero que se la había unido sentimentalmente a dos hombres conocidos. Que se había licenciado en Periodismo por Cambridge seis años después de hacerlo él, y que su trayectoria profesional había sido rápida y certera. En realidad, todo indicaba que era una periodista seria y trabajadora que se tomaba su trabajo con mucha profesionalidad.

Razón por la cual su madrina la había elegido a ella. Y lo que era más, Wendy se había decidido después de leer un artículo de Lydia sobre el hambre en el Tercer Mundo. Lo había descrito como «intuitivo» y «mucho más interesante que muchas cosas que he leído sobre el tema».

Nick se sentía como un imbécil.

Siempre se había empeñado en decir que los periodistas eran la escoria de la sociedad, basándose en lo que él había sufrido personalmente. Wendy había argumentado que, como en todas las profesiones, los había buenos y malos.

Pero él no había querido escucharla. Había estado tan convencido de que Lydia había orquestado el juicio de Steven Daly en beneficio propio que había filtrado todo lo demás para apoyar su creencia. No podía negar que había escrito algunas historias claves del periodismo, y que gracias a eso su carrera se había ido consolidando. Su artículo sobre el hambre en el Tercer Mundo le había conseguido un prestigioso premio. Jamás había cuestionado su habilidad, tan solo sus motivaciones.

Había argumentado que si Lydia era la clase de periodista que era capaz de utilizar el dolor de su hermana, ¿qué la detendría a la

hora de utilizar el suyo, o el de Rosie? Si su objetivo principal era enterarse de cosas que nadie más sabía y publicarlas antes de que lo hiciera otra persona, entonces el rechazo de Ana hacia Rosie sería una historia interesada. Incluso sería posible conseguir que pareciera como si ella, Lydia, estuviera apoyando a las personas que la sociedad consideraba fuera de la norma aceptada.

Pero Lydia no había investigado nada sobre él.

—¿Nos llevamos la bebida fuera?

Lydia vaciló.

—¿No tienes cosas que hacer? De verdad no quiero estorbar.

—Estoy más que listo para tomarme un descanso, y hace un tiempo estupendo ahora mismo. Sospecho que después hará mucho calor para estar fuera.

—¿Estás seguro de que tienes tiempo? —le preguntó Lydia.

Nick asintió y la acompañó hasta el solarío, desde donde accedieron a la terraza. Cuando le dio el sol en la cara, Nick oyó que Lydia ronroneaba de placer, y sintió algo por dentro.

Fuera lo que fuera lo que le había tenido apartado y protegido, se había roto. Le dejaba sintiéndose vulnerable, como un caballero sin su armadura.

Y no le importaba. Aquello era algo peligroso... y emocionante. Y era como iniciar una aventura sin saber cuál sería el resultado. No recordaba la última vez que había sido temerario en su vida privada. Nick la condujo hasta las cómodas sillas de diseño con sus cojines de algodón estampado y la observó mientras ella se acomodaba en uno de ellos.

—Qué bonito se ve todo desde aquí —dijo en tono suave, y entonces lo miró.

Él no tuvo tiempo de desviar la mirada, y arqueó las cejas en silencio. Entonces sacudió la cabeza, sin saber qué decir; ni siquiera sin saber por dónde empezar.

—¿Qué pasó al final con Sophie? —el preguntó Lydia.

—Decidió que no le gustaba trabajar fuera de Londres, de modo que decidimos entre los dos saltarnos los quince días de aviso.

Lydia se echó a reír.

—Qué conveniente.

—¿Verdad? —concedió en tono afable—. Ha sido un verdadero milagro.

Lo que era un verdadero milagro era que no le temblara la voz; se sentía como si el mundo diera vueltas alrededor de un eje distinto.

Lydia dio un sorbo de limonada.

—¿Le ha importado a la madre de Rosie que cambiaras de niñera? —Entonces se tapó la boca con la mano y negó con la cabeza—. Lo siento. Estaba tan empeñada en no hacerte esa clase de preguntas.

—No importa.

—Yo...

Nick la interrumpió.

—Lydia, te debo una disculpa por la otra noche —necesitaba expresárselo de nuevo, de otro modo—. Fui muy grosero contigo... Y no lo merecías. Yo... agradezco lo mucho que te has preocupado de Rosie.

Ella abrió los ojos con sorpresa y sacudió la cabeza un poco.

—Seguramente habrías llegado a la misma conclusión sin haberme metido yo de por medio. No debería dar mis opiniones con tanta celeridad. No era en realidad asunto mío el...

—Bueno, para contestar a tu pregunta, te diré que no se lo he preguntado —dio un sorbo de su limonada—. Ana se siente... más que feliz de poder delegar en mí.

Lydia se volvió a mirarlo, y él estuvo casi seguro de que ella había entendido exactamente lo que él le había querido decir. Y vio en sus ojos un brillo de simpatía, tal vez por él, tal vez por Rosie, no sabía. Y seguidamente ella se tomó la determinación de quitarle hierro a la conversación y hacer que el ambiente fuera menos tenso.

Dejó su vaso vacío sobre la mesa de centro.

—Rachel es encantadora. Yo solía ser su niñera. ¿Te lo ha dicho?

Nick asintió.

—Y también que sus padres son totalmente sordos —añadió Nick.

—Eran muy amigos de mis padres —dijo Lydia con gesto pensativo—. Solíamos irnos juntos de vacaciones. Una vez alquilamos una barcaza y navegamos por el canal Grand Union... —sonrió—. Ellos viven a un par de calles de donde viven mis tíos, así que incluso después de la muerte de mis padres, siguieron cuidando de Izzy; para asegurarse de que todo iba bien.

—¿Mientras que tú ibas a la universidad?

Lydia alzó la mirada.

—Sí. Así es, fui a la universidad.

Le llevó unos instantes darse cuenta de que seguramente él no lo habría querido decir como le había sonado a ella. Había afirmado un hecho. Izzy se había ido a vivir con unos parientes mientras ella se había ido a la universidad. Era la verdad.

Lydia se quitó la sandalia moviendo el pie y observó el destello del sol sobre el laborioso anillo de oro que llevaba en el dedo gordo del pie. Nick no podría saber jamás lo culpable que se sentía por la decisión que había tomado; nadie lo sabía. Era algo que llevaba en su interior.

Era ella la única que soportaba la carga que suponía el saber que de haber elegido de otro modo, habría podido tal vez evitar que Steven Daly hubiera tenido protagonismo en la vida de su hermana. Tenía que vivir con la certeza de que ella había elegido egoístamente llevar adelante sus planes originales.

Al principio había sido fácil. Se había dicho a sí misma que sus padres no habrían querido que hiciera otra cosa; que había estudiado mucho para conseguir una plaza en Cambridge, siendo la única persona de su colegio estatal a quien le habían ofrecido una beca, y que por lo tanto sus padres no habrían querido que ella renunciara a esa oportunidad. Se había consolado con la idea de que Izzy estaría bien con la tía Margaret.

Pero Izzy había llorado. Le había rogado. A sus doce años quería quedarse en su casa. Y habría sido posible; si Lydia hubiera querido asumir la responsabilidad de ser su tutora legal.

Todo el mundo se lo había puesto muy fácil. La tía Margaret y su familia se sentían más que felices de acoger a Izzy. Le decoraron un dormitorio especialmente para ella, y con mucho cuidado habían colgado todos los pósteres de Izzy para que se sintiera como en casa.

Solo que Lydia sabía que era demasiado egoísta para renunciar a su sueño. Se había consolado con la idea de que su éxito futuro justificaría esa decisión. La necesidad de demostrar que su decisión había sido la correcta había sido lo más importante en su vida.

—¿Cómo te decidiste a ser periodista?

La voz de Nick la asustó.

Lydia levantó la vista, contenta de que él la hubiera rescatado de un pozo de recuerdos dolorosos. Hizo un mohín mientras consideraba su respuesta.

—¿Suenas demasiado pretencioso decir que quería mejorar nuestras vidas?

Su sonrisa fue casi tímida. Nick observaba cómo ella doblaba entre sus dedos la suave tela de algodón de su falda sin darse cuenta.

—No —dijo Nick, sorprendiéndola.

—Decidí que no tenía el temperamento de un santo —continuó con una sonrisa que parecía burlarse de sí misma—, de modo que tenía que encontrar una ruta distinta. Era tan ingenua.

Él esperó a que ella dijera más, y cuando no lo hizo, decidió insistir.

—¿Acaso el periodismo no es lo que tú esperabas? ¿Te ha decepcionado?

—Es la naturaleza humana la que no es como yo esperaba —le sonrió—. A veces es doloroso informar desapasionadamente de lo que uno ve, sin hacer nada para impedirlo. Tengo la tendencia natural de querer arreglarlo todo, y no siempre es posible.

—No siempre —murmuró Nick.

La tristeza ensombreció de pronto su rostro. De haberse atrevido, Nick le habría pedido que le contara cómo había ocurrido lo de la sobredosis de Izzy; pero no quería meter las narices en algo tan privado.

Tal vez no fuera por nobleza, sino porque le daba miedo la reacción de Lydia. La confianza era algo que uno tenía que ganársela, y él le había ofrecido bien poco a cambio.

—¿Alguna vez te has arrepentido de ello? —le preguntó Nick. Ella sonrió.

—Muchas veces. Cuando dices que quieres ser periodista todo el mundo te advierte de que vas a empezar a hacer necrológicas —esbozó una amplia sonrisa que resultaba contagiosa—. Bueno, en mi caso me tocó otra sección parecida; algo igualmente aburrido y desde luego nada que ver con lo que yo quería escribir.

—Pero no tuviste que esperar mucho para conseguir tu primer éxito.

—No.

—Debías de ser muy joven cuando fuiste a trabajar de incógnito en el asilo de ancianos —dijo él de pronto, queriendo saber más de ella.

—Querían a alguien de quien nadie sospechara, de modo que me hice pasar por una estudiante que necesitaba un trabajo para las vacaciones. Lo que vi fue horroroso... —dejó de hablar—. ¿Y cómo sabes eso?

A Nick se le había escapado. Le pareció como si en ese momento el mundo se hubiera detenido y solo ellos dos respiraran. Decidió ser sincero.

—Busqué información sobre ti.

—¿Que has buscado información sobre mí?

Él se encogió de hombros, medio disculpándose, medio despreocupado.

—Sé que te licenciaste con matrículas en Inglés y Periodismo por Cambridge, que tu primer trabajo fue en un periódico de Manchester y que tus aficiones eran el teatro y el vuelo sin motor.

Ella se quedó callada mientras asimilaba lo que él le estaba contando.

—En realidad —dijo ella despacio—. No me gusta el vuelo sin motor.

—¿Ah, no?

Lydia sonrió.

—No puedes creer todo lo que lees —torció los labios para no echarse a reír—. Me pidieron que hiciera un reportaje sobre el ala delta y no pude. Es la primera y última vez que me he negado a hacer un trabajo, pero me dan muchísimo miedo las alturas. No importa lo seguro que trataran de ponérmelo —entonces lo miró con aquellos ojos increíbles llenos de malicia—. ¿Así que has investigado sobre mí?

—Sí.

—¿Leíste lo del premio que gané?

—¿Por los artículos sobre el hambre en el Tercer Mundo? Sí.

Y entonces ella se echó a reír y lo miró con sus ojos brillantes.

—¿Fue por pura curiosidad, o estabas buscando algo en particular?

Nick sabía que había hecho bien en no relajarse.

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Pues claro.

Nick no habría esperado otra respuesta por parte de Lydia; no en ese momento.

—Estaba buscando algo que convenciera a Wendy para que te rechazara como biógrafa.

La risa se desvaneció de aquellas profundidades color ámbar.

—¿Por qué?

Él se miró las manos y después su cara expectante. La sinceridad merecía sinceridad.

—Recordaba tu nombre del caso judicial de Steven Daly.

—Mucha gente lo sabe —dijo en tono bajo.

—Creí que te había guiado la ambición... en lugar de un sentido de la justicia...

—Continúa —dijo ella en tono duro.

—Pues no hay mucho más que decir. Pensaba que habías visto una oportunidad y que querías aprovecharla.

Lydia se recostó en la silla. Las palabras de Nick le horrorizaban, pero cosa rara no le habían sorprendido. En realidad, le explicaban tantas cosas...

—Pensabas que obligaría a Izzy a pasar por todo eso... por mí...

—Sí —respondió él sin pestañear.

Al menos Nick tuvo coraje de no negarlo.

Ella soltó el aire con fastidio. Se había preguntado varias veces sobre el por qué de aquel antagonismo hacia ella. Y ya lo sabía. Su actitud hacia ella le había parecido tan poco razonable; pero si de verdad la había creído capaz de utilizar la situación de su hermana para subir peldaños en su profesión, todo tenía sentido.

Lydia negó con la cabeza.

—Yo jamás haría eso. ¿Por qué pensaste que lo haría?

Nick se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre las rodillas.

—Fue por el aspecto de Isabel durante el juicio.

Ella asintió. Eso lo entendía. Izzy se había sentido aterrorizada, intimidada por toda la experiencia en sí.

—Y entonces desapareció del mapa.

—Estaba agotada —dijo Lydia en voz baja.

—No me extraña, ahora que lo pienso objetivamente —Nick se pasó la mano por la cabeza—. Pero todo el tiempo... ¡Diantres! No

sé en qué estaba pensando exactamente. Supongo que pensaba que aunque Steven Daly fue condenado por todos los cargos de malversación y fraude, la única ganadora de verdad parecías ser tú.

Para Lydia aquello fue como un jarro de agua fría. Jamás habría creído que aquello pudiera contemplarse desde esa perspectiva.

—Cuando conocí a tu hermana la semana pasada me quedó claro inmediatamente que había entendido todo mal. Lo siento mucho.

Eso explicaba las cosas.

Tal vez se hubiera equivocado al pensar que había obligado a Izzy a pasar por los tribunales para avanzar en su profesión, pero tenía razón en pensar que no lo había hecho por su hermana.

—No, tienes razón. Lo hice por mí.

Él levantó la cabeza inmediatamente. Su expresión de sorpresa fastidió a Lydia. Habría sido más fácil aceptar su disculpa y continuar como si nada; pero eso no sería justo, ni por él, ni por Izzy, y además no sería la verdad.

—No creo que en ese momento fuera plenamente consciente, pero fue mi venganza, no la suya. Cuando empecé, Izzy no estaba en condiciones de dar una opinión sobre ello y, para ser sinceros —miró hacia el césped—, no estoy segura de que se lo hubiera preguntado. Odiaba a Steven Daly, y eso que ni siquiera sabía ni una décima parte de lo que era culpable. No tenía ni idea que le había empujado a todo el mundo menos a Izzy.

Nick permaneció en silencio, y Lydia se lo agradeció. Pocas personas, si acaso alguna, le habían permitido expresar lo mucho que odiaba al exnovio de Izzy por lo que le había hecho a su hermana.

El odio era feo; el odio la comía a una por dentro, la destruía. Ella lo sabía, pero el odio había sido lo que la había motivado. Los más caritativos dirían que había sido el amor por su hermana, pero Lydia no había actuado movida por el amor, sino por un deseo de venganza. Y la venganza no había curado a Izzy.

Solo él tiempo había curado las heridas. El tiempo y la autoestima que sus padres le habían inculcado con años de cariño. Esa había sido la panacea, y no la meticulosa investigación de Lydia en los negocios del exnovio de Izzy.

Con la ayuda de los psicólogos, Izzy había conseguido superar la

pérdida de un hombre que le había mentido y el aborto, y que las viera como dos cosas distintas.

—Ella desde luego no te culpa a ti.

Lydia levantó la vista, deseosa de que él la entendiera.

—Ella detestó el proceso judicial, y yo la obligué a participar porque Steven Daly era, o más bien es, un nombre verdaderamente detestable.

—Cientos de personas perdieron los ahorros de toda una vida por culpa de él —dijo Nick en tono bajo.

—Lo que más le costó a Izzy fue tener que levantarse durante el juicio y enfrentarse a él.

Sabía que Izzy se habría derrumbado con tanta presión si ella no hubiera estado allí para conducirla por todo el proceso con solo la fuerza de su personalidad; con su sentido de la justicia; con su necesidad de verlo sufrir...

A los dieciocho años no había sido capaz de quedarse y hacerse responsable de su hermana. Y como había sentido que le había fallado, se había empeñado en no volver a fallarle. En realidad no se había parado a pensar si eso era lo que Izzy deseaba o no.

—No pude soportar la idea de que él quedara impune. Así que... en parte tenías razón; tenía que ver conmigo. Izzy es una persona demasiado dulce como para pensar en la venganza o en un castigo.

Nick sintió rabia hacia aquel hombre que tanto daño le había hecho a esas mujeres. ¿Cómo había podido juzgar tan mal a Lydia? Nick vio el dolor en su expresión y decidió que lo mejor que podía hacer para ayudarla era no pasar ni a tópicos ni hacer falsos comentarios.

—¿Quieres dar un paseo?

Cuando ella lo miró con una sonrisa trémula en los labios, Nick también sonrió.

—Wendy se estará preguntando qué he hecho contigo.

Ella soltó una risotada y se limpió los ojos.

—¿Estoy bien?

—Estás preciosa —dijo con toda sinceridad.

—Bueno, me encantaría dar un paseo —respondió ella en tono bajo.

—Entonces te llevaré a mi huerta.

Cuando le tendió la mano para ayudarla a levantarse de la silla,

y ella se la dio, Nick se preguntó qué pasaría si tirara de ella y la abrazara... solo para consolarla.

Pasearon por el jardín. Lydia caminaba a su lado, disfrutando del paisaje de delicados sauces llorones y moteado de arbustos.

Nick quería decir algo que la ayudara a sentirse mejor.

—El saber que Steven Daly está en la cárcel ha debido de ayudar a tu hermana.

Lydia se volvió a mirarlo. La brisa suave despeinaba su cabello, y con mano temblorosa se lo retiró de la cara.

—No sé si a Izzy le ha servido de ayuda —dijo—. Bueno, tal vez un poco, pero... No está en la cárcel por algo de lo que le hizo a ella —Lydia no se atrevía a pestañear para no echarse a llorar—. Eso es lo que no consigo entender. ¿Acaso es justo que alguien pueda destrozarle la vida a otra persona y que no haya modo de repararlo?

—No lo es.

—Izzy transfirió su dinero de la venta de la casa de nuestros padres a una cuenta conjunta en otro banco. Y si él no hubiera utilizado el dinero para cubrir sus actividades ilegales, jamás habría podido tocarlo.

—Entonces os robó vuestra herencia.

—Sus abogados argumentaron de manera muy convincente que no hubo robo —incluso dos años después, a Lydia seguía doliéndole—. No importó que no dejara de coaccionar a Izzy para que ella acabara haciendo lo que él le pedía. Como no teníamos pruebas, se acabó.

—¿Y en el momento de los hechos, tú sabías lo que estaba pasando? —le preguntó en tono afable.

Lydia asintió.

—Como vivía en Londres, puede ver los cambios en mi hermana con bastante claridad. Con el tiempo perdió brillo. Empezó a vestir de otra manera, a dejar de ver a sus amigos... Cientos de cosas que en sí mismas no significaban mucho, pero que juntas formaban un cuadro siniestro.

—¿Y tú no podías hacer nada?

Lydia se encogió de hombros. En ese momento no había podido hacer mucho.

—Izzy lo amaba. O pensaba que lo amaba —puso el brazo alrededor de la cintura—. Cuando quería ser encantador, lo era.

¿Comprendes la clase de hombre a la que me refiero?

Nick pensó en algunas de las personas que trabajaban en el mundo de la empresa; personas manipuladoras que se hacían tus amigos antes de apuñalarte por la espalda a la primera oportunidad. Asintió.

—Cuando lo conocí yo no sabía nada de sus tratos de negocios, solo que no me gustó —ella esbozó esa sonrisa tensa y desprovista de humor—. Yo tampoco le caí bien, pero no me extraña nada. Desde el principio hice todo lo posible para desautorizarlo. Le aconsejé a mi hermana que no se fuera a vivir con él, que no tuviera con él una cuenta conjunta, y desde luego que no formara una familia con él.

—¿Y él lo sabía?

—Imagino que sí. Ella le contaba todo —emitió un suspiro antes de continuar—. Consiguió convencer a Izzy de que yo tenía celos de él; de él y de la felicidad de los dos. Por aquella época yo había terminado con una persona con la que llevaba una relación seria. Todo sonaba lo bastante plausible.

—Solo que tú no estabas celosa.

Lydia levantó la vista y sonrió.

—Lo que yo detestaba era lo mucho que él la presionaba para que vendiera la casa de nuestros padres.

—¿Y tú no tenías que estar también de acuerdo con eso? —preguntó Nick.

Eso, claro estaba, la casa se la habían dejado a las dos.

—No me quedó otra alternativa. Izzy ya tenía diecinueve años, y Steven la convenció de que necesitaban el dinero para su futuro juntos. Yo lo alargué todo lo que pude: me «olvidaba» de decirle a los inquilinos que se tenían que marchar, insistía en poner un precio demasiado alto a la casa...

Nick sonrió.

—Debió de tomarte una manía...

—Se vengó bien. Aprovechó la oportunidad para separarnos a Izzy y a mí.

—No veo cómo eso pudo funcionar. Ella te adora.

—Ahora sí —negó con la cabeza—. Entonces no. Izzy tenía doce años cuando mis padres murieron y se fue a vivir con la hermana de mi madre y su familia. Yo fui a la universidad. Cuando Steven

apareció en su vida llevábamos seis años sin vivir juntas. A él no le resultó nada difícil entrar en su vida —ella se enjugó una lágrima de rabia—. Bueno, al final la casa se vendió y la parte de Izzy la puso en una cuenta. Le costó unos meses más convencerla para que lo pusiera todo a nombre de los dos.

—Y entonces le vació la cuenta.

—Básicamente, sí —Lydia se frotó el brazo, como si de pronto sintiera frío, aunque en ese momento la temperatura fuera tan agradable—. Izzy no se enteró entonces; y cuando se enteró, él logró convencerla de que era por un problema temporal que había tenido en los negocios. Ella no me lo contó hasta que no habían pasado varias semanas, pero para entonces él ya la había dejado.

Se enjugó otra lágrima y aspiró temblorosamente.

—Lo siento, no sé por qué estoy llorando.

Nick sí que lo sabía. Nick nunca se había tenido por un hombre imaginativo, pero no tenía dificultad alguna en entender lo que ella le estaba contando. Lo único que podía hacer para ayudarla era escucharla.

—Bueno, fue una experiencia reveladora. Me he pasado el último año centrada en tratar de concienciar a la opinión pública; la sociedad necesita proteger a otras mujeres de hombres como Steven Daly.

—Pues has tenido mucho impacto —observó Nick en tono bajo.

—Me he esforzado al máximo y he trabajado mucho. Siempre he pensado que estaba muy centrada en mi trabajo, pero esto ha sido más como una especie de cruzada. Creo de verdad en lo que hago. El respeto profesional que me ha proporcionado mi trabajo ha sido algo secundario. Lo habría hecho de todos modos.

Entraron por la abertura estrecha por donde se accedía a un huerto cerrado por una cerca de piedra. Lydia observó con fascinación el huerto que todavía estaba en sus principios.

—Esto va a salir de maravilla —dijo ella con expresión de deleite.

—Sí, antes había un invernadero que mandé derribar. Llevo la mayor parte del año limpiando los escombros y sacando cristales de la tierra.

A Nick le encantó cómo ella lo observaba todo con curiosidad.

—Está orientado al sur, ¿verdad?

—Sí, le da el sol casi todo el día, y por su situación está al abrigo de las inclemencias del tiempo. Con esas dos cosas, debería resultar muy productivo.

—A lo mejor podrías experimentar plantando más frutas y verduras —lo miró con tanto entusiasmo, que Nick sintió de pronto que se le encogía el corazón de un modo extraño—. La verdad es que echo mucho de menos no tener un jardín.

Nick se miró el reloj.

—Le hemos dado a Wendy una hora; creo que deberíamos volver.

Mientras salían del jardín, Nick no puso evitar sentirse aún más nervioso. Lydia era bella, inteligente y cariñosa. Lo raro sería que no se sintiera atraído por ella.

Pero una mujer tan llena de vida como Lydia Stanford nunca se interesaría por un hombre como él; por un padre divorciado atado a una casa en el campo. Nada de aventuras, ni de grandes causas.

Lo que tenía que hacer era dejar que Lydia siguiera con su trabajo. Ella estaba allí para ver a Wendy.

No debía olvidar que cuando obtuviera toda la información necesaria para su trabajo, se marcharía a casa.

Capítulo 8

Jamás había que llorar por un hombre; no les gustaba. ¿Quién había dicho eso? Lydia volvió con la bandeja de café y la dejó sobre la mesa de centro. No recordaba quién le había dado ese consejo, pero deseaba haberlo tenido más en cuenta. Su tercera visita en ocho días a Fenton Hall y Nick estaba ausente. Cuando se había marchado después de ver a Wendy, él había estado atendiendo una importante llamada de Alemania; en su segunda visita, él estaba de viaje en Londres. Esa vez estaba esperando una llamada por videoconferencia en su despacho.

Tal vez fuera una coincidencia que no estuviera nunca por allí cuando iba ella, pero no se lo terminaba de creer. Más bien parecía como si su llegada fuera la indicación para que él desapareciera; y por ello no contaba con verlo antes de marcharse ese día.

Tal vez le hubiera avergonzado con sus lágrimas. Tal vez le hubiera cargado con tanta información, y él se sentía incómodo.

No había sido su intención. Le escandalizaba que él hubiera pensado de ella que hubiera podido utilizar a Izzy intencionadamente... Y después había empezado a hablar y no había podido callarse.

Algo había cambiado la última vez que se habían visto. Le había dado la sensación de que habían llegado a un nuevo entendimiento, como si fuera el principio de una amistad.

Estaba claro que no era así.

Wendy puso las hojas que había estado leyendo sobre una mesa pequeña que tenía a su lado.

—¿Hemos terminado por hoy?

—Creo que sí —dijo Lydia—. Deberías descansar después de tomarte el café... y yo tengo un montón de cosas que hacer —sonrió—. Ochenta mil palabras, para ser más precisas.

—Sabes, resulta deprimente el que yo ya estuviera hablando de estas cosas hace veinte años —dijo Wendy, señalando los papeles que tenía a su lado—. Y sigo pensando que el único modo de evitar que los países más pobres tengan que seguir talando sus selvas es eliminar las deudas externas...

—¿Pasa algo? —le preguntó Lydia al ver que la mujer dejaba de hablar y que se fijaba en la ventana.

El rostro de la mujer había perdido su entusiasmo, y en su lugar había una expresión melancólica.

—Es Nick.

Nick. Inmediatamente le dio un vuelco el corazón.

—Está en el jardín.

Wendy se volvió a mirarla.

Lydia le llevó a Wendy una taza de café. Desde donde estaba sentada, había una vista estupenda de todo el césped... y de Nick y Rosie.

Lydia observó cómo Nick jugaba con su hija, los dos felices y llenos de entusiasmo. Padre e hija. Hacían una bonita pareja. Nick con unos vaqueros oscuros y una camiseta verde oliva; Rosie con pantalones cortos amarillos y un top de algodón claro.

—Es estupendo ver cómo se va desarrollando su relación —observó Wendy desde su asiento—. Con el tiempo estoy segura de que será un buen padre. Mejor que el suyo, eso seguro. Aunque eso no es decir mucho —dio un sorbo de su café—. George era un hombre frío.

Lydia se fijó en su cabello gris recogido con un moño. Deseaba preguntarle cosas; pero sabía que no sería adecuado. Wendy era demasiado lista como para no darse cuenta, y ella misma no estaba todavía segura de por qué le interesaba todo lo concerniente a Nick.

Tal vez en el presente estuviera haciendo lo posible para establecer una relación con su hija; pero no parecía haber hecho mucho en los últimos cinco años. Cuando lo pensaba, ése era un aspecto de su carácter que no le gustaba.

¿Entonces por qué sentía aquel apremio por verlo, por hablar con él? Tal vez le ofendiera el hecho de que él no parecía ni remotamente interesado en ella.

—Afortunadamente tiene lo bastante de su madre para hacer de Nick una persona que valga la pena.

Lydia se apartó de la ventana deliberadamente. Le resultaba casi doloroso ver lo felices que eran Nick y Rosie juntos. Era maravilloso, por supuesto, pero al verlos así sentía cierta envidia. No entendía tampoco por qué le pasaba eso; ella siempre había huido de la intimidad casera.

—Jennifer, la madre de Nick, era una chica encantadora. Murió cuando Nick era un bebé —continuó Wendy mientras Lydia tomaba su taza y se sentaba de nuevo en el sofá color coral—. Tuvo fiebres reumáticas de niña y después nunca se recuperó del todo.

—¿El padre de Nick se casó de nuevo? —preguntó Lydia, tratando de hacerlo con naturalidad.

Wendy soltó una risotada, como si fuera la más estúpida de las preguntas.

—Me sorprende que encontrara a una incauta con quien casarse la primera vez. Un tipo de lo más aburrido, aunque muy guapo. Jamás me gustó. Pensaba que lo sabía todo mejor que nadie. Pensaba que una mujer no podía entender nada de economía, por ejemplo. Después de pasar treinta años discutiendo con él, finalmente llegué a la conclusión de que prefería dejarlo con su ignorancia.

El conciso comentario de Wendy logró al menos darle una imagen evocadora del padre de Nick, y por extensión de la infancia de éste.

Se había criado sin madre. Eso no la sorprendía. Y parecía que con un padre distante. Lydia dio un sorbo de café y le supo muy amargo; entonces se añadió un poco más de azúcar.

—¿Qué le ha pasado a la madre de Rosie? ¿Ha muerto?

—¿Ana? ¿Muerta? —Wendy sonrió con gesto sombrío—. No. ¿Por qué piensas eso?

Lydia se recostó en el asiento.

—Yo... no sé. Solo me lo preguntaba...

—La madre de Rosie es Anastasia Wilson. No está muerta. Aunque es más o menos de la misma utilidad que si lo estuviera —añadió Wendy pasado un momento.

Anastasia Wilson. Lydia se dijo que debía de haberla entendido mal.

—Es diseñadora de modas. Creo que tiene su propia firma.

—Sí, lo sé —dijo Lydia—. Me encanta su ropa, pero... ¿Anastasia Wilson es la madre de Rosie?

Wendy soltó su habitual risilla burlona.

—Bueno, la parió, pero no ha ejercido mucho de madre. Se lo dejó todo a su propia madre, a la abuela de Rosie.

—La que acaba de morir —dijo Lydia en voz baja, entendiendo

por fin por qué Rosie se había ido a vivir con Nick.

Wendy no pareció oírla.

—En cuanto se olió que existía la más mínima posibilidad de tener que asumir tareas parentales, Ana le pasó a Rosie a Nick.

Como si la niña hubiera sido un paquete. Pobrecilla. No le extrañaba su aspecto tenso y solitario cuando la había visto por primera vez. En ese momento, nadie se había molestado en contarle a Rosie que su abuela había muerto.

Pero...

Su pensamiento parecía congelado en una idea: Anastasia Wilson había estado casada con Nicolás Regan-Phillips. El impacto era el mismo que si Wendy le hubiera dicho que había estado casado con la reina. Le parecía imposible.

Parecían dos personas totalmente dispares, con muy poco en común. En alguna revista del corazón había visto varias veces reportajes sobre Anastasia Wilson. En ninguno se había mencionado a Nick o que tuviera una hija.

Frunció el ceño mientras trataba de recordar lo que había leído de ella. Anastasia, estaba segura, vivía en el presente con un hombre que era demasiado rubio, demasiado bronceado y demasiado rico. Y antes de ése había estado con Gaston Girard, el carismático jugador de tenis cuya familia llevaba varias generaciones en el mundo de la moda. Él le habría ido mejor, pero parecía un hombre demasiado afable para su gusto.

¿Pero una hija? No recordaba nada de que Anastasia Wilson hubiera tenido una hija.

Sin duda era una diseñadora genial que tenía la habilidad de conseguir que las mujeres que llevaban sus diseños brillaran más que el modelo en sí. En realidad, era una de sus diseñadoras favoritas. Pero como mujer...

Como mujer le parecía superficial y vanidosa, y bastante tonta. Todo lo que decía estaba salpicado de anécdotas de fiestas, personas y lugares.

¿Casada con Regan-Phillips?

No. No podía creerlo. Nick era tremendamente inteligente. Reservado y casero. No pegaban ni con cola.

Lydia deseaba hacer tantas preguntas... De pronto se acordó de su cazadora y se encogió por dentro. ¿Se habría dado cuenta Nick

de que era uno de los diseños de su ex? ¡Pero qué tontería! ¡Pues claro que se habría dado cuenta! Eran inequívocos.

—No tenía ni idea de que Anastasia tuviera hijos. Estoy segura de que nunca he visto fotos de...

Wendy negó tristemente con la cabeza.

—Cuando Rosie era un bebé, hubo muchas fotos de ellos juntos; pero en años recientes... no.

Lydia frunció el ceño.

—Está sorda —dijo Wendy—. Para Ana tener una hija sorda es un grave problema. Ella persigue la perfección... y una persona sorda no es perfecta. Para ella no.

Lydia maldijo entre dientes.

—¿Quién enseñó a Rosie el lenguaje de los sordos?

—Nick le preguntó eso mismo a Ana el otro día —Wendy hizo una pausa para colocarse bien la pierna en el taburete—. Parece ser que la madre de Ana se mostró siempre muy dispuesta en aprenderlo. Hay unos estudios que demuestran que todos los bebés, sordos o no, se desarrollan mejor intelectualmente si utilizan el lenguaje de los signos. Al menos eso fue lo que ella le contó a Ana. Al menos por ello Georgina me caía mejor; siempre pensé que para dar a luz a una criatura como Ana debía de ser una mujer bastante imbécil, pero...

Lydia se dijo que Georgina debía de ser la abuela de Rosie.

—Pero como decía no era tan estúpida como pensaba yo, porque es quien insistió en que Rosie fuera a una guardería en la que hubiera un departamento para niños sordos.

Había que darle gracias a Dios por Georgina. ¿Pero dónde había estado Nick todo ese tiempo?

—¿Así que Nick no te ha contado nada de Ana?

—No —Lydia dejó en la mesa la taza de café vacía.

—No me extraña. Jamás debería haberse casado con ella. Aunque yo siempre he pensado que tiene que haber más en la vida aparte de preparar canapés y tener hijos; así que mi opinión sobre lo que le conviene a otras personas no es muy de fiar —Wendy agarró sus muletas—. No vamos a vernos hasta la semana que viene, ¿verdad?

Lydia negó con la cabeza.

—Mañana tienes la cita con el traumatólogo, y yo tengo el

lanzamiento del libro al día siguiente.

—Entonces, hasta la semana que viene.

Lydia guardó el borrador final, el que Wendy había estado leyendo, en su maletín y lo cerró. Miró por la ventana, pero Nick y Rosie ya no estaban.

Parecía que no habría oportunidad de ver a Nick ese día; seguramente sería para mejor, pero...

Se sentía extrañamente inútil. Le habría gustado hablar con él; ver a Rosie. Lydia se miró el reloj y se debatió entre regresar a Londres o pararse en Cambridge para hacer unas compras. Tenía tanto que hacer, pero no se sentía motivada.

Y aunque el sol había brillado toda la mañana, cuando Lydia salió de la casa el calor la golpeó con fuerza cuando bajó a las escaleras de piedra.

Cruzó el patio y estaba abriendo el coche para meter su maletín cuando oyó pasos en la grava. Rosie dio la vuelta a la esquina. Parecía alegre, contenta y acalorada.

Lydia cerró la puerta del coche y esperó hasta que Rosie estuviera lo bastante cerca para hacerle señas; quería preguntarle dónde estaba Nick, pero se contentó con preguntarle adonde se dirigía Rosie.

A la niña le brillaban los ojos de emoción mientras con las manos señalaba una manta sobre el césped y describía que sobre ella había fresas con nata, pan, queso, tartaletas, y lo mejor de todo, patatas fritas.

Lydia se echó a reír y le dijo que no le gustaban las fresas. Tras un momento de sorpresa, Rosie le dijo que también había plátanos. Lydia pensó que era un verdadero encanto. ¿Cómo era posible que su madre no la quisiera, que no la mimara?

Vio la sombra de Nick antes de verlo a él. Dio la vuelta y se detuvo cuando la vio a ella. Lydia se alisó instintivamente la falda de su vestido de verano. Esperó a que él cruzara el patio hacia ella.

—Hola.

—Hola —contestó él—. Has terminado temprano. Pensé que no te marcharías hasta dentro de otra hora o así.

Sus palabras le reafirmaron la sospecha de que había estado evitándola adrede. Por un momento eso le dolió, y entonces lo miró a los ojos y vio algo que hizo que todo se volviera del revés. Sin

lugar a dudas vio un brillo de deseo en sus ojos color avellana.

Y entonces se acordó de otra cosa. Él le había dicho que era bella. Con repentina claridad vio que se lo había dicho en serio, ya que en ese momento lo veía en sus ojos.

¿Entonces por qué la evitaba? Eso no tenía ningún sentido. A no ser que él siguiera pensando que ella vendería cualquier tipo de historia. La verdad, le había halagado el pensar que él ya no pensaba así de ella.

—Nos vamos de picnic —dijo mientras apoyaba la mano sobre la cabeza de su hija.

—Lo sé —Lydia sonrió a Rosie.

—¿Y Wendy, se ha cansado ya?

—No. Quería dormir un rato; pero hemos terminado más temprano hoy porque hemos llegado a un punto sensato para detenernos.

En realidad casi habían terminado. ¿Lo sabría Nick? Wendy se había mostrado más útil de lo que habría imaginado. Una visita más sería seguramente todo lo necesario... Y no habría más razón de regresar allí. Tal vez no volviera a ver a Nick. De pronto le parecía terriblemente importante no permitir que eso ocurriera.

Rosie le tiró del vestido y le hizo una seña para que fuera con ellos. La niña señaló hacia el jardín, y a Lydia le habría encantado decir que sí; pero en lugar de eso miró a Nick con cierto nerviosismo, sin saber siquiera si él habría entendido a su hija.

Su expresión era ligeramente pesadosa.

—¿Te gustaría unirse a nosotros?

Lydia se mordió el labio con nerviosismo. ¿Lo querría él de verdad, o no? Al mirarlo no vio ni el más mínimo rastro de deseo que había visto antes, y toda su maravillosa confianza se había ido al traste.

Como si él hubiera sentido su incertidumbre, Nick añadió:

—Tenemos patatas fritas de sobra.

Lydia sonrió y se agarró con fuerza a la manita de la niña. Fue todo el ánimo que necesitaba.

—Me encantaría ir con vosotros.

Miró a Rosie y la niña le respondió con una sonrisa antes de soltarse y echar a correr por el césped.

Lydia tenía que preguntárselo.

—Te importa que me una a vosotros.

—En absoluto.

Pero su respuesta fue demasiado automática. Lydia se preguntó qué habría dicho de no ser tan diplomático. ¿Qué pensaría de ella? Le encantaría poder saberlo; por lo menos saber si había cambiado de opinión con respecto a la que había tenido al principio.

Mientras caminaban por el césped, Lydia tuvo que hacer un esfuerzo para no preguntarle nada sobre Anastasia, o Ana, como él la llamaba. Quería saber si existía la posibilidad de que Rosie volviera a vivir con su madre, o si se iba a quedar en Fenton Hall para siempre.

—¿Hoy es el día libre de Rachel? —preguntó en lugar de lo que estaba pensando.

Él asintió.

—Es el día que va a la facultad.

—¿Pero está contenta aquí?

—Eso dice —contestó Nick—. Rosie está encantada.

Lydia asintió y se preguntó qué decir después. Miró a su alrededor, fijándose en la cuidada rosaleda cercana a la casa.

—¿Tienes algún sitio favorito para comer sobre el césped?

—Todavía no. Es la primera vez que lo hago —dijo Nick—. Pero mi preferencia en un día como el que hace hoy es la sombra —la miró—. ¿Y tú?

—Sí, a la sombra está bien.

Él sonrió.

—¿Qué era lo que querías preguntarme?

Lydia se echó a reír.

—¿Tanto se me nota?

—Yo, sí.

Ella apartó la mirada al ver una expresión cálida en sus ojos; le daba miedo, pero también la excitaba. Se puso a hablar sin pararse demasiado a pensar en si sería sabio o no.

—Solo estaba pensando que éste debe de ser tu primer verano aquí con Rosie.

—Aparte del verano cuando nació —respondió Nick—. Tenía nueve meses cuando Ana me dejó.

Anastasia Wilson lo había dejado. Resultaba difícil de entender; imposible de concebir cómo era posible que una mujer pudiera

preferir al *playboy* superbronceado con el que salía actualmente Anastasia Wilson a Nick.

Pero Lydia aspiró hondo y decidió que debía atreverse.

—Se trata de Anastasia Wilson. Me lo dijo Wendy.

—¿Ah, sí?

Su expresión era inescrutable. Resultaba enervante no poder decir lo que estaba pensando. Sobre todo cuando parecía capaz de comprenderla tan bien.

—Yo... Bueno, le pregunté si la madre de Rosie se había muerto —le dijo mientras se tocaba la pulsera de oro que llevaba en la muñeca.

—¿Ana?

Lydia sonrió.

—Eso fue exactamente lo que dijo Wendy. No había oído a nadie refiriéndose a ella de otra manera, así que no sabía quién era.

—¿Y te contó algo más Wendy?

Lydia repasó sus opciones. Podría contarle que a Wendy no le había caído bien su padre, algo que seguramente sabía; o sus opiniones acerca del matrimonio. Pero eso no era lo que él le estaba preguntando.

—Dijo que Anastasia no es madre por naturaleza.

—Eso es muy cierto.

Rosie volvió correteando y señaló al suelo antes de tender la manta para el picnic.

—Allí donde están los árboles —dijo Nick despacio mientras señalaba un grupo de robles; entonces miró a Lydia—. ¿Cuál es la seña que se usa para los árboles?

Lydia hizo la seña.

—La mayoría de las señas son bastante simples —se detuvieron al pie de un roble añejo.

Rosie parecía lista para ayudar a sacar todo. Nick le puso la mano en la cabeza, y cuando la niña lo miró le dijo:

—Tranquila.

Cuando Nick dejó la mochila sobre la manta, Rosie empezó a abrirla con la ayuda de Lydia. Rosie sacó una caja de plástico donde había unas figuritas de plástico: un carrito de bebé, unos muñecos articulados, una mesa, todas ellas muy pequeñas.

—¿No las perderá en la hierba?

—Lo dudo. Es de lo más hábil y cuidadosa. Esa caja es parte de una enorme casa de muñecas que se trajo cuando vino. Juega con ellas durante horas. Mucho más que con cualquier otra cosa.

Lydia se sentó en la manta y se volvió a mirar a Rosie mientras ésta colocaba las mesas y muñecos y sillas entre la hierba y los arbustos, para rápidamente crear una comunidad mientras movía a la gente alrededor, claramente perdida en un mundo de su creación.

—Es impresionante observarla —dijo Nick—, casi como si estuviera dirigiendo una película épica.

Lydia se volvió hacia él.

—Es muy creativa.

—Lo lleva en los genes —sacó una botella de vino de una bolsa isotermo—. ¿Vino?

Ella asintió.

Nick descorchó el tapón y metió la mano para sacar también los vasos del termo del café.

—Es australiano. No tengo ni idea de si es bueno o no —dijo mientras le servía un poco a ella.

—Te habría tenido como un auténtico especialista en vinos.

—Según fuentes fidedignas no tengo paladar —dijo mientras se servía él una taza—. Mi padre era un apasionado de sus vinos. Tenía una bodega debajo en el sótano de nuestra casa que mantenía a temperatura óptima. A mí me parecía un rollo, y empecé a cultivar el gusto por todo lo que a él le parecía despreciable.

—Bueno, no es demasiada rebeldía —observó Lydia mientras daba un sorbo—. Esto está muy bueno. Ojalá supiera algo de vinos. Oigo a otras personas hablar del tema y me parecen tan cultivadas.

A Lydia le encantaban las arrugas de gesto que se formaban alrededor de sus ojos.

—Estoy seguro de que puede parecer que sabes de lo que estás hablando si dices algo así como que es «seco y refrescante» —alzó la botella—. Es lo que dice la etiqueta.

Lydia sonrió.

—Yo tampoco tengo paladar. Mi padre solía hacer su propio vino.

—¿Y era bueno?

—Horrible —dijo muerta de risa—. Para ser sincera, sabía un poco a levadura. Preparaba un vino de patata que era bastante

desagradable, pero que se podía tomar con queso.

Nick la miró divertido, y ella sintió una oleada de felicidad. Podría acostumbrarse perfectamente a eso: a los pausados días de verano, a comer en el jardín con un poco de vino, a Nick...

Sí, podría acostumbrarse a Nick.

A su cabello negro y rizado. A cómo te miraba cuando explicabas algo, haciéndote así sentirte importante. Le encantaba su risa pausada y sus movimientos suaves y confiados.

Nick observaba también cómo la luz iluminaba de dorado y bronce su cabello, de castaño y rojizo. Una mezcla impresionante. Ella era impresionante.

Se había dado cuenta el primer día que la había visto en el huerto que sentía por ella una atracción que no había sentido en su vida. Había pensado que podría controlarla si no pasaba tiempo con ella, pero se había equivocado.

Nick la observó mientras ella se desabrochaba una sandalia y sacaba un pie para dejarlo al aire, sobre la hierba. Era sexy sin darse cuenta de ello. A Ana siempre le había gustado posar; Lydia ni se daba cuenta. Sus dedos largos y elegantes jugueteaban con la larga cadena de oro que llevaba al cuello, donde vio que le latía el pulso.

Pero evitarla no le había servido de nada; tan solo para realzar todos sus sentidos hacia todo lo relacionado con ella. Lydia se retiró el cabello a un lado y se lo recogió con un moño suelto, con movimientos rápidos, expertos, sensuales... Nick desvió la mirada, casi incapaz de soportar contemplar la larga y elegante curva de su cuello pálido.

—Hace calor.

Nick volvió a mirarla.

—¿No te gusta el calor?

—Tengo la piel muy clara. Izzy y yo nos quemamos con facilidad. Mi madre era totalmente pelirroja. A ninguna nos tocó el pelo, pero sí las pecas.

Nick la observó de cerca y vio las pecas en su nariz. Unas pecas pálidas y bellas.

Rosie le llevó una figurita y se la enseñó a Lydia, moviendo las manos mientras le explicaba.

Lydia se inclinó hacia delante y al momento levantó la vista.

—No sé hacerlo.

—¿Cómo?

El color de sus ojos era tan luminoso que Nick estuvo a punto de marearse de la impresión.

—El sombrero está demasiado encajado —se lo pasó a Nick para que tratara de hacerlo.

Jamás había creído eso que decían las películas, cuando la gente implicaba que el roce de la mano de una persona podría ser eléctrico; pero el mero roce de la suya le provocó un estremecimiento. Nick se inclinó sobre la figurita y consiguió quitarle el sombrero.

Sus preciosas manos tocaron los brazos de Rosie e inclinó la cabeza con suavidad para besar a su hija en la cabeza. Nick tragó saliva para pasar el nudo que tenía en la garganta.

Se estaba enamorando de ella.

Por favor, no. Nunca más.

Si ocurría un milagro, y podía persuadir a Lydia para que se quedara con él, no duraría. Un día se despertaría, como había hecho Ana, y se daría cuenta de que estaba aburrida. No tenía sentido alguno perseguir algo que no podría tener futuro. Y particularmente en esa ocasión en que sus sentimientos eran tan fuertes, jamás se recuperaría.

Pasado un momento sostuvo la figurita.

—Toma.

Rosie dio un salto y le hizo la seña para darle las gracias. Resultaba increíble para Nick que pudiera reconocer esa seña tan fácilmente como si se la hubiera dicho.

—¿Rosie no se quema? —comentó Lydia—. Siempre he querido tener un tono de piel aceitunada como la suya; es muy exótica.

Nick tuvo que desviar la mirada. Exótica era la luminosidad de su cabello, las profundidades místicas de sus ojos; cómo la falda de colores le caía sobre sus largas piernas, o el anillo celta que llevaba en el dedo.

—No parece quemarse, pero debería ponerle más crema —dijo Nick.

Lydia se dio la vuelta para mirarlo.

—Yo también debería. Nunca me acuerdo, y luego siempre me quemo.

—Utiliza la nuestra —Nick metió la mano en la bolsa—. Es factor cuarenta.

Lydia se echó un poco en la mano; la crema brillaba con un precioso color verde.

—¿Es normal que sea de este color?

—Es para verla cuando la das. Luego se quita.

—¿Entonces si me echo la crema me voy a poner verde?

—Al principio sí —dijo él.

Lydia lo miró con vacilación, como si supiera que él estaba a punto de reírse. Con mucho cuidado Lydia se extendió la crema.

—¿Estás seguro de que se quita?

—Es una idea estupenda cuando tienes una niña de cinco años que no para de moverse.

—¡No tengo cinco años!

No, eso era cierto. Nick se fijó en cómo se extendía la loción por el brazo, por los hombros o por el cuello.

—¿Me falta en algún sitio?

Él le pasó el dedo con delicadeza por la mejilla.

—Aquí hay un poco...

Y entonces se le quedó la garganta seca y se olvidó de lo que había estado a punto de decir. Solo sabía lo que acababa de sentir al tocarla; al tocarla de verdad.

Tenía los ojos como platos, moteados de dorado y de una belleza impresionante. Vio que sus labios se entreabrían despacio y escuchó la fuerza con que tomó aire.

Que Dios se apiadara de él. Sentía como si un pescador hubiera echado su red y tirara de ella. Era inevitable. No había escapatoria.

Se había estado engañando, pensando que aún quedaba tiempo para ponerse a salvo; porque ya la amaba.

Y quería besarla, hacerle el amor; deseaba tanto hacerle el amor.

Pero ya no había elección. Él se conformaría con lo que ella quisiera darle durante el tiempo que quisiera dárselo.

—Eres tan bella —murmuró sobre sus labios segundos antes de besarla.

Introdujo la mano por el nudo que sujetaba su cabello y sintió la suave cascada de su cabello que le caía como una cortina sobre los hombros.

Sus labios temblaron bajo los suyos como si no estuviera segura

de poder relajarse con él. Y por un momento solo pudo pensar en ella y en lo bien que se sentía entre sus brazos.

Capítulo 9

Lydia siempre había imaginado que Nick besaría así de bien. El corazón le latía aceleradamente y un suave cosquilleo la recorría de arriba abajo. Percibió el suave gemido gutural que a Nick se le escapó al estrecharla contra su cuerpo, y sintió que su espíritu se alegraba como respuesta.

Entonces se puso tenso. Lydia sintió ganas de gritar y de protestar cuando ella fue a retirarse... y entonces se acordó de Rosie, preguntándose cuánto habría visto. Tenía la cabeza agachada, centrada en sus muñecos y en el juego, pero podría haberlo visto todo.

Le echó una mirada a Nick. ¿En qué habrían estado pensando?

Nick miró a Rosie un momento y después a ella.

—Lo siento.

Ella se encogió de hombros, tratando de aparentar despreocupación. Solo era un beso, no un compromiso de por vida.

Pero le daba miedo mirarlo a los ojos, aquellos ojos tan oscuros, y sentir que se hundía en su mirada, cada vez más profundamente. Jamás había sentido nada igual en toda su vida.

Tenía treinta años, por amor de Dios. Había estado implicada en varias relaciones serias en los últimos diez años. Incluso en dos ocasiones se había preguntado si habría estado enamorada. Un simple beso no debería querer decir nada, pero esa... intensidad sobrepasaba su experiencia.

Lydia tomó su copa de vino. Jamás en la vida se había sentido tan vulnerable, tan descontrolada. Era como caminar por la cuerda floja y saber que le habían quitado la red.

Cuando Nick la miraba le hacía sentir tantas cosas conflictivas al mismo tiempo. En parte se sentía invencible, como si pudiera conseguir cualquier cosa.

Y cuando lo miraba a los ojos sabía que él no se arrepentía de haberla besado, aunque hubiera dicho lo contrario. Ella creía que no había habido intención por parte de él, lo mismo que por parte de ella. ¿Pero sentirlo? No, no lo sentía.

Solo se había retirado cuando se había acordado de Rosie. Y ella

lo mismo. ¿Entonces qué?

Cada vez que Nick la miraba era consciente de su mirada; lo mismo que cuando miraba hacia otro lado. Cada movimiento parecía pensado. Incluso respirar le parecía de pronto difícil.

Y era mutuo, de eso estaba segura. La energía que fluía entre los dos era cada vez más clara, como si fuera algo viviente.

Afortunadamente, Rosie se dio cuenta de que habían empezado a sacar la comida y corrió adonde estaban ellos.

—¿Por qué será que los niños harán eso? —dijo Nick mientras observaba a su hija.

Rosie estaba abriendo una magdalena para sacarle con el dedo la crema con la que estaba rellena.

—Me acuerdo que yo siempre me comía la mermelada de las tartaletas y que Izzy lamía todo el chocolate de las galletas antes de comérselas —tomó una patata frita enorme y la partió en dos—. ¿Y tú qué hacías?

—No hacía nada de eso.

Lydia se entremetió la falda por debajo de las piernas.

—Es imposible.

—No me lo permitían. Mi padre contrataba a niñeras muy caras cuyo papel principal era enseñarme una férrea disciplina.

Había habido veces en las que se había avergonzado de sus padres, en las que había deseado que no hubieran destacado tanto de otros padres; pero no tenía ni idea de la suerte que había tenido.

—Eso es muy triste —dijo ella, al recordar lo mucho que habían disfrutado sus padres de Izzy y de ella.

—La única influencia subversiva en mi vida ha sido Wendy.

Lydia levantó la cabeza y sonrió.

—Debió de hacer todo lo posible.

—Siempre —la sonrisa de Nick se hizo más amplia, como recordando una memoria distante—. Nunca supe si se implicó más en mi vida porque sabía lo mucho que molestaba a mi padre, o porque de verdad pensaba que el papel de madrina es sagrado.

Lydia arrancó una brizna de hierba.

—Tal vez un poco de ambas cosas —dijo, pensando en la conversación que había mantenido con Wendy antes—. ¿Y si a tu padre no le gustaba, por qué le pidió que fuera tu madrina?

—Por dinero.

—¿Cómo has dicho? —Lydia no sabía si lo había oído bien.

A él le brillaban los ojos.

—En aquel momento la razón que se dio fue que Wendy era la prima segunda de mi madre. Sin embargo Wendy siempre estuvo convencida de que mi padre tenía el ojo puesto en su dinero.

Lydia pensó inmediatamente en la casa de campo de Wendy. ¿De qué dinero hablaba?

Nick pareció leerle el pensamiento.

—No dejes que la manera que ha elegido de vivir te engañe.

—Pero... ¿Por qué entonces ha escogido vivir en...? —hizo un gesto con la mano en lugar de utilizar la palabra que le venía a la mente.

—¿En una paulatina decadencia?

Lydia asintió.

—Le gusta.

—Pero... ¿Por qué iba a gustarle?

Nick sintió lástima por ella.

—He querido convencerla de que arreglara su casa para hacerla más cómoda, pero no le interesa. Dice que tiene más que la mayoría de la población...

—Bueno, supongo que eso es cierto.

—Y que no le importa si la decoración de su casa está de moda o pasada de moda.

Lydia no pudo ahogar una sonrisa.

—O si es de los años setenta.

—Bueno, tú no has visto su dormitorio. Es de los años cuarenta, por lo menos —dijo Nick mientras le servía un vaso de zumo a su hija—. O como la cocina, que me dice que en su día era de las más modernas.

Parecía que todos los prejuicios que tenía con respecto a Nick iban cayendo uno a uno. Todos sus prejuicios salvo uno. Rosie se acurrucó junto a su padre y apoyó la cabeza en su regazo.

—Está cansada —observó Lydia.

—Será por el calor y porque no ha dejado de moverse y de jugar.

Observó los movimientos rítmicos de los dedos de Nick acariciándole la cabeza a su hija, y cómo sus pestañas oscuras se iban cerrando despacio.

—Se va a dormir.

Él no dejó de acariciarla, y al poco Rosie respiraba suavemente y se llevaba el pulgar a la boca. Lydia miró a Nick. El amor que vio en su rostro le encogió el corazón.

—¿Ha sido difícil organizar tu programa de trabajo para estar con Rosie? —le preguntó ella en voz baja.

—Mucho —Nick dejó de mover los dedos, pero no retiró la mano de la cabeza de su hija—. Lo hice porque me pareció lo correcto.

Lydia asintió.

—Estoy asombrado de lo bien que puedo trabajar desde casa... y los pocos días que he necesitado estar en Londres. A la larga tendré que pasar más tiempo allí que lo que he pasado estas últimas dos semanas, pero he aprendido mucho sobre lo importante que es tratar de mantener el equilibrio.

El equilibrio. Lydia había oído a sus colegas hablar sobre el tema, pero era un concepto totalmente ajeno a ella. Para ella solo existía el trabajo. Era su gran pasión.

—La mayor sorpresa... —dijo Nick con entusiasmo— es lo mucho que he disfrutado. Solía estar en la carretera a las seis de la mañana y nunca volvía a casa antes de las siete de la tarde. Pero estar con Rosie es... —sacudió la cabeza como si no pudiera creerlo—. Es algo increíble. No quiero perderme más tiempo con ella del estrictamente necesario.

Lydia sintió la misma envidia que había experimentado al verlos por la ventana horas antes.

—¿Y tú? —le preguntó Nick de pronto—. ¿Cuáles son tus planes para los próximos cinco años?

Lydia pensó que era una pregunta interesante, ya que no tenía planes. Jamás había tenido planes, y no estaba segura de cómo contestar. No había pensado en hacer nada distinto, ni en los cinco años siguientes, ni después. Siempre estaría donde hubiera una historia que contar. Era su vida, y definía quién era.

—Mi plan —respondió despacio— es aprovechar las oportunidades que surjan. A algún nivel, supongo, todavía quiero cambiar el mundo.

—¿Y algún día volver a tener un jardín?

—Tal vez. Sería bonito pensar que tal vez lo consiga algún día,

pero sé que no es muy probable. Paso demasiado tiempo fuera de casa.

Él asintió como si la entendiera bien. Detestaba que él la menospreciara tal vez por ello. ¿De verdad iba a vivir sin compromisos? Siempre había pensado que las relaciones eran algo secundario a la profesión.

Sin embargo, en los últimos diez años ella jamás había sido el centro del universo de nadie; jamás había sido el sueño de nadie. Y tampoco había conocido a nadie que pudiera ser su sueño. Tal vez fuera más como Anastasia Wilson de lo que estaba dispuesta a reconocer.

—¿Crees que la madre de Rosie querrá verla a menudo? —le preguntó Lydia.

—Lo dudo. Vendrá de vez en cuando, seguramente le traerá algún regalo, pero... —adoptó un tono posesivo—. A diario, no.

—¿Qué dijo sobre la marcha de Sophie?

—Nada —respondió Nick—. Rosie no fue una hija deseada —Nick miró a su hija y pensó que debería haber luchado más por su pequeña; entonces miró a Lydia, que lo miraba con expectación, mientras se sentía de nuevo culpable por todo lo que no había hecho—. Cuando Ana se marchó... —carraspeó y empezó a acariciarle de nuevo la cabeza a su hija—. Ana se marchó cuando Rosie tenía nueve meses...

—Lo sé. Me lo dijiste —dijo Lydia con delicadeza.

Sería más fácil quedarse ahí, no decirle nada más... Pero quería que ella lo entendiera.

—Ana me dejó por mi mejor amigo.

Al ver su expresión de sorpresa, Nick sintió cierta satisfacción.

Bajó la voz, ya que aún le costaba hablar de lo que había pasado.

—Gaston Girard. Nos conocíamos desde los siete años. Su madre se había casado con un inglés, y fuimos al mismo internado... hasta que el tenis se convirtió en toda su vida. Pero seguimos siendo amigos.

Lydia negó con la cabeza con gesto compasivo y sobrecogido al mismo tiempo.

—Duró un año —Nick tragó saliva—. Un poco más. Gaston estaba haciendo un circuito internacional entonces. Yo trataba de ir

a ver a Rosie... pero la situación era difícil, y Rosie solo era un bebé.

Él no pudo seguir hablando. Lydia se inclinó hacia él y le tocó en el brazo con delicadeza. Nick la miró a los ojos y le parecieron los más bellos del mundo; con el brillo de unas lágrimas que no había derramado.

—Lo siento mucho. De haberlo sabido... No se me habría ocurrido... Debió de ser tan...

Imposible. Había sido imposible. La sensación de traición había sido tan aguda. El ver a Gaston... El verlos a los tres juntos...

Nick tragó saliva con dificultad mientras recordaba lo que había sentido al ver a su mejor amigo con Ana, ocupando su lugar junto a Rosie. Lo habría matado.

Por eso se había entregado en cuerpo y alma a su negocio, al trabajo; para tratar de borrarlo todo de su mente.

—Lo intenté de nuevo cuando Ana dejó a Gaston y volvió a Inglaterra...

Los bellos ojos de Lydia no dejaban de mirarlo.

—Pero para entonces Rosie ya tenía dos años y estaba muy apegada a Georgina, la madre de Ana.

Lydia asintió.

—Después de dos o tres ocasiones dejé de ir a visitarla regularmente. Le enviaba dinero, regalos... Lo que suele hacer la gente para no invertir mucho de sí mismos.

La mano que le agarraba el brazo le apretó con más fuerza, y Nick se atrevió a mirar aquellos sorprendentes ojos de Lydia.

En parte estaba listo para su rechazo; pero lo único que vio fue compasión y entendimiento.

—Ahora la tienes —dijo en voz baja.

—Sí, es cierto.

Tenía a Rosie. Él sería el padre que su hija recordara y la persona que tendría el privilegio de guiar su futuro.

Era lo más cerca que había estado de perdonarse a sí mismo. Siempre se había negado a hablar de esa época de su vida, pero el decírselo a Lydia... el ver su atracción... había sido una auténtica catarsis.

Rosie se movió un poco sobre el regazo de Nick. Su joven cuerpo se abrió como el capullo de una flor y se enderezó con ojos

adormilados.

Nick miró a Lydia.

—Será mejor que volvamos. Es tarde.

—Sí —respondió Lydia automáticamente, pero cuando miró el reloj vio que de verdad era tarde.

Con cuidado ayudó a Rosie a guardar sus juguetes, para que no se quedara ninguno entre la hierba. Detrás de ella, Nick recogía los avíos del picnic.

¿Cómo había podido ser tan mojigata con él? ¿Cómo le había permitido él que ella le aleccionara días atrás sobre sus responsabilidades como padre?

Ella había querido saber por qué él no había aprendido a comunicarse con su hija con el lenguaje de señas antes; y ya lo sabía. Aunque no había anticipado que pudiera resultarle tan doloroso.

Volvieron a la casa. La breve siesta de Rosie pareció darle energía para otras ocho horas de trote. La niña iba correteando delante de ellos, y de vez en cuando se daba la vuelta y sonreía, como queriendo comprobar que seguían allí.

Lydia miró a Nick de reojo y se preguntó qué clase de relación podría esperar tener con él. Su tímida sonrisa se esfumó; un beso y ya se estaba imaginando un montón de posibilidades.

Totalmente ilógico.

Solo que no lo era; y ella lo sabía. Se miró los pies y observó el brillo de sus uñas color bronce entre la hierba. En sus ojos había visto que él se pondría en contacto con ella en Londres, que saldrían a cenar... ¿Y luego qué?

¿Qué importaba si él tenía una hija? Además, ella sabía que ya quería a Rosie. Miró de nuevo a Nick de reojo. ¿Y al padre de Rosie? ¿Qué era lo que sentía por él? Solo de pensar en la posibilidad de amarlo, de estar enamorada de él, Lydia se derretía por dentro.

Y le daba miedo. El amor no debería ser así, ¿verdad? Lydia frunció el ceño. ¿De qué tenía miedo?

De pronto lo supo con claridad. El amor significaba sacrificios; poner a otra persona por delante de uno mismo y confiar en que mirara por ti.

Ella no haría eso. Nunca. Y Nick necesitaba eso. Se había dado

cuenta de ello solo de oírle hablar de Rosie.

—¿Cuánto tiempo más vas a seguir reuniéndote con Wendy?

—Casi hemos terminado —respondió Lydia mientras observaba a Rosie que corría por una loma con los brazos extendidos—. Volveré el jueves.

—¿El jueves?

Ella lo miró y asintió.

—Tengo un par de artículos que entregar para la semana que viene y la presentación de *Beyond Redemption*, de Caitlin Kelsey.

Lydia supo que le iba a pedir que saliera a cenar con él; lo sentía, tan real como el olor del verano que llevaba la suave brisa. Quedarían en Londres. Cenarían y después...

Su mente se llenó de imágenes. En un mundo ideal, sencillamente habría dicho que sí. Lo que más deseaba era saber cómo estaba por la mañana, al despertar, abrazándola. Quería ver la risa que le trasformaba la expresión.

Pero Nick no estaba buscando esa clase de relación. Era demasiado responsable como para llevarle a Rosie una novia tras otra. Él necesitaba a una mujer que encajara en la vida en el campo y que fuera una madrastra fantástica para Rosie.

Si tuviera una varita mágica para cambiar su forma de ser, lo haría.

Cuando él se volvió hacia ella, Lydia aspiró al ver la expresión en su mirada. Una expresión remota, indiscutible. Ella pensó que no estaba lista para ello; porque aún no sabía lo que pensaba.

Pero incluso mientras el pánico se apoderaba de ella, sintió que el tiempo parecía detenerse a su alrededor. Despacio, deliberadamente, él le miró los labios, y ella supo que iba a besarla.

Por segunda vez.

Y por Dios que deseaba sentir sus labios acariciando los suyos, invitándola a responder, haciéndole olvidar que aquélla no era la mejor idea, que ella no era la mujer que...

Su boca era caliente, persuasiva; sabía a vino y encerraba una fuerza muy suya.

Por un momento trató de ser sensata, y se apartó un poco.

—Rosie... Es que...

Él le agarró la cara con las dos manos y la miró con tanta intensidad que parecía como si estuviera leyéndole el pensamiento.

—Conoce el camino a casa.

Nick se movió despacio, con movimientos intencionados, pero dándole la oportunidad de darse la vuelta, de decidir que aquello no era lo que ella quería; pero Lydia se dio cuenta de que no podía resistirse más.

—Nick... —susurró con un gemido estrangulado.

Su mente se negaba a cooperar, aunque de todos modos no sabía qué quería decir. Él le mordisqueó la oreja con suavidad y ella echó la cabeza hacia atrás, una muda invitación que no pudo ni quiso evitar.

Solo estaba la sensación de Nick y un calor que le recorría todo el cuerpo. Él le deslizó la lengua entre los labios y despertó en ella una necesidad tan grande que no se sabía capaz de que existiera.

Nick se acercó más a ella y la estrechó contra su cuerpo con suavidad. Lydia sintió su erección apretándole en el vientre, y la suave e inexorable respuesta que nacía de allí.

No era tan fuerte como para ignorar todo aquello. Lo deseaba. Como tal vez jamás hubiera deseado nada. Quería que él le bajara los tirantes de su vestido de verano, quería estar desnuda delante de él. Quería sentirlo dentro, moviéndose con ella...

Jamás había sentido nada igual; un abandono tal...

—Será mejor que entremos —murmuró Nick con la respiración entrecortada mientras la besaba en el cuello.

—Sí —respondió ella jadeando también.

Y en el fondo Lydia sabía que estaba diciendo que sí a algo más que a la invitación de entrar en Fenton Hall.

Lydia se estiró con languidez. Se sentía... nueva, como si aquello fuera el comienzo de algo maravilloso. Inesperado, pero maravilloso. Se dio la vuelta y se encontró con la cara de Nick, que estaba dormido.

Nick había sido algo tan repentino, tan inesperado. Un auténtico cataclismo. Desde que lo había conocido, había sentido algo por él.

Parecía que había trascurrido una eternidad desde que se habían conocido; ella subida al tejado de la casa de su madrina, y él tan enfadado con ella.

—Buenos días —dijo Lydia al ver que él entreabría los ojos.

Entonces Nick sonrió con esa sonrisa pausada e inesperada que siempre le había derretido el corazón.

—No puedo creer que estés aquí —se dio la vuelta y se puso encima de ella y le retiró el pelo de la cara.

—Yo tampoco me creo que estoy aquí contigo. Yo no...

Nick inclinó la cabeza y la besó en el mismo sitio donde la había besado la noche anterior y la había vuelto loca, mientras que ella hundía las manos entre sus cabellos sedosos.

—¿Qué no qué? —dijo Nick en tono jocoso y burlón—. ¿Te arrepientes?

Esa pregunta era fácil de contestar.

—No.

No se arrepentía en absoluto. Todo su cuerpo vibraba al recordar el placer que había sentido; toda ella se sentía aletargada, y pensar en moverse era un crimen.

Entonces Nick la besó con un beso lento y embriagador que le hizo más difícil decirle lo que tenía que hacer.

—Pero necesito marcharme a casa, Nick.

Él la miró con un brillo ardiente en los ojos y agachó de nuevo la cabeza para besarla. Le encantaba cómo la besaba; le encantaba estar con él; le encantaba...

Ser amada. Él no había dicho las palabras, pero así era como le hacía sentir. Cuando la tocaba, le hacía sentirse adorada; cuando él la abrazaba, se sentía protegida de todas las cosas horribles de la vida. Era imposible que se arrepintiera.

—Quédate.

Esa única palabra desencadenó una reacción que la recorrió de arriba abajo. No se le ocurría nada que pudiera apetecerle más que quedarse con él. Levantó un dedo y le acarició la mandíbula.

—¿De qué vale que anduviéramos tan sigilosos por toda la casa anoche, si sigo aquí cuando Rosie se levante por la mañana?

Nick gruñó y se quitó de encima de ella; entonces se tumbó con un brazo debajo de la cabeza.

—Detesto tener que darte la razón.

Lydia se echó a reír con voz ronca y retiró la colcha con brío. Recogió su vestido y buscó el sujetador con la mirada; entonces notó que Nick la miraba con deseo.

—¡Basta ya! —exclamó riéndose mientras se tapaba con el

vestido.

Un poco tarde para andarse con timideces. Resultaba extraño que se sintiera así después de todo lo que habían compartido.

—Rosie es tu hija —dijo con severidad fingida—. Son las cinco, ya es hora de que me marche. ¿A qué hora se despierta ella?

Nick retiró la colcha de mala gana.

—A las seis.

Lydia se sentía como una virgen nerviosa, envidiando lo a gusto que él parecía estar con su cuerpo. Y eso que ella lo había tenido como un hombre inhibido.

—¿Cuándo te veré otra vez? —le preguntó Nick mientras le agarraba la cara con las dos manos y la besaba con delicadeza; entonces se retiró y la miró a los ojos—. Que sea pronto.

Lydia sintió que su timidez se desvanecía.

—Ven a Londres.

Capítulo 10

Lydia sabía que era una llamada de trabajo en cuanto miró el número en la pantalla del móvil. No era totalmente inesperada; había habido rumores de que iban a darle esa oportunidad por su interés en la política y en los derechos humanos; el reciente galardón periodístico tampoco le había hecho daño.

Bruselas. Se iba a ir a Bruselas.

Era todo lo que siempre había deseado; la oportunidad de informar de temas reales que afectarían a toda Europa. Pero un año...

Un año era mucho tiempo.

Lydia arrimó una silla al armario y se subió a bajar una maleta.

Pensó en Nick. Era cierto que las relaciones a distancia no solían funcionar, pero ésa sería la elección de Nick. Ella podría tomar el avión cada dos o tres semanas; tal vez él pudiera sacar tiempo e ir a verla. Y estaba también Rosie. Ella sería un modelo excelente para Rosie. Sería bueno que creciera viendo cómo las mujeres alcanzaban sus propios logros.

Bruselas... ¿Entonces por qué tenía ganas de llorar?

Lydia abrió el ropero despacio y empezó a hacer la maleta. Era solo la idea de marcharse; en cuanto estuviera en el avión estaría bien; emocionada.

Lydia metió unas cuantas cosas en la maleta. Aquello era lo que siempre había deseado. Desde los dieciocho años había anhelado la emoción de un gran cambio.

Lydia se sentó en el borde de la cama. ¿Qué era lo que había cambiado? Si no perseguía su objetivo en ese momento, podría decirse que en su día había dejado a su hermana de lado por nada.

La temperatura ambiente era alta, pero por dentro sentía tanto frío... Sentía como si estuvieran partiéndola en dos, como si estuvieran apartándola de lo que de verdad era importante.

Pero lo que sentía no tenía sentido. Ella siempre había evitado las ataduras emocionales; jamás había echado raíces. Siempre había tenido cuidado de no echarse responsabilidades encima no deseadas; por eso no había tenido hijos ni relaciones que no pudiera

continuar.

Ésa era ella. Era una periodista profesional, dedicada al cien por cien a lo que hacía.

¿Entonces por qué se sentía tan... rota por dentro? Más que rota, se sentía angustiada, tremendamente angustiada.

Lydia sacó su cazadora de Anastasia Wilson del ropero. No le había preguntado a Nick por qué su matrimonio había fracasado, y él tampoco le había ofrecido la información.

Era una de esas reglas del siglo XXI: no hablar de relaciones pasadas; si estaban pasadas, entonces estaban mejor ahí en el pasado, bien olvidadas.

Qué ridiculez. El final de un matrimonio era algo que afectaba a uno, que influía en la manera de ver el futuro. No habría querido una disección de los acontecimientos, pero al menos saber por qué.

Una vocecita en su interior le susurraba que Rosie no necesitaba otra mujer dedicada a su carrera profesional; necesitaba un modelo distinto en su vida. Necesitaba a alguien que estuviera allí para ella, a alguien que la quisiera y se ocupara de ella.

Lydia guardó las últimas cosas y cerró la cremallera de la maleta. De momento, hasta que encontrara un apartamento, solo se llevaría ésa. Ya volvería después a recoger más cosas.

Tenía tiempo de ver a Nick. Sería mejor verlo, de explicarle cara a cara, de decirle adiós a Rosie. Entonces iría a la casa de campo de Wendy y pasaría una hora con ella antes de ir al aeropuerto.

Durante el trayecto a Fenton Hall no dejó de pensar en cómo le iba a decir a Nick que se marchaba a Bruselas; pero en una hora no encontró la fórmula adecuada. Cuando le tuvo delante, lo estropeó todo.

—¿Te marchas esta noche?

Ella asintió.

—A última hora de la tarde.

Nick trató de fingir que estaba emocionado por ella. Ella estaba tan contenta, se le notaba, tan encantada con la oportunidad que le habían dado, y él sabía que era una buena oportunidad. Lydia disfrutaría estando en Bruselas, y era la periodista idónea para ese tipo de reportajes; apasionada en su trabajo, y eso era algo estupendo.

Solo que él no se sentía bien. Y la culpa no era sino de él. Sabía

que lo que había iniciado con ella sería solo temporal; que tarde o temprano se marcharía en busca de otra historia, de otra buena causa.

Eso le encantaba de ella. En realidad, había poco que no le encantara de ella.

—¿A qué hora sale tu avión? —se obligó a preguntarle.

No se le estaba dando mal.

—A las cuatro.

Nick hizo un rápido cálculo mental para saber cuánto tiempo quedaba para que ella le dijera adiós.

—Tengo la maleta y todo listo para subirme al avión —dijo Lydia—. Le prometí a Wendy que me pasaría por su casa hoy; tiene unas cartas que quiere darme.

Lydia se marchaba ya. Nick sintió ganas de gritar, de darle un golpe a algo, de caminar durante kilómetros y kilómetros...

Pero en lugar de eso sonrió.

—Tienes que irte, entonces.

Ella asintió.

—Solo he pasado para despedirme y... para decirte que te llamaré —añadió con una sonrisa.

Nick sintió como si le arrancaran el corazón de cuajo. La amaba, e iba a tener que dejarle ir porque eso era exactamente lo que ella quería; y quería que se marchara sin hacerle sentirse culpable.

Cuando la había conocido, había pensado que ella era como Ana. Pero enseguida había entendido su error. Ana se había casado con él porque él tenía el dinero que la ayudaría a lanzar su negocio. Lydia creía apasionadamente en todo lo que hacía. Era totalmente distinta. Creía apasionadamente en todo lo que hacía. De verdad pensaba que podía cambiar el mundo... ¿Así que quién era él para decirle lo contrario?

Era lo que Wendy había visto en ella desde el principio. La razón por la que había insistido para que Lydia fuera su biógrafa. Su madrina compartía el mismo deseo de sacar partido a su vida; y ciertamente había logrado tantas cosas. La admiraba. Admiraba a Lydia.

Adoraba cómo se entregaba a todo lo que hacía, y había esperado poder convertirse en una de sus pasiones; pero eso había sido un riesgo que él había querido tomar. Lo sabía desde que se

había dado cuenta de que evitándola no iba atenuar el dolor de vivir sin ella.

Volvió la cabeza al oír los pasos de Rosie en el pasillo. Lydia se agachó para que pudiera leerle los labios y las señas con las manos con más facilidad.

—Tengo que irme a trabajar —dijo Lydia momentos antes de abrazarla.

Nick le tocó el hombro a Rosie. Su hija lo miró con sus grandes ojos marrones de expresión interrogante. Él asintió para confirmar lo que Lydia le había dicho.

—Muy pronto la veremos.

Entonces miró a Lydia. Su emoción se había desvanecido; su expresión reflejaba su angustia. Tal vez aquello no le fuera tan fácil como en un principio le había parecido. Tal vez ella se diera cuenta de que quería quedarse con ellos... Con él. Pero para eso primero tenía que dejarla ir. Era ella la que debía tomar la decisión.

Lo cual quería decir que tenía que despedirse; algo que de pronto se le antojó como una de las cosas más duras que había tenido que hacer en su vida.

—Te echaré de menos.

—Te llamaré.

Él asintió. Nunca le había dicho que la amaba; el momento nunca le había parecido el oportuno. Siempre se había preguntado si sería demasiado pronto, o si con ello fuera a presionarla en modo alguno; al menos eso era lo que siempre se había dicho para sus adentros. La realidad era que había tenido miedo de ahuyentarla.

Pero de todos modos ella se marchaba fuera. Debería habérselo dicho.

Rosie se apartó y echó a correr pasillo adelante.

—¿Qué pasa? —preguntó Nick.

—Me ha dicho que espere —Lydia se mordió el labio y suspiró con gesto sentido—. Esto es tan difícil...

—Lydia yo...

Ella trató de sonreír, pero le temblaban los labios.

—Lo siento, no pensé que esto fuera a ser tan difícil... —se enjugó las lágrimas.

Nick solo necesitaba abrazarla. Y eso fue lo que hizo. Sintió el suave aroma de su sedosa melena que le rozaba el brazo. La amaba.

Y más que eso. Sentía una mezcla de dolor y anhelo en su interior.

Permanecieron así unos momentos.

—Tengo que irme —dijo ella con voz estrangulada.

—Lo sé —Nick se retiró y la miró a los ojos—. Sé que tienes que marcharte.

Lydia se puso de puntillas y lo besó con labios temblorosos que a Nick le transmitieron un claro mensaje de agradecimiento.

Nick se estremeció de arriba abajo. Aún no se había marchado y ya se sentía perdido. Pero la vería otra vez; Bruselas no estaba en el otro extremo del planeta; pero tanto él como ella sabían que ella había tomado la decisión de marcharse. Jamás volvería a ser lo mismo.

Los pasos de Rosie bajando las escaleras hicieron que se separaran instintivamente. Él tenía ganas de agarrarla de nuevo, de no soltarla jamás, pero en lugar de eso miró a su hija.

—¿Qué tienes ahí?

Su carita de niña los miraba con solemnidad mientras le tendía a Lydia un sobre blanco en cuyo extremo superior derecho había dibujado un sello con mucho cuidado.

—¿Qué es? —dijo Lydia mientras tomaba el sobre.

Rosie solo hizo una seña.

Lydia se agachó.

—Ay, cariño, no te voy a olvidar —hizo una seña—. Me acordaré de ti todos los días, y muy pronto vendré a verte.

Entonces se puso de pie y se marchó sin atreverse a volverse a mirarlos. Nick observó el progreso de su coche por el camino hasta que el vehículo había desaparecido por completo. Y, en ese momento, supo lo que era morir de pena.

* * *

Si Wendy había notado que había estado llorando, no dijo nada.

—Bruselas...

Lydia asintió, tratando de instilar algo de emoción en su voz al responder.

—Durante un año.

—Qué oportunidad más maravillosa —dijo Wendy con expresión

extrañamente observadora.

Pero no dijo nada. Dio un sorbo de té y cambió de tema.

—Pásame esas cartas —Lydia se levantó y fue al aparador a llevarle lo que ella le señalaba—. Pensé que te podrían interesar. Cuando me muera, las tirarán; y tal vez te parezcan una lectura interesante sobre el capítulo de Sudán.

—Gracias.

—Se las escribí a la madre de Nick, y cuando ella murió me alegré mucho de que George me las devolviera. Ella fue una manera estupenda de mantenerme en contacto con lo que estaba pasando en casa. Salvar el mundo es un oficio muy solitario —su boca se torció con una sonrisa de pesar—. No es para todo el mundo, Lydia, la clase de vida que he llevado yo.

Lydia la miró. Conocía lo suficiente a Wendy para saber que nunca hablaba sin un propósito.

—Hay veces en las que me pregunto si elegí bien. Se me da mejor amar a las personas como conjunto que individualmente. Pero con ello también se paga un alto precio —miró a Lydia con sus vivos ojos azules—. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Lydia asintió.

—Yo he elegido vivir así —miró a su alrededor en el oscuro salón—. Es una vida acorde con mi personalidad. No me gusta tener que responderle a nadie pero... he elegido estar sola.

Siguió un breve silencio. Wendy le tendió su mano a Lydia y se la tomó.

—No es asunto mío el decirte cómo debes vivir tu vida, pero no te cierres a otras posibilidades y a otras maneras de ser útil.

Lydia sintió que estaba a punto de llorar. No sabía qué decir.

—Nick... Yo...

Wendy se recostó en la silla.

—Si crees que no sospechaba que estaba pasando algo entre vosotros, estás equivocada.

—Yo no... —empezó a decir Lydia con nerviosismo.

—Y, a decir verdad, te envidio. Yo podría haberme casado, haber formado una familia, pero... —sacudió la cabeza— jamás fui lo suficientemente valiente como para arriesgar mi felicidad en manos de otra persona. Solo quiero que lo pienses. Tal vez vivir una vida como la mía sea lo más adecuado para ti; tal vez las causas

sean suficiente. Cuando tengas mi edad y vuelvas la vista atrás y veas lo que has conseguido, ¿qué te gustaría que la gente dijera de ti? ¿Qué te gustará haber conseguido?

Lydia lo pensó durante todo el trayecto al aeropuerto, mientras montaba en el avión y cuando aterrizaba en Bruselas.

Le importaban tantas cosas: la justicia, la igualdad, el hambre, los pobres y los oprimidos.

Eran grandes causas, y en parte era más fácil preocuparse solo por ellas. Después de lo que le había dicho Wendy veía las cosas de otro modo. Preocuparse de las personas a nivel individual era lo más doloroso. Amar era arriesgado. Bien pensado, las cosas que más le habían dolido en la vida habían sido las relacionadas con personas a nivel individual.

¿Pero por qué no se había dado cuenta hasta ese momento?

Llevaba años escondiéndose de sus emociones. Su carrera profesional había sido un objetivo conveniente; un escudo cuando sus padres habían fallecido, cuando Izzy se había tomado una sobredosis...

Ésos eran los acontecimientos que le habían cambiado la vida; que la habían cambiado a ella. Amar a los demás implicaba un coste muy grande a nivel personal. Cuando pensaba en las personas que amaba pensaba en sus padres, en Izzy, en Rosie...

Quería que la vida de Rosie fuera maravillosa. Quería asegurarse de que su infancia fuera tan perfecta como fuera posible, que se hiciera mayor sintiéndose querida y apoyada.

¿Acaso estaba mal que eso le importara más que un desastre a nivel internacional?

Y amaba a Nick.

Nick...

Amaba a Nick. Lydia se quedó mirando las paredes color crema de la habitación de un hotel que podría haber estado en cualquier lugar del mundo. ¿Qué estaba haciendo allí?

¿Deseaba de verdad la vida de Wendy?

Lydia puso el bolso en la cama y sacó el sobre que le había dado Rosie. El sello que había dibujado era una cara triste...

Al abrir el sobre le temblaron un poco las manos. Dentro había un dibujo y una foto. La foto era de ella y de Nick. Lydia sonrió y le pasó los dedos por la cara. Rosie les había tomado esa foto; estaba

algo desenfocada, pero le gustaba tener una foto de Nick.

Lydia se levantó, colocó la foto en la esquina de un cuadro que había colgado en la pared y puso el hervidor para prepararse una taza de té. Entonces fue a ver el dibujo.

Rosie había dibujado una casa con un sol en la esquina del dibujo. Había coloreado el techo de rojo y la puerta de verde. Cualquier niño o niña de su edad podría haber hecho un dibujo similar; pero a un lado de la casa había tres personas. Una de ellas era mucho más pequeña que las demás, y las tres se daban la mano. Lydia sintió como si una mano invisible le estrujara el corazón. Rosie había dibujado a una familia. ¿A ellos tres? Le había dicho que se lo había hecho para que Lydia no se olvidara de ellos.

Entonces miró de nuevo la foto, la cara de Nick. Él la miraba con una expresión de amor y aceptación total en la mirada.

¿Cómo era posible que se le hubiera pasado por alto esa mirada? Empezó a llorar al descolgar el teléfono. Jamás había estado tan insegura de lo que hacer.

La voz de su hermana le sonó adormilada.

—Izzy, soy Lydia. Necesito hablar contigo.

Nick agitó la mano para despedirse de Rosie, que se marchaba con Rachel. En los últimos días se sentía extraño, perdido, desganado. Y la respuesta era muy sencilla. Lydia no había llamado. Él tenía su número de móvil y podría haberla llamado en cualquier momento, pero solo de pensar en oír su voz y no poder abrazarla se le antojaba una tortura.

De pie delante de la ventana observó cómo caía la lluvia. ¿Estaría también lloviendo donde estaba Lydia? ¿Sería feliz allí? ¿Lo echaría de menos?

Entonces vio su coche. Era casi como si la hubiera llamado con el pensamiento. Salió del salón al pasillo, incapaz de creer que lo que acababa de ver fuera real.

Christine se paró delante de él.

—Lydia Stanford pidió que le abriéramos la verja.

Nick no esperó a lo que su ama de llaves quisiera añadir. Salió afuera y bajó las escaleras, ajeno a la lluvia que rápidamente lo empapaba.

Lydia lo vio.

Después de viajar tantos kilómetros no sabía qué decir. Tenía la foto de Rosie en la mano. ¿Pero y si había confundido la expresión de Nick en la foto? Tal vez estuviera a punto de hacer el mayor ridículo de su vida.

Levantó la vista y vio que Nick la estaba esperando, seguramente preguntándose por qué le estaba dejando empaparse de ese modo. Abrió la puerta del coche muy despacio y salió. La lluvia también la empapó rápidamente, pero ella apenas lo notó. Nick no se acercó a ella; no dijo nada. Estaba observando, esperando.

—No he podido hacerlo —consiguió decir, pero la voz se le quebró.

Levantó el dibujo de Rosie, todo mojado; pero el dibujo a cera no se había borrado.

—Abrí el sobre de Rosie y no fui capaz de hacerlo. Les he dicho que no puedo quedarme en Bruselas. Que necesitaba volver...

«A casa».

Estaba llorando, pero con la lluvia daba igual. Si él no decía algo, pronto desearía que se la tragara la tierra.

Lo intentó de nuevo.

—Es de una familia... —se le quebró la voz—. ¡Nick! Ha dibujado una familia. Nos ha dibujado a nosotros.

En silencio le rogó que lo entendiera. Su intención había sido decirle que lo amaba, pero de pronto tenía miedo.

Entonces él avanzó, despacio. Le agarró la cara entre las manos y la besó.

Lydia sentía frío, estaba mojada, cansada... y muy feliz. Él era tan fuerte, tan seguro... Tan real. Y no la había rechazado. No parecía echarle la culpa por haberse marchado.

Entonces se apartó un poco de ella y la miró a los ojos.

—Te amo.

Lydia sintió que volaba. ¿Sería posible que fuera tan sencillo?

—¿Por qué no me pediste que me quedara?

—¿Te habrías quedado?

—A lo mejor sí —entonces lo pensó—. Seguramente. No sé.

Él hizo una mueca.

—Bueno, estuve a punto de hacerlo, pero me hice un nudo en el

corazón para dejarte marchar. Pensaba que eso era lo que querías. No quiero ser una carga para la vida que escojas vivir.

—No lo eres.

Y en ese momento Lydia entendió que Wendy no se había equivocado. Tenía una nueva pasión, una que trascendía a sus otras pasiones. No interfería con las demás cosas que podía o quería hacer con su vida, solo se sumaría a ellas.

—Te quiero.

Nick le rodeó la cintura con el brazo y la condujo hacia la casa.

—Debo de tener un aspecto horrible.

—Estás preciosa —dijo sonriendo.

—Lo siento, Nick.

Él la abrazó con ternura y la besó en la cabeza.

—Siento tanto haber tenido que marcharme para darme cuenta de lo mucho que te amo —añadió ella.

Él le ladeó la cara y la besó. Entonces esbozó aquella sonrisa tan encantadora mientras entrelazaba sus dedos con los de Lydia con suavidad.

—No quería retenerte. Tú tienes tantos sueños, y yo... No quería que tuvieras la sensación de haber sacrificado demasiado.

—¿Pero y si fuera lo que he elegido?

Nick la levantó en brazos y subió con ella las escaleras, como si pesara menos que una pluma.

—Si es lo que has elegido hacer, entonces eso lo cambia todo... Y yo te apoyaré en todo lo que quieras hacer.

—Lo mismo digo.

Él la llevó hasta su dormitorio.

—Estás empapada; deja que te ayude —fue a quitarle la camisa, pero se detuvo a besarla—. ¿Quieres casarte conmigo?

Lydia sonrió.

—Tengo toda la intención de casarme contigo, Nick, pero no si me propones matrimonio mientras me estás desnudando. No pienso contarle eso a mis nietos.

Nick sonrió de nuevo y la abrazó con ardor.

—Entonces miente —le susurró al oído con cálido acento.

Fin